



d

DONA

XV PREMI LITERARI DE NARRATIVA
DE DONES

Las mujeres cuentan



GENERALITAT
VALENCIANA

CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL

LAS MUJERES CUENTAN

XV PREMI LITERARI DE NARRATIVA DE DONES



GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL



Direcció General de Família i Dona

Imprimix: Mateugraf, S.L.

Primera edició: abril 2015

© dels textos: les autores

© d'esta edició: Generalitat Valenciana 2015

ISBN: 978-84-482-6004-0

Dipòsit legal: V-887-2015

Sumari

Introducció 9

Primer premi

Desde WLM, de Rosa Miró Pons 15

Accèsit Associacions

Que valga, que sea cariñosa...,
de Amparo Romero Ranz 29

Accèsit Lliure

Res no m'agrada tant, de Eli Llorens Perales 53

Finalistes

Todas somos ganadoras, de M^a Luisa Agost Suárez 71

Atletas de elite, de M^a Luisa Agost Suárez 89

Dama madreseiva, de Rosa Ana Carreres Ribera 95

Maktub, de Teresa Gloria Cervera Aguilar 103

<i>Paco, de toda la vida,</i>	
de Carmen Contreras Castellano	115
<i>Nada,</i> de Francisca García Jiménez	133
<i>Añoranza,</i> de Berta Gil Alonso	147
<i>El toldo y otras envidias,</i>	
de Clara M ^a Stella Manaut Roca	157
<i>Justicia,</i> de Amparo Pérez Gimeno	169
<i>Y tú, ¿cuándo pediste silencio para escuchar tu voz?,</i>	
de Melisa Ruiz López	177
<i>¿Dónde estás Margarita?,</i> de Ángeles Sanmiguel Gil	197
<i>Gavilán Colorao,</i> de Maribel Torres Limiñana	209
<i>Ruedas de soledad,</i>	
de M ^a de los Ángeles Vergara Cano	225

Introducció

Un año más la Conselleria de Bienestar Social presenta la publicación de "Las mujeres cuentan" con los relatos ganadores y finalistas de la XV edición del Premio Literario de Narrativa de Mujeres.

En estos quince años de convocatorias, hemos disfrutado de la ilusión, la fantasía y las grandes historias en pequeño formato de cientos de mujeres que, solas o motivadas desde su asociación, han plasmado su creatividad en una obra singular. Nuestro reconocimiento también a la labor que las numerosas asociaciones de mujeres de la Comunitat Valenciana desarrollan en este y otros ámbitos de participación.

Hacer visible la capacidad creativa de las mujeres, destacar su contribución a la cultura en todas sus expresiones, dar ocasión de promocionar sus obras, en una sociedad en la que todavía el desequilibrio es manifiesto, es una garantía de que avanzamos unos pasos más hacia la igualdad de oportunidades. En este concurso, además, al tratarse de narraciones, el valor igualitario se potencia aún más, al condicionar, ya desde las bases de la convocatoria, la defensa

de valores no discriminatorios ni sexistas y la ruptura de estereotipos masculinos y femeninos tradicionales en los contenidos.

El Premio es una de las actividades que surgen desde la firme decisión de la Generalitat de fomentar la participación de las mujeres en los ámbitos culturales y creativos, ámbitos que en principio tienen una particular dificultad de acceso. Es necesario dicho impulso desde las instituciones y también desde la sociedad civil, para que se apoye y reconozca la presencia y la aportación de las mujeres a la sociedad.

La Conselleria de Bienestar Social continuará apoyando, como hasta ahora, cualquier iniciativa que contribuya a alcanzar la plena y efectiva igualdad entre mujeres y hombres en todos los ámbitos de la sociedad.

ASUNCIÓN SÁNCHEZ ZAPLANA
Consellera de Bienestar Social

Primer premi

Desde WLM

Rosa Miró Pons

Para: Sally Ride <[sallyride@x_astrooophysicist.mail.org](mailto:sallyride@astrooophysicist.mail.org)>

De: Regarda le Pont <regardalepont@wolf-lundmark-melotte.mail.interestelar>

Asunto: Hola

Fecha: 22 noviembre 2161 29:13 p.m.

Estimada Sally,

Antes de nada quiero pedirte disculpas por no haber asistido a tu fiesta de jubilación. Que se jubile la biznieta -doctora cum laude en Mecánica Celeste y Física Cuántica- de la primera mujer de la universalmente conocida saga de las astronautas, es un evento importantísimo y no sabes lo mal que me supo no poder estar a tu lado. Lo cierto es que me fue imposible -pensarás que no hay excusa que valga, con la de

vuelos interplanetarios *low cost* que hay- pero, cuando leas lo que te explico estoy segura de que lo entenderás.

Sally, no sé si fue un acierto trasladarnos a Wolf-Lundmark-Melotte. El trabajo me absorbe, no tengo tiempo de nada y eso que aquí los días tienen treinta horas. Desde el primer instante de nuestra llegada a esta galaxia mi relación con Joseph se ha ido extinguiendo como una enana roja hasta que ha perdido toda luz de esperanza y al final ha sucedido lo que me temía.

Mis hijos lo han pasado mal, sobre todo las gemelas. Ha sido un mutuo acuerdo, sin más, que nos ha sorprendido a todos. Joseph es un buen padre; una excelente persona; un compañero perfecto; es divertido e inteligente como pocos; renunció a su carrera de escritor para dedicar todo el tiempo a nuestros hijos, a la casa... mientras yo ascendía por el espacio; pero... mira, no sé qué nos ha ocurrido.

Después del golpe de la separación, mi hijo John, el astronauta feliz, como yo le llamo, -gracias a tus oportunas reflexiones e indiscutibles consejos- tuvo la oportunidad de conseguir un Virgin Galactic a buen precio y nos fuimos de turismo astral durante los veintitrés días de permiso (uno por cada año de casada) que por separación me concedió el Centro -chica, aquí en estas esferas siderales las mujeres tenemos unos

derechos que ni te imaginas; yo misma ni me lo creo. Y no te digo cómo funciona la paridad y los sueldos; vamos, que no existe distinción; somos a nivel laboral como los ángeles, no tenemos sexo, “ja, ja, ja” sexo, ya ni me acuerdo- y que coincidió, con tan mala suerte, con tu celebración.

Lo cierto es que ha valido la pena estar los cuatro juntos, sin prisas, sin despertadores, de relax, de conversaciones, de baños a la luz de las nebulosas... Al final del viaje las cosas parece que han quedado más claras entre mis hijos y yo. Día tras día me da la sensación de que todos volvemos a ser felices. Cada cual con su proyecto y yo con el mío, el más anhelado de toda mi vida. Por eso he querido aprovechar este correo para contarte lo que me llevo entre manos.

Estoy preparando mi ponencia para el LII Septenio Circumestelar que se celebrará en la Gran Nube de Magallanes -un poco lejos a mi parecer, aunque actualmente ya no existen las distancias interplanetarias de antes- durante la próxima conjunción de Mercurio y Antares a finales del verano jupiteriano.

La organización no hubiera podido escoger otro lugar más idóneo -dicho sea de paso- ya que esa galaxia es invisible desde vuestra órbita y, a modo de ejemplo en el turno de intervenciones, que me las espero *heavies*, me servirá lo

suficiente para defender mi comunicación puesto que gira en torno a la invisibilidad progresiva de las mujeres de la Tierra a partir de su quincuagésimo cumpleaños. Ya sabes que esta área de conocimiento siempre me ha cautivado. En el Centro hay veinte grupos de investigación trabajando sobre las distintas tipologías de invisibilidad.

Necesito la opinión de una experta como tú y he creído oportuno mandarte los detalles de mi póster que a continuación te explico.

Tras varias pruebas y cavilaciones, -he tardado como un par de semanas- al final he estructurado mi conferencia en tres partes.

Primera parte: Lectura del relato titulado “El síndrome de Hémera y Freda”. Se trata de una narración cáustica de las vidas ejemplares de estas dos mujeres que vivieron en modo multifunción durante los mejores años de sus vidas -en un lugar de la Tierra de cuyo nombre nadie se acuerda- hasta que un cortocircuito las fulminó de la faz del universo cuando tenían cincuenta y un años.

(Ver Anexo I)

Segunda parte: Un PowerPoint con cincuenta y dos diapositivas donde expongo el arduo camino que tuvieron que

recorrer la Comunicación Inclusiva y la Igualdad Efectiva hasta posicionarse.

Como serás conocedora, actualmente los gobernantes extraterrestres que os -y digo "os" porque ya no vivo ahí, por suerte- colonizaron, a través de la célebre ocupación "Las urnas de la ira de cristal", se las están merendando. Todas las constelaciones son conscientes pero no hacen nada -me atrevería a decir- a causa de la ceguera estelar con la que han sido infectadas y contaminadas. Mira, de eso nos libramos las gentes que vivimos aquí en Wolf-Lundmark-Melotte.

(Ver Anexo II)

Tercera parte: Conclusión introducida por el célebre aforismo* que escribió una sabia mujer durante el período de invisibilidad progresiva que sufrió hasta que tropezó con un agujero de gusano; sin que nadie la viera se metió en él y desapareció durante una larga temporada; al salir nadie la había echado en falta.

** "La invisibilidad progresiva me permite aprender a mirar sin que me vean."*

Sara Amagada

Puedes enviarme tus comentarios a mi nueva dirección de correo ecuménico que figura al pie de este escrito.

Espero que te encuentres en el mejor momento de tu vida.
Aprovéchalo sin remordimiento.

Igual te doy una sorpresa un año luz de estos.

Un fuerte abrazo,

Regarda le Pont

--

Dra. Regarda le Pont

Centro de I+D+i Christa McAuliffe

Departamento de Invisibilidad, Dinámica y Astrofísica

Despacho: RR0314RR, 3a. planta, edificio Buzz Aldrin

Wolf-Lundmark-Melotte

Correo ecuménico: [50polux51@wolf-Lundmark-Melotte.
mail.org](mailto:50polux51@wolf-Lundmark-Melotte.mail.org)

2 ficheros adjuntos – Baja todos los ficheros adjuntos

 Anexo I.docx

11 KB Muestra Baja

 Anexo II.pps

2058 KB Muestra Baja

Para: Regarda le Pont <regardalepont@wolf-lundmark-melotte.mail.interestelar>

De: Sally Ride <sallyride@x-astroooophysicist.mail.org>

Asunto: Re: Hola

Fecha: 23 noviembre, 2061 03:52 p.m.

Querida Regarda,

Me alegro mucho de que todos estéis mejor después del socavón sentimental por el que habéis pasado. Tus hijos ya son mayores y a ti todavía te queda cuerda y mucha investigación por delante. Y Joseph, ¿cómo lo lleva? Qué lástima...

Aquí en la Tierra a partir de mi jubilación -a medias- no me puede ir mejor. Me han nombrado profesora emérita en la misma universidad donde me gradué. No paro de hacer colaboraciones: clases magistrales, conferencias, mesas redondas, artículos para revistas... Nunca hubiera imaginado tanta actividad. Me han adelantado extraoficialmente que está previsto el acto de mi investidura como doctora *honoris causa* para la próxima primavera terrestre y al pensarlo me emocio, ya sabes tú lo llorona que soy. Espero que esta vez

sí que puedas venir. Es más, estáis todos invitados, díselo a Joseph también.

Bueno, y ahora pasemos a lo más interesante, tu ponencia.

La elección de la línea de investigación no puede ser más acertada. Eres meticulosa, y llevas la praxis al límite. Me has dejado realmente sorprendida. En general no he de añadir ni restar nada; está perfecta y vas a triunfar de nuevo. Es excelente. Te animo a continuar con la invisibilidad, hay tantos campos que investigar.

Por cierto, me gustaría hacer mi lección inaugural del próximo curso académico en torno a la invisibilidad de los niños soldado en general y de las niñas soldado en particular. En la Tierra existen actualmente alrededor de diecinueve países donde los niños son obligados a coger un fusil y las niñas a coger el fusil y otras cosas. ¿Qué te parece? ¿Me podrás echar una mano? Me da la sensación de que este planeta pronto estallará.

Para acabar, *-quid pro quo*, amiga, *quid pro quo*- te adjunto, literalmente, un caso curioso que me han pasado los colegas del Departamento de Veracidad Espacial para que emita informe. No tiene desperdicio. Me gustaría saber qué opinas sobre los *reality show* marcianos.

.....

No hay vuelta atrás. Hoy es el día. Firmó el contrato hace tres años. La decisión la tomó acorralado al final de un lodazal de acreedores. Sin asidero. Asfixiado y a punto de un suicidio irremediable tras dos tiranicidios. Miraba a sus hijas y no podía dejar de pensar obsesivamente en sus futuros injustos e inciertos. Estaba invirtiendo en ellas lo que podía y lo que no podía. Estudiosas, comprometidas, responsables, de infinitas salidas nocturnas, algunas discusiones pero, adolescencias soportables al fin y al cabo.

Observaba callado a Marta, la quería pero no la deseaba. Él siempre le decía que el dinero no hace la felicidad y ella le contestaba pero contribuye. No eran felices. Nunca imaginaron lo que les costaría devolver la inversión en licenciaturas, másters, estancias en el extranjero... la argolla apretaba el cuello cada vez más fuerte. Los sueldos de ambos se habían visto reducidos considerablemente y de obligado debían devolver lo prestado. El grillete se convirtió en un pantano. Cada vez que intentaban salir, el espeso cieno lo impedía. Las deudas fueron creciendo, y el desamor, y los desencuentros, y las broncas... cada uno empezó a llenar los vacíos sin el otro.

Mirando la televisión una madrugada insomne vio la sugestiva publicidad: Reality Show en Marte.

El billete solo es de ida; quien va ya no vuelve. Ventajas: su familia y descendientes tendrán una sustanciosa pensión vitalicia hasta la cuarta generación. La firma es irrevocable. ¿Quiere usted firmar el contrato o se lo piensa mejor? Sí, sí, ¿dónde hay que firmar?

.....

Espero verte pronto por este planeta que en el fondo tanto añoras.

Un beso,

Sally

--

Dra. Sally Ride

Profesora Emérita

Departamento de Veracidad Espacial

Universidad de Alcanza

UMEE

Correo ecuménico: [sallyride@x_astrooophysicist.mail.org](mailto:sallyride@astrooophysicist.mail.org)

-Fin-

Accèsit Associacions

Que valga, que sea cariñosa...

Amparo Romero Ranz

— “**L**a vieja se me murió el día quince, padrecito, como si quisiera ahorrarse la mitad de mi sueldo. No pudo tragar la última cucharada de papilla y se quedó suspendida en un suspiro sin aire. Yo la moví, le di palmadas en la espalda y hasta la levante todo lo que pude de la silla. Todo fue inútil padre. Se quedó paradita y se fue desmadejando en mis brazos vencida por la falta de aliento, los años y el cansancio de la vida.”

En la escuálida sacristía, que a la vez era ropero parroquial, Guadalupe Ternera lloraba contando al padre Amado el colmo de su mala suerte. Apenas hacía dos meses que la cuidaba cuando la mujer murió. En lo que iba de año, era la segunda persona que al abandonar este mundo la dejaba sin su pequeño paraíso. La seguridad de tener un trabajo.

Guadalupe era una de las chicas que el padre tutelaba. La veía de sábado a sábado en la escuela parroquial desde hacía

cinco años. El padre Amado la apreciaba y sabía que, a pesar de aquella ropa tan ajustada y aquel cuerpo de diosa india, macizo y prieto, Guadalupe vivía, como él, en el más absoluto celibato. Todas sus energías, todo su empeño se centraba en un único propósito: traer a sus hijas de Perú.

Hoy hacía tres días del entierro y a Guadalupe aún le dolían los brazos. En eso iba pensando cuando llegó a la estación de las Delicias. Tenía una entrevista de trabajo.

Subió las escaleras del metro y, en los últimos peldaños, sacó de su bolsillo la nota con la dirección y el teléfono.

Preguntó a un vendedor de revistas por la calle y él salió del quiosco para indicarle el camino.

—Es por ahí guapa, -le dijo señalando a su derecha sin quitarle los ojos del jersey fucsia- hay que cruzar la avenida.

La puerta del portal número dos era una reja de hierro y tenía a la derecha veinticinco timbres sin nombres.

A Guadalupe, la señora que le abrió la puerta le pareció una vieja disfrazada de niña, y su cara sin color le recordó la cara de la muerta. Al oír su voz, supo que era la del teléfono.

La siguió por el pasillo, con los ojos fijos en su chándal rosa, hasta una salita atestada de muebles donde se sentó en una

silla con un respaldo muy alto. Guadalupe se sentó en la silla con las piernas muy juntas y el bolso encima de su regazo.

Miró el retrato que presidía la sala. Era de un hombre joven con bigote y uniforme militar. No le gustó el gesto de su cara, pero sonrió.

La señora preguntó:

—¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Cuánto tiempo está en España?

—Guadalupe Ternera, para servirla, y llevo cinco años aquí.

— ... ¿Tiene Vd. hijos?

A Guadalupe se le representaron sus dos hijas en la última foto pero contestó con aplomo:

—No, no tengo hijos.

La mujer hizo un gesto de conformidad y miró sus caderas y sus senos. Le molestaba verla tan ceñida. “Ese pelo tan negro y esa piel no le van a gustar -pensó mirando el retrato del hombre con bigote- pero tiene los brazos fuertes”

—Nosotros necesitamos una chica que sea cariñosa.

Se oyeron unos quejidos y el ruido de algo que se caía y la mujer se asomó al pasillo preguntando:

– ¿Qué pasa Flora?

Y casi al mismo tiempo que hacía la pregunta salió de la salita.

Guadalupe se levantó de su silla con intención de seguirla, pero la mujer le hizo un gesto con la mano y ella se volvió a sentar. Oyó las voces de la mujer y de alguien más a lo lejos, pero no se movió de la silla. Sacó el sobre del bolso con el propósito de contar el dinero. El ruido de pasos la hizo desistir y lo volvió a guardar.

La mujer vestida de niña entró en la sala seguida de otra más gruesa con una bata azul marino que le llegaba a los pies. Guadalupe siguió sentada mirándolas.

– ¿Podría ayudarnos?

Guadalupe miró su reloj y pensó que se le hacía tarde, pero se colgó el bolso en el hombro con un gesto rápido y salió tras ellas.

Al entrar en la habitación Guadalupe reconoció al hombre de la foto. Llevaba pijama y era mucho más viejo. Tenía en la boca el tinte violeta de la muerte y su cuerpo desprendía un fuerte olor a orina. Estaba sentado en una silla de ruedas sujeto con una cincha beis que le apretaba el vientre. El cuerpo,

vencido por el peso, caía ladeado hacia delante. A sus pies, había un montón de cojines blancos.

– Ayúdenos por favor. Hay que incorporarlo.

– Flora, cógelo por las piernas. Vd. por los brazos.

Guadalupe cogió al hombre por debajo de las axilas para enderezarlo, mientras la mujer de la bata le levantaba las piernas y le colocaba de nuevo los cojines.

El hombre abrió mucho los ojos como si quisiera hablar a Guadalupe y lo que salió de su boca fueron sonidos sin sentido.

La mujer vestida de niña se enfadó mucho con la de la bata azul marino y le dijo varias veces que era un desastre y que papá había estado a punto de caer por su falta de cuidado.

La mujer encogió la cabeza entre los hombros como si quisiera esconderse y miró de reojo el crucifijo que colgaba en la cabecera de la cama.

Luego Guadalupe siguió a la otra mujer hasta la salita por el pasillo sin luz.

Antes de sentarse la mujer cogió una hoja y un bolígrafo del aparador, dio un suspiro y empezó a escribir. La señora de la bata azul entró en silencio y se sentó a su lado con las manos

enlazadas encima de la mesa. De vez en cuando miraba el retrato del hombre y sonreía mansamente.

– Tengo prisa, -dijo con timidez Guadalupe- antes de las dos tengo que estar en Estrecho.

– Ya termino, ya termino -respondió la mujer y le extendió el papel.

– Ahí tiene los horarios y lo que va a cobrar. Llámeme con lo que decida.

Luego miró a la mujer de la bata, con gesto imperativo, y le recordó que papá comía a la una y, antes de salir a despedir a Guadalupe, le preguntó:

– ¿Te acuerdas de lo que tiene que comer hoy?

Mientras la acompañaba hasta la puerta, volvió a suspirar. Parecía abrumada por una gran carga.

Cuando Guadalupe cerró la puerta oyó como la mujer pasaba el cerrojo. Al salir del portal la reja dejó tras ella un sonido seco.

Guadalupe recibió el sol en la cara como una bendición. Le dieron ganas de sentarse en una de aquellas terrazas, cerrar los ojos y dejar pasar las horas como si nada, como si no tuviera prisa.

En el metro se sentó al lado de dos jóvenes que se hacían arrumacos y sacó la nota.

La letra le recordó la de su maestra. Sus trazos eran iguales y elegantes, los renglones estaban a la misma distancia.

Guadalupe Ternera leyó aquella cuartilla y fue como si la mujer le hablara en un telegrama. Al terminar de leerla no le quedó ninguna duda. Hizo un redondel alrededor de las tres cifras y sumó las horas, luego subrayó la frase: “Se le dará de alta en la S.S. después de un periodo de prueba de quince días”.

Se vio comenzando de nuevo en aquella casa, cuidando de aquel pingajo de hombre y sintió que el corazón se le encogía.

Para distraerse, se dedicó a mirar las letras amarillas del panel que anunciaban las estaciones y le dio por pensar que aquel vagón no tenía techo y que en la siguiente parada, el vagón saldría a la calle y andaría entre la gente, Recorriendo jardines con árboles donde se besaban las parejas... y, cuando se quiso dar cuenta, estaba en la estación de Estrecho.

En el 120 de la avenida de Franco Rodríguez, Guadalupe se paró dudando de que aquella tienda fuera la que buscaba. Tenía un cartel naranja, con letras fluorescentes que se apagaban y encendían sin parar, en el que ponía: “Eros Stop”.

Los tres escaparates de la fachada estaban cubiertos con estores de color naranja igual que la puerta de la entrada.

Tocó el timbre. Entró y una mujer que ya no era muy joven, vestida con un suéter negro, le dio los buenos días detrás del mostrador. Estaba poniendo pilas a un aparato lila que tenía entre las manos. Antes de que Guadalupe hablara, y sin dejar de manipular aquella cosa extraña que tenía un brillo metalizado, preguntó:

– ¿Es usted Guadalupe?

– ¿Me esperaba usted? -dijo Guadalupe sorprendida.

– Sí, claro. ¿No viene de parte del padre Amado?

– ¿Yo? Sí, bueno... -dijo Guadalupe ruborizada al ver la forma que tenía el aparato- Me dijo que esta era una tienda de regalos.

– Ya entiendo, el padre Amado solo le ha dicho eso.

– Pues..., sí. Solo eso.

– ¡Criatura! Veo que tendré que explicártelo todo. -dijo la mujer guardando el vibrador en la vitrina- Veamos jovencita..., antes de nada ¿Cuántos años tiene?

– Veinticinco.

– ¿Y quieres trabajar aquí? Porque yo le he pedido al padre una chica honrada y de confianza pero que no se le suba el pavo cuando vea esto -y señaló la vitrina.

Guadalupe se quedó callada y aguantó la mirada de la mujer lo mejor que pudo.

– Yo solo quiero trabajar. Y si esto es un trabajo, lo haré, siempre que me convenga.

– Me convenga, me convenga... pero... ¿Tú te crees que aquí se venden churros? Para quedarte aquí tendrás que demostrar que vales.

Guadalupe, un poco perpleja con el tono de la mujer, pensó que mejor se guardaba su orgullo y trataba de calmar a la señora.

– Bueno, por supuesto, quiero trabajar si..., sé hacerlo -contestó con mansedumbre.

– ¡Eso está mejor nenita! Para eso estarás quince días de prueba y si yo -dijo la mujer señalándose el pecho con una de sus uñas azules- veo que vales hablaremos del contrato. Yo estoy años en esto. ¿Comprendes? Y sé que todo el mundo no sirve. Hay muchas teclas que tocar. En estos diez días que quedan de mes te pagaré trescientos euros si dejas la tienda reluciente. Porque vienes con esa condición. Te lo digo para

que veas si te conviene. Yo, mientras no venga nadie, te iré explicando las cosas. Y atenderemos juntas a los clientes para ver como se te da. Yo soy legal y cumplo lo que digo -y volvió a señalarse el pecho.

Entonces dijo Guadalupe:

– ¿Cuándo tengo que empezar?

La mujer hizo un mohín y contestó:

– Esta misma tarde, a las cinco y media, te vienes. Ahora ya es hora de cerrar.

Mientras la mujer entraba en un cuarto contiguo para cambiarse, Guadalupe recorrió con la mirada la tienda. La luz tamizada por los estores le daba un tono cálido y acogedor a la estancia. Los mostradores eran al mismo tiempo vitrinas. En una de las paredes había expositores de revistas y películas y en la pared contraria, un cuadro grande con figuras desnudas rodeando a un hermoso joven.

La señora, al verla tan ensimismada mirándolo, dijo:

– Es Eros, el dios del amor.

Cuando salían Guadalupe se dio cuenta de que la mujer se había recogido el pelo en una coleta. Ahora calzaba unas deportivas. Le hizo un gesto con la cabeza diciendo “vamos” y

sacó un manojito de llaves de su bolso. Antes de irse extendió su mano a Guadalupe diciendo:

–Se me olvidaba, me llamo Margarita. Algunos clientes me llaman Marga.

Solo entonces, con la luz del medio día, percibió Guadalupe aquella línea amoratada que recorría su cara desde la sien hasta la oreja. Al salir, con paso firme, se marchó en dirección contraria a la que tomó Guadalupe.

No había nadie en casa cuando llegó. La música sonaba en la radio y su sonido se mezclaba con el ruido de la calle y las conversaciones de los vecinos. Guadalupe entró en la cocina y cerró el interruptor. Abrió con un gesto mecánico la nevera y sacó unos macarrones que calentó en el microondas. Luego se fue quitando las mallas y el suéter fucsia y los dejó extendidos encima de la cama. Mientras, su cabeza no dejaba de darle vueltas a los números. Puede que se hubiera precipitado diciendo que sí a Margarita y perdiera la oportunidad de un trabajo seguro. Ni ella misma entendía muy bien su decisión. Pensó que esta vez había elegido con el corazón. No se volvería atrás, no quería dejar mal al padre que se tomaba tantas molestias por ella.

Comió con la mirada perdida en el calendario y calculando, mentalmente, los euros que podía gastar a la semana después de reservar los 150 para el alquiler del piso compartido.

Al sacar del bolso el resguardo del locutorio, cayó la nota de la mujer de rosa al suelo haciendo un dibujo en el aire. El azar quiso que a la vista quedara su letra uniforme y ordenada, como un augurio de seguridad y orden.

Luego hizo su cama, recogió la cocina, arregló un poco el baño y, antes de salir, metió en su bolso la libreta de la escuela parroquial.

Aún no habían dado las cinco y media cuando Guadalupe llegó a Franco Rodríguez. Mientras esperaba mirando el escaparate un señor mayor, que pasaba por la acera, se le acercó murmurando todo tipo de obscenidades. Ella fue a refugiarse entre un grupo de personas que aguardaban el autobús hasta que vio llegar a Margarita.

Margarita se volvió a cambiar delante de ella y perfilándose los labios le dijo:

–Tendrás que pintarte para estar aquí, y ponerte tacones. Es necesario para el negocio. -Y con un mechón de pelo se tapó la cicatriz de la sien.

Al ver la mirada insistente de Guadalupe le dijo:

–Más vale que lo sepas. Este es el último regalo de mi marido, -y señaló con su dedo el surco amoratado- el que me dio la oportunidad de montar esta tienda con la indemnización que tuvo que pagar. Gracias a la ayuda del padre Amado salí adelante.

Y sin dar tiempo a que Guadalupe contestara, cogió un rollo de papel y el limpiacristales y se dirigió a la primera vitrina, sacó una cajita y le preguntó, poniéndosela delante de los ojos:

–¿Sabes para qué sirven?

Guadalupe cogió la caja y leyó “Condomes sin látex.”

–Son *gomitas* para no quedarse embarazada -contestó, y al ver la cara de Margarita rectificó- Bueno, son condones.

–Son algo más que eso, -dijo Margarita con suficiencia- son condones para alérgicos al látex. A la goma. ¿Entiendes? Hay hombres que solo te pedirán estos.

Luego volviéndose a la vitrina señaló las cajas de todos los colores y tamaños y le fue diciendo las características y los precios de cada una mientras las ponía en una caja apaisada. A Guadalupe algunas palabras le resultaban familiares, como homologados, lubricantes, sensitivos. De todos modos le pareció que no sabía nada de *gomitas*. Aun así no pudo

apuntar nada en su libreta porque Margarita le había puesto el papel en una mano y el limpiacristales en la otra diciendo:

– Ve limpiando.

Margarita, entre tanto, hablaba y hablaba con los condones de muestra en la mano. Aún estaba hablando cuando un joven con cazadora de cuero entró y se fue directo al expositor de revistas. Margarita se acercó a él. Después de un rato de charla el chico salió sin hacer ninguna compra.

Guadalupe preguntó:

– ¿No ha comprado nada?

– Mira mi niña, hay muchos que solo viene a mirar. A este, lo conozco. He ido para que no se lleve nada y no me sobe las revistas.

Una canción flamenca sonó en el móvil de Margarita.

– Sí..., sí mamá, haz sopa..., se la comen bien. Sí... Sí, lo tienes todo en la nevera. Yo llegaré a las ocho y media. Diles que se pongan con los deberes. Un beso mamá... Bueno, termina con eso que nos vamos a por un café, yo invito- dijo Margarita volviendo a colocar las cajas en la vitrina.- A la vuelta te explicaré el funcionamiento de los vibradores.

Margarita chupó la cuchara de plástico, dio un sorbo al café y preguntó por su trabajo anterior a Guadalupe. No pudo evitar una carcajada cuando Guadalupe le dijo que ella mataba a las personas.

— ¡Pero criatura! Matar... matar. ¿Querrás decir que han muerto? Serían mayores.

— Sí, eran mayores pero lo mío es como una maldición. No hay trabajo que me dure más de tres meses.

— Aquí no tendrá ese problema, aquí, los que vienen están vivos y bien vivos. Si alguna vez tenemos algo que lamentar es precisamente por eso.

Durante el resto de la tarde atendieron a un grupo de jovencitas que iban de despedida de soltera, a un muchacho muy alto que buscaba condones con sabores de frutas y a un señor mayor, bien vestido y con sombrero, que quería lencería femenina.

Guadalupe fue limpiando vitrinas entre compra y compra. Envolvió los regalos y se dio cuenta de lo que significaba valer en aquel trabajo cuando vio a Margarita atendiendo al señor de la lencería.

Él era el único que la llamaba Marga. Le decía un “Marga” muy musical y muy largo, mientras acariciaba los tangas comentando:

— ¡Qué suaves!

— Por supuesto, son de seda -le contestó Margarita mirando el reloj.- Y... decídase Don Agustín, no se pueden tocar y es hora de cerrar.

— ¡Qué prisas! ¡Qué prisas! -dijo él. Y mirando a Guadalupe, le preguntó:

— ¿Y... tú qué talla usas monina?

Antes de que Guadalupe pudiera responder, Margarita contestó cerrando la bolsa:

— Eso a usted no le importa. -Y volviéndose dijo a Guadalupe- Ve a cambiarte que nos vamos.

En el cuarto de baño, quitándose el lápiz de labios, Margarita le dijo:

— Algunos se creen que estamos disponibles por trabajar en un *Sex Shop*. ¡Piensan que son irresistibles! Tendrás que aprender a no bajar la guardia y a pararles los pies.

Llegó a casa sin ganas de hacer la cena pero se preparó una tortilla. No se sentía con ganas de ver a nadie, le seguían

doliendo los brazos, era tarde para pensar. Solo quería olvidar y soñar con un tranvía sin techo y parejas besándose al sol.

Abrió el armario para sacar la ropa del día siguiente y se quedó mirando los recortes de las revistas pegados en la puerta. El cóndor sobrevolando los Andes y la figura de la Pacha Mama hecha de tierra roja y vegetación. Se llevó los dedos a los labios y luego los fue deslizando por el papel como si los acariciara. Algunas veces lo hacía sin conseguir consolarse.

Despertó a media noche con los brazos doloridos y el recuerdo de un sueño. En él limpiaba los baños de la tienda mientras Margarita y Eros, el hombre guapo del dibujo, la miraban. Se vio blanca por el polvo de las baldosas, los zapatos blancos, los brazos blancos y sus pechos, como dos montañas nevadas, bajo el suéter fucsia. Era el primer día, en mucho tiempo, que no soñaba con muertos.

Supo que era hora de levantarse por el olor de café recién hecho. Calculó que a esa hora Teresa y Ascensión, sus compañeras de piso, ya se habrían levantado. Su cuarto aún estaba oscuro y le costó acomodar la vista. Lo primero que pudo ver entre sombras fue la foto de sus hijas en la mesilla como dos orquídeas silvestres. Se dio media vuelta y esperó hasta oír el ruido de la puerta de la calle. Se levantó cuando

estuvo segura de que todos se habían ido. Aquella mañana se sentía distinta.

Llevaba dos meses trabajando cuando Margarita le dijo que se iba a quedar sola, que tenía que abrir un local nuevo en La Vaguada.

– Ahora ya estás preparada, si necesitas algo me llamas, de todos modos yo vendré de vez en cuando.

Aquella misma tarde Don Agustín se presentó cuando estaba a punto de cambiarse, salió a abrir con la camiseta fucsia en la mano.

El dijo que lo sentía que se le había hecho tarde y le pidió que le enseñara unas braguitas salmón de la vitrina. Guadalupe recordó las palabras de Margarita: “Es un poco pesado, pero es un buen cliente.” Guadalupe sacó la caja, las extendió sobre el cristal. Él se quedó como pensando, preguntó el precio y dijo que se las envolviera. Aquel día Guadalupe lo encontró más triste que otras veces, sabía que no era un regalo para nadie, que vivía solo desde hacía mucho tiempo.

Cuando se fue, Guadalupe buscó por todas partes su camiseta fucsia pero no la encontró y se tuvo que ir a casa con la negra del trabajo.

A los dos días Margarita se presentó en la tienda sin avisar, venía con el semblante desencajado, Guadalupe al verla le preguntó:

—¿Qué pasa?

Ella por toda respuesta le puso delante el periódico que llevaba en la mano. La noticia decía:

A.P." Varón, de ochenta años de edad, vecino de la avenida de Franco Rodríguez n° 110, ha aparecido muerto en su domicilio en extrañas circunstancias. En el momento de su muerte estaba rodeado de ropa interior femenina y llevaba puesta una camisa fúcsia."

Accèsit Lliure

Res no m'agrada tant

Eli Llorens Perales

— **L** lig-me'l altra volta, per favor...

Per enèsima vegada recorrien les meues pupil·les les paraules que un bon dia Estellés ens va deixar per degustar-les. Quasi podia sentir l'olor dels pimentons torrats mentre les llegia, però la iaia anava més enllà! La iaia els assaboria!

Res no m'agrada tant

com enramar-me d'oli cru

el pimentó torrat, tallat en tires...

Semblava com si aquella flaire, aquella dolça olor a camp i poble aplacara la fastigosa fetor a hospital i patiment que suàvem pels porus la iaia i jo.

Conxeta estava contenta. Li havien donat l'alta, amb la certesa de la mort a la volta d'uns quants dies. Malgrat això, la iaia somreia mentre alenava amb força, mentre mastegava amb goig l'últim mosset de paraules lligades amb l'escalfor del forn acabat d'engegar.

Mes i mig havia donat per a moltes converses, entre analítiques, operacions sense èxit i goters. Moltes històries d'una vida poques vegades fàcil, farcida de patiments, lluita i pimentons torrats. Com li agradaven a la iaia els pimentons torrats!

–Ton *uelo* era un bon home... –sempre començava amb la mateixa frase. Sempre li agradaren els animals! Molt! Com me'l mirava quan es preparava per anar a la fira de Xàtiva! Amb la brusa negra, la faixa blava i els espartenyots de careta... era un home templat! Amb la gorra gairellada i el garrot al canell, semblava el millor arrier de la província! Sempre feia molt bona oloreta, li agradava el massatge en acabar-se d'afaitar. Moltes vegades se sentia encara la seua flaire a l'escala dues hores després d'haver-se'n anat, perquè se n'anava fet un pinzell! El mal... el mal era quan tornava...

Alhora que els records acudien a la cridada de la memòria, una ombra obscura niava en l'entrecella de la iaia, com una pesta que li somovia les entranyes i se la menjava sense miraments.

–Les claus sempre retronaven a l'escala de la finca. Li queien unes quantes voltes entre l'entrada i els pocs graons que duien al replanell del primer pis... recordes el pis?

—Sí, iaia, el recorde...

I tant que el recordava! Recordava l'entrada, el rosari de l'habitació de la iaia, de fusta, com a nous de gran que era, penjat de la paret; i la capçalera del llit que acabava d'omplir el pobre barandat principal.

Recordava la saleta amb el rellotge de paret i les cambres on ma mare i els germans s'amuntegaven en l'època on tota la família encara era a casa. També recordava la petita cuina, amb armaris de *raelite* blau cel i dels paquets de llengüetes de gat per tots els calaixos. El bany, si es podia dir així, amb el *polivan*, el vàter de cadena i el paper de l'"Elefante".

Tot es dibuixava a la meua ment d'una forma quasi exacta, malgrat els anys, tants, com anys feia que havia faltat el iaio d'una cirrosi galopant.

— ... llavors, entrava per la porta. Jo l'esperava a la saleta mentre estirava fils i feia punt de ganxo. Quina altra cosa podia fer a les quatre del matí? Només entrar en casa ja se sentia l'olor que ja no era de massatge, malauradament. A més, els seus ulls ja li deien com n'anava, d'avançat.

—I què li deies, iaia? Alguna cosa li hauries de dir, no?

—Res, xiqueta, res. Ell entrava, em deia "buenas" amb un moviment o dos de cap i se n'anava directe a dormir! Ni una

paraula ens creuàvem. Les hores i la meua educació, antiga per a tu, ja ho sé, no em deixaven dir-li res...

–I ja està?

–Sí, ja està... Bé, ja està mentre els xiquets eren menuts, quan es feren majors ja no els podia amagar que son pare bevia i tot es va complicar...

La iaia es cansava de l'angúnia del passat i tornava a un present que s'acabava sense remei...

–Llig-me... per favor...

... cante, llavors, distret, raone amb l'oli cru, amb els productes de la terra...

Amb la tebior del migdia i els rajos de sol acarontant les cortines, Conxa es relaxava. Tornar a la seua cambra, dormir de bell nou al llit i viure immersa en la quotidianitat de casa dels meus pares li havia millorat l'ànim. Vivia amb nosaltres des que morí el iaio i, des del primer dia es va convertir en la iaia, la mare, l'amiga i l'ànima de tota la meua família, fins a hui.

Malgrat la daurada tranquil·litat que regnava a l'habitació, la paorosa realitat em feia caure en l'ansietat més profunda. La iaia moria a passos agegantats per la mateixa malaltia que es

va emportar el seu marit sense haver tastat en la vida ni una gota d'alcohol, i això... em segava l'ànima.

Als quaranta-cinc, com més s'arrelava la malaltia i la pobresa a la casa, va ser operada d'urgència per llevar-li la matriu i l'ovari esquerre per un gran tumor que se l'emportava cames ajudeu-me. Li deixaren el dret, per allò de l'hormona i de restar al cos alguna cosa de dona, encara que fóra una morella erma. Pel temps, eixe ovari es tornà maligne i la metàstasi va fer la resta. Una cirrosi descomunal tenyia la persona més important de la nostra vida del groc del mortal aliacrà.

Tot estava enllestit, no quedava altra cosa a fer, només...
llegir...

*... m'agrada molt el pimentó torrat,
mes no massa torrat, que el desgracia,
sinó amb aquella carn mollar que té
en llevar-li la crosta socarrada.*

– Iaaiaaaaa! Els pimentooooons!

– Ai senyor! Ai senyor!

En llegir aquest vers sempre em venia al cap la iaia volant pel corredor del pis, preguntant-li a la Verge que quedara alguna cosa més que carbonissa dels pimentons que havia clavat al

forn tres hores abans. Mira que li agradaven les pebreres, però no hi havia forma que encertara amb la cuita i es menjara, de tant en tant, uns pimentons com Déu mana. Quan ja tornava de la cuina, decebuda, amb la cassola i el que quedava de la vianda, sempre em mirava de fit a fit, ofegant el riure i esperant que jo esclatara, com sempre, dient-li...

–Iaia! Ja te'ls has carregat!

Quina gràcia li feia quan jo, una mocosa quasi de bolquers, li renegava amb els punys als malucs i la cella junta. La cosa, és clar, anava induïda pel iaio, que es partia el pit de riure, assegut a la seua cadira de braços mentre deixava la feina de tapisseria per uns moments.

–Ai senyor! Quina calamitat que sóc! Altra volta llançats a perdre els pimentons! I tu! De què et rius, eh? Va! A la feina!

El iaio tornava a la tasca mentre s'eixugava els ulls i perbocava les últimes rialletes que li quedaven al pit. Feia temps que entapissava cadires i el que li vinguera per la porta per guanyar-se algun galletet i tapar el forat de la medicació que la seua pagueta no podia abastir. Havia millorat des que va tornar del sanatori de Bétera, semblava que la idea de l'alcohol ja no planejava tan a sovint pel tòs pelat d'un home que només tenia un defecte i que va ser incapaç de superar al

llarg de la seua vida. Jo sentia com la iaia li contava emocionada a la mare que son pare ja no bevia, que havia marcat amb un *boli* les botelles de ginebra i que feia temps que no s'havien mogut. La mare... la mare li deia que sí amb el cap, però amb la mirada li deia que no, sense poder-ho evitar. Dies més tard, la guerra esclatava quan la tercera dels germans buidava el moble-bar damunt la taula de la saleta i li abocava davant dels nassos del iaio totes les botelles plenes d'aigua que ell, amb paciència i una xeringa, havia reomplit. L'alcoholisme una volta més, havia fet del tros de pa del iaio un rosegó sense miraments.

La iaia emmalaltia. Quan la iaia s'apagava tot el món s'endinsava en un plany que no s'escoltava, però que se sentia fins al moll de l'os. Ara, vint-i-cinc anys després d'allò, quan la llum de l'ànima se li esvaïa, el meu món tornava a plànyer desesperadament.

—Iaia... iaia! Són les cinc de la vesprada. Vol prendre alguna cosa?

—Ah! Ehhhh... no filla. No m'abelleix res... un poc d'aigua, si de cas... i un poc de lectura... si de cas també.

*... l'expose dins el plat en tongades incitants,
l'enrame d'oli cru amb un pessic de sal
i suque molt de pa,*

*com fan els pobres,
en l'oli, que té sal i ha pres una sabor del pimentó torrat.*

Conxa es recol·locava al llit després d'haver descansat tot el migdia. La inflamació al costat dret era tan evident que costava llevar la vista d'on el castigat fetge agonitzava. La grogor era més que evident a la pell arrugada de la iaia i el blanc de l'ull ja era només un record en un mar de llàgrimes amargues com la fel.

– Aquest tros del poema sempre em recorda quan enviava ta mare a la carnisseria tots els dissabtes. Quan entrava a casa amb la paperada que li havia donat el carnisser era festa! El carnisser era un bon home. Em guardava les puntetes dels xoriços, els ossos dels pernils, les llesques dels garrons de vedella, i em feia una mesura que... per una pesseta, podíem menjar carn dos o tres voltes a la setmana! Amb això i sucant molt de pa, com diu aquest home, passàrem els mesos que ton *uelo* va estar ingressat al sanatori de Bétera per curar-se de la beguda...

La memòria de la iaia anava i venia, saltava pels anys sense ordre ni concert, només guiant-se per la flaire de les lletres enramades d'oli cru.

La vesprada anava apagant-se entre poemes i becades, entre històries i mancances on el culpable evident era la misèria humana. Per què havien de morir els dos de la mateixa forma? La meua ment finava una digestió tòxica que va començar feia ja cinquanta dies, quan li diagnosticaren el càncer de fetge que mai més la deixaria ser. La iaia feia temps amagava un secret que se la menjava per dins, però, per allò de no preocupar, anava passant els dies recolzant-se en els *Nolotils* i els poemes d'Estellés perquè, eixe secret, li provocava uns còlics que li duraven dies cada volta que tastava l'embotit i els seus preuats pimentons torrats. Ho atribuïa a l'edat, a la vellesa, a l'oli que comprava la mare, als maleïts llauradors que li tiraven a saber què a la collita de pimentons i que la feien caure malalta cada volta que els tastava. La cosa va canviar quan començaren els marejos, els bacs i els incidents pel carrer amb ambulància inclosa. L'evidència que la iaia amagava es manifestà als poques dies d'un groc mostassa intens.

*després, en un pessic
del dit gros i el dit índex, amb un tros de pa,
agafe un tros de pimentó, l'enlaire àvidament,
eucarísticament,*

A poc a poc la nit anava tancant-se. La voluntat ferma de la iaia es desfeia davant els envits punxants del dolor. Amb fúria es rebolicaven els llençols a cada pujada d'ira cancerosa que l'arraulia sobre ella mateix, malgrat el doll de morfina que entrava directe en vena a cada segon d'aquella llarga vesprada. Els esdeveniments es precipitaven, el futur ja doblava el cantó, malauradament.

– Bona nit.

El senyor rector es presentava a casa per donar-li l'extrema unció a la iaia.

Mai no havia sigut una catòlica acèrrima, però la fe no l'havia abandonada al llarg de la seua vida, tal vegada fóra aquell el motor que la sostenia a ella i als set membres d'una família que havia patit la postguerra entre la dura feina del camp per als homes i els genolls morats de tant de llavar pis reservat per a les dones. Sovint ma mare i les germanes eren posades “en amo” per poder passar casa amb una miqueta de dignitat. Netejar les cases més solvents del poble, passejar nadons i cosir per a fora eren les tasques habituals en acabar la poca escola que podien tindre en aquells dies de misèria.

La iaia no solia anar a missa. Però quan ho feia, tornava a casa amb una energia renovada que no s'extingia ni els dies on

l'amargor s'engolia la llum del dia i es feia de nit a les tres de la vesprada, en comprovar que el iaio havia tornat a beure. Com era possible? Un home bo com el pa, treballador com una formiga, sense rancúnies ni temors a l'ànima, sense duplicitats al cor on amagar peròs o mentides, només un accident al camp que el deixà a casa quinze dies amb el braç en cabestre i l'home bo i treballador es transformà en una deixalla incapaç de viure ja sense una botella a l'abast de la seua vida. Així, tot s'enfonsà en la pitjor època possible.

El rector ja acabava les oracions i els rituals. Mentre jo esperava fora graponejant el gastat llibre de poemes, el dia tornava a despuntar amb un gris que feia poc probable una jornada de sol. Amb parsimònia isqué el Pare Francesc de la cambra, com donant el condol sense dir paraula i alleugerint el trànsit de l'acomiadament per anar-se'n ràpid a casa i dormir una estona més. La mare l'acompanyà fins a l'escala per parlar del soterrar i jo, vaig aprofitar per esmunyir-me de nou al costat de la iaia.

– Iaia... com estàs?

– Estic bé filla... estic bé.

La iaia romania estàtica sobre el llit, amb les mans sobre el pit i la mirada perduda entre els sécs de la cortina blanca.

me'l mire en l'aire.
de vegades arribe a l'èxtasi, a l'orgasme

Tot al nostre volant revolava amb la imminència dels fets. Tot s'accelerava sota la premissa d'enllestir-ho tot perquè la perfecció de l'esdeveniment alleugerira la cruessa de la mort. Malgrat això, el cor de la iaia batejava suaument i lenta. El meu cap descansava, quasi sense tocar-lo, sobre el pit de la iaia, que m'envoltava amb els braços com quan era un nadó i m'embolcallava entre acaronaments i somriures, entre dites i rondalles, entre la bellesa dels seus ulls i l'aroma etern dels pimentons torrats.

Tocar la seua pell, encara fina com l'angora, em feia vindre a la memòria tantes i tantes nits en què la iaia em contava precioses rondalles on els àngels feien sonar trompetes d'argent per obrir les portes del cel, on sens dubte, hui l'esperarien a ella, tocant fort! Tan fort, que fins i tot els dimonis de l'infern mirarien cap amunt per veure quina era l'ànima que tant mereixia aquella rebuda celestial.

Vaig tancar els ulls, recorrent-li les mans, gravant-les a la memòria per recordar-les sempre, les mans que m'havien criat i que hui m'abandonaven sense poder fer res més. Els seus llavis em besaren els cabells, com cada nit. I la presència de la mort se sentí al més profund de les nostres ànimes.

– Sigues valenta! Sempre!

– Sí, iaia... sempre!

Ara la que tancava els ulls era ella, deixant rodar pel seu rostre dos precioses llàgrimes que finaven la seua vida delicadament. A poc a poc, el seu pit deixava la cadència de la respiració que es feia cada volta més superficial, fins que desaparegué...

cloc els ulls i...

– Adéu, iaia...

Finalistes

Todas somos ganadoras

M^a Luisa Agost Suárez

A cudí a las cinco de la tarde al colegio, como todos los días, a recoger a mi hijo. Llegué con tiempo de sobra. Para distraerme durante breves minutos, miré los anuncios del tablón escolar. Nunca lo hago, pero leí con detenimiento uno que estaba al final, en un sitio muy discreto.

“Cursa de la dona” Fecha: ocho de marzo de 2012. Salida: plaza Mayor. Recorrido: tres kilómetros.

Hubo algo que llamó poderosamente mi atención “TODAS SOMOS GANADORAS”.

A pesar de que me impactó, la vuelta a la normalidad hizo que me olvidara del asunto. Seguí con mi rutina, el trabajo, la casa, la compra, los ancianos, médicos, los hijos, el marido, vacunas, las preocupaciones del día a día. Tenía una vida demasiado enrevesada como para apuntarme a una chorrada de carrera.

Pasó una semana. En el trabajo una señora, que estaba esperando ser visitada por la doctora, instaba a las demás a

participar en la carrera de la mujer. Era el día ocho de marzo, no debían dejar de ir, era de vital importancia. Absolutamente todas debíamos poner nuestro grano de arena. Dejar sentir nuestra presencia, decir que estamos ahí, que somos válidas como los demás. No retroceder en nada de lo que ha costado tanto de conseguir, ni para coger impulso. Puse el radar, ella lo captó al vuelo y aprovechó la ocasión para hacer campaña.

Se dirigió hacía mí, observó mi cara con detenimiento y adivinó que no estaba por la labor de participar en la carrera.

—Estás muy equivocada si piensas que no sirve para nada, no es un numerito más. Si no lo haces por ti, no seas egoísta, hazlo por las demás. Debes dejarte ver, si no es por ti por tus hijas, piensa en todo lo que está por venir. Tres kilómetros no son nada y si te cansas los haces caminando. Lo importante es dejarse ver y participar. Todas somos ganadoras.

Sonreí para mis adentros, la señora llevaba toda la razón. Debía competir por mí, por todas las mujeres del mundo entero.

Al día siguiente acudí a inscribirme al evento deportivo. Rellené la solicitud de inscripción y me dieron el dorsal, el mismo para todas. No sabía si se habría apuntado mucha gente, hice propaganda a todos mis conocidos y familiares. El

boca a boca es lo que mejor funciona. Tenía la esperanza de que fuera un día inolvidable.

El día del acontecimiento hacía un calor de muerte. La plaza Mayor estaba a reventar, mujeres de todas las clases, edades, situación económica, formas y tamaños. También había mucho hombre mirón.

Hicieron una sesión de aerobio para ponernos en forma y calentar motores. La llevó a cabo una chica joven muy delgada, guapísima, con una vitalidad asombrosa. Parecía que le estaban dando cuerda, no paraba ni un segundo.

Procurábamos seguirla, en ocasiones no era fácil. Hay que intentarlo y si nos equivocamos volver a empezar, no pasa nada. Me divertí a más no poder con mis compañeras. Somos unas luchadoras y lo seremos siempre. Al igual que en la vida, no hay que tirar la toalla. Si me confundía, debía levantarme y volver al principio.

Un hombre mayor, que estaba mirando alucinado como si nos hubiéramos escapado de un psiquiátrico, comentó:

—Cuando mi hijo se presenta a una carrera no le hacen ni puñetero caso. Estúpida manera de gastar el dinero en tiempos de crisis. Muchas no podrán acabar el recorrido.

Pensé en contestar, diciendo que el último que llega a la meta es el primero de los que jamás se decidieron a salir. Ese impresentable no había luchado jamás, no debía criticar. Le miré con desprecio y continué el calentamiento, procurando seguir sin confusión la miniclase de aeróbic.

Éramos muchísimas, unas quinientas personas. Una multitud inmensa.

El aerobio resultó agotador, aparte de las risas y los buenos momentos compartidos. No sé si quedarán fuerzas para la carrera.

Fuimos a la línea de salida, el alcalde dio el pistoletazo... Había llegado la hora de la verdad...

Al principio nos atropellábamos unas a otras, poco a poco encontramos nuestro espacio y las más rápidas tomaron la delantera.

Comencé despacio, lo importante era llegar y no ser la primera. No era el espíritu de la carrera machacar a otra mujer. La multitud hace la unidad, eso decía la propaganda.

Adelanté a María. Era una señora que desde siempre había tenido una mercería en el barrio. Durante veinte años cuidó a su hijo esquizofrénico hasta que murió de un infarto. Se le quedó una herida abierta que jamás cicatrizará. Ella decía, que

era como si te cortan un brazo, aprendes a desenvolverte, pero lo echas de menos. Nunca será lo mismo. A pesar de todo, jamás tenía un mal gesto, ni una mala palabra para nadie. Nunca se quejó de su suerte y no prestaba atención a las vecinas chismosas que sabían absolutamente todo de la vida de los demás. Le había tocado ese lote, por suerte o por desgracia, y lo llevaba lo mejor posible. La vida era bonita a pesar de todo, debía luchar y ver el lado bello. Trotó un poco pero, con sesenta años, fue sensata y enseguida empezó a caminar. Lo importante era que esta carrera le hacía sentir bien, siempre decía que la unión hace la fuerza. No sabe qué hubiera sido de ella sin sus amigas que tanto la arroparon tras la muerte de su hijo.

Al lado de María estaba Carmen, a la que desde hacía mucho tiempo no veía sonreír. Carmen tenía unos cincuenta y dos años y trabajaba en un puesto de verduras del mercado. Madrugaba una barbaridad y hacía el trabajo de un hombre, movía cajas, lo que hiciera falta. Estaba casada y no tenía hijos. Su marido era un impresentable que carecía de espíritu. Un ser, desagradecido y ruin, al que ella trataba como un marqués sin merecerlo. Le preparaba las mejores comidas, le planchaba los trajes con esmero, dejaba que le llenara la mesita de huellas cuando colocaba sus pies, de un modo descuidado, para ver la

televisión. Hubiera vendido su alma al diablo para que él estuviera orgulloso de ella. Siempre la miraba como si le estuviera perdonando la vida. Un día le notó cambiado, ni la miraba ni la tocaba. Descubrió un carmín que no era el suyo en las camisas almidonadas con esmero. Decidió ponerse manos a la obra, no había conocido a nadie más y no deseaba perderlo. Dicho y hecho, se compró ropa sexy, intentó aprender un baile erótico para seducirle. Le sobraban veinte kilos acumulados durante los mismos años de convivencia en los que dejó de ser ella misma para que él existiera. Tuvo miedo y se sintió perdida, junto con una sensación de vértigo espantoso. Era lo único que tenía, no conocía a otro hombre. Sintió un desprecio infinito en sus ojos cuando se lanzó a reconquistarle y supo que estaba perdida. No asumió su derrota. El día que él hizo las maletas y se marchó con la querida, ni siquiera se despidió. Carmen, su vecina, la encontró a la mañana siguiente inconsciente junto a un tubo de pastillas. La acogió en su casa. La duchaba y arropaba con un albornoz mullidito, le regalaba piropos al oído. Era una muerta en vida, se había quedado vacía, sin sentimientos, incapaz de sentir, de respirar. Se lo habían robado todo. La vuelta a la vida fue ocurriendo muy despacio. No eran heridas fáciles de curar.

En el kilómetro uno miró a esa vecina en la que apenas había reparado y que literalmente la salvó. Nunca, por mucho que hiciera, podría devolverle todo el bien que le había hecho. Había vuelto a nacer, era de las buenas personas.

Había una chica joven que sacaba muchísima distancia a todas las demás. Era Ángela, procedente de una familia acomodada. Lo único que se le pedía era un buen matrimonio y que fuera un florero. Tampoco debía dar demasiados problemas. Pero ella no necesitaba eso, no deseaba un compañero. No era una tragedia elegir la soledad. Desde pequeña supo que lo suyo era el ejército. Tras mucho esfuerzo lo había conseguido. Nadie la felicitó a pesar de ser un círculo muy cerrado, apenas accesible. Su decisión le supuso disgustos, incomprensión y enfrentarse a toda su familia y a muchos compañeros. No cejó en el empeño, su pequeña batalla dejaría la puerta abierta a las próximas generaciones. Iba de las primeras y dedicó su triunfo a todas las mujeres que desean romper moldes y encuentran numerosos escollos en el camino.

Soñaba con el día en que no fuera tan difícil acceder a ciertos puestos de trabajo y que el sexo no fuera un condicionante. Quizá un día no muy lejano fuera realidad, algo tan natural como respirar.

Al igual que Antonia, que trabajaba como contable en una empresa de renombre. Estaba hasta las narices de que muchos compañeros suyos con menos capacidad ocuparan puestos de importancia y ganaran más dinero haciendo el mismo trabajo que ella. Era válida y lo sabía, sus jefes también lo reconocían en pequeño comité. Además, desde que tuvo a su hija, apenas contó con ayuda. Renunció a una plaza que le dieron porque no podía compaginar ambas cosas. Eso supuso un suicidio profesional. Estaba disgustada, no había derecho, quería promocionarse y adoraba a su hija por encima de todo. Miró a su alrededor y vio que eran una multitud inmensa de mujeres de todas edades y condiciones luchando por un mundo mejor, creyendo que era posible. Deseó de todo corazón que el mundo mejorara, aceleró hasta que no pudo más. Quizá algún día cuando su pequeña Cristina fuera mayor, las cosas resultaran un poquito más fáciles, esta carrera se la dedicaba a ella.

Cuando miró hacía atrás observó a Vicenta, una señora de ochenta años del barrio, de la calle San Roque, lo que se viene a denominar el Castellón profundo, el de antaño. No había tenido una vida fácil, pero era un pozo inmenso de sabiduría. Las mujeres acudían a ella en busca de consejo. Había pasado de todo, la muerte de un hijo pequeño, la detención del

marido, su fusilamiento en una guerra absurda e incomprensible. Sabía destripar un cerdo, hacer longanizas, morcillas, hizo los ajuares de sus cuatro hijas, también trabajaba en el campo como un hombre.

La hija de Vicenta recuerda a su madre en su madurez, agotada, deseando morir cuando no podía más. Cuando llegaba al límite la enviaban a Toga, al balneario para que se recuperara. A la vuelta, parecía otra persona. Su forma de mirar, de sentir, de estar, de vivir. Era como si hubiera resucitado.

Vicenta avanzaba orgullosa, lentamente pero sin bastón porque aún quedaban rescoldos de su muchísimo genio y de la coquetería de antaño. Los tiempos habían cambiado mucho, debían hacerlo más, mucho más. Se apuntó a un curso de informática para personas mayores, también se apuntó a una asociación de jubilados del barrio. En ella aprendió a bailar sevillanas e hizo realidad su sueño de ir a una universidad. ¿Quién decía que la vejez era espantosa? Sin exagerar, estaba viviendo el mejor periodo de su vida.

En la mitad de la carrera más o menos se encontraba Lledó, la nieta de Vicenta. Era tranquila, su madre opinaba que demasiado reposada. Le ponía enferma porque decía que tenía la sangre de horchata. Estudiaba, escribía, pintaba, trabajaba

para poder disfrutar de su ocio sin tener que pedir. A sus veinte años no era como muchos jóvenes que ni trabajan ni estudian. Su abuela se sentía orgullosa de ella. Es cierto, no podría llevar a cabo muchos sueños porque se acababa el tiempo, pero Lledó era su prolongación en el tiempo, vería tantas cosas... El mundo había cambiado mucho y lo haría más, para mejor. Se sintió reconfortada, viviría en la persona de su nieta las cosas con las que siempre había soñado. Un mundo mejor, no era una utopía.

Laura, otra participante, nunca se planteó participar en una carrera de estas características. Durante muchísimo tiempo su única preocupación era no cabrear a su marido. Era bueno, encantador cuando no bebía, pero esto casi nunca ocurría. Durante veinte años estuvo soportando malos tratos, llegó incluso a pensar que la culpa era de ella. Él afirmaba con rotundidad que tenía “un algo, que le ponía nervioso”. Un día, tras una paliza de tantas, acudió al hospital. Mintió diciendo que se había caído en la bañera. Le dieron un nombre, una dirección, una asociación. Le costó mucho decidirse, pero lo hizo cuando no soportó que hiciera con su hijo lo mismo que con ella. Preparó la huida con detenimiento y apenas informó a nadie. Cambió de vida, marchó a otra ciudad. Unas buenas personas le ayudaron a encontrar un empleo. No recordaba

desde cuando no sonreía, sus hijos necesitaron ayuda. El miedo a ser encontrados desapareció muy lentamente. También cambió su físico, su forma de vestir, el miedo a ir arreglada. Se quitó de golpe veinte años de encima. Gracias a Rosa, la asistente social que le abrió los ojos y la condujo a decir “Basta ya”. Le dolían las rodillas, tres kilómetros no es ninguna chorrada y ella estaba demasiado herida, débil por las palizas de tantos años. Dio lo mejor de sí y, al llegar a la meta, le cayeron lágrimas como puños. Dedicó la carrera a todas esas mujeres a las que entendía tan bien, esas pobres que jamás denunciarían porque estaban convencidas de que eran culpables, algo habrían hecho....

¡Ojala un día descubrieran una vida diferente, un mundo mejor! Ella sabía que era posible salir del infierno y que el cielo existe.

Jéssica estaba contenta. Hace unos seis meses le dieron el alta en el centro y la consideraron apta para hacer una vida normal. La droga le robó el corazón y la convirtió en una piltrafa humana, capaz de vender a su propia madre. Ella la ayudó a salir del pozo y la perdonó. No volvió a nombrar lo ocurrido, borrón y cuenta nueva. Era un placer volver a disfrutar de las pequeñas cosas, un día de campo, los amigos, la playa. El kilómetro dos se hizo pesadito, más adelante

intentaría dejar de fumar. Hace un tiempo no hubiera podido, era afortunada.

Rosa miraba a Jéssica y pensaba, durante el camino, que había merecido la pena todo. Quien no arriesga no gana. Había recuperado a su hija y eso no tenía precio.

Casi al final de la carrera está Rodica. Vino de su país sin nada, con una mano delante y otra detrás. Aprendió el idioma viendo telenovelas, reconstruyó su casa que estaba cayéndose a pedazos. Cuando volvió de visita a su tierra se llevó la sorpresa de que su marido tenía otra mujer. Se sintió morir, ella trabajando como una esclava y él no perdía el tiempo. Una vez recuperada la autoestima, decidió empezar una nueva vida en España, sus vecinas la ayudaron. Como era una trabajadora nata, prosperó y consiguió un empleo como cocinera en un restaurante de renombre. Tenía un buen sueldo y no se podía quejar.

Al lado de Rodica, animándola para que no parara, estaba Roxana. Estudiaba bellas artes. Admiraba a su madre, una mujer hecha a sí misma que jamás tiró la toalla. Debía sacar la carrera, se lo debía. Era lo que más quería en el mundo y la admiraba de verdad. No dejaría pasar la oportunidad de llevar a cabo su sueño.

En patines, detrás de Roxana, estaba Elena su hermana pequeña. Dominaba el deporte sobre ruedas. Echaba mucho de menos a su padre, pero en la vida no todo es bonito. Disfrutó mucho con la carrera, con el aeróbic se cansó. Se divirtió mucho con sus compañeras de colegio. A pesar de las carencias, era un día de esos del vaso medio lleno.

Al fondo vislumbré a unas cuantas madres del colegio. Eran criticadas por otras porque a media mañana celebraban en la cafetería “la tertulia tortilla de patata”. Otras decían que no trabajaban. Parece mentira que unas mujeres critiquen a otras, así no se llega a ningún sitio. Estaban perdiendo la vida por sus maridos e hijos, se levantaban, preparaban desayunos, meriendas, comidas, cenas, plancha, lavadora. ¿Acaso eso no es una jornada laboral en toda regla? ¿No tenían derecho a tener vida social y echar unas risas?

Dos de ellas estaban trotando despacito, hablando de sus problemas. Las pequeñas cosas cotidianas que nos quitan la paz y no nos dejan sentir bien. Cuando pasé por su lado supe que era una lotería inmensa tener buenas amigas. Los problemas compartidos, aunque no se solucionen, se empequeñecen y nos damos cuenta de que podemos vivir con ellos. Esa palmadita en la espalda, esa sonrisa, esa palabra de

ánimo en el momento oportuno, es lo que nos hace ver que absolutamente todo tiene solución.

Otra participante que fue muy aplaudida por sus alumnos era Toñi. De etnia gitana, mujer y catedrática de Matemáticas en la universidad, para más señas. Ella sabe todo lo que ha tenido que pasar, quiere muchísimo a su familia, pero con esa mentalidad no ha sido fácil. Está segura de que ha abierto una brecha para que todas las mujeres de su raza sepan que llegar a lo más alto no es una utopía, se puede convertir en realidad. Sus primas, a su paso, no dejaban de aplaudirla. Son unas escandalosas, pero maravillosas y entrañables. No las cambiaría por nadie.

No esperaba encontrar a María. En el trabajo todos saben de su enfermedad, la fibromialgia. Es una precariedad muy grande, levantarte y no saber si ese día puedes hacer cosas. Cruzó los dedos y, afortunadamente, el día de la carrera se encontraba regular. La hizo caminando, durante el recorrido no dejó de pensar en su hija enferma, su yerno, sus nietos. A todos los acogió en su casa. La crisis económica tan brutal les había dejado en la calle. A pesar de que su situación económica no era boyante, no podía dejar de hacer lo que hizo. Las madres son así, ella era “la madre tierra”. Lo que hacía no

tenía ningún mérito. Era algo natural, nunca se planteó darles la espalda o hacer otra cosa.

A Elisa no le gusta el deporte. Correr solo si te persiguen, es su consigna. Pero su amiga Leo insistió tanto que no pudo decirle que no. Ha sido un año muy duro, su marido ha superado un cáncer. No es fácil ser acompañante de un enfermo, animar cuando estás destrozada por dentro. En este momento, no sabe como saldrán adelante sin trabajo. Siempre ha sido una persona optimista: no es culpa de ellos los tiempos que corren. Desea de todo corazón que las cosas mejoren, se tienen el uno al otro, a sus hijas. De momento pueden comer, vestir, pagar la hipoteca a duras penas. Su amiga le ha dicho que es una gran mujer y que nunca deje de tener esa alegría interior. Su capacidad de lucha es un ejemplo para todas.

Gloria disfruta mucho, le encanta correr. Ha logrado sus sueños y sabe que es posible. Acabó la carrera de Pedagogía en los ochenta. La crisis económica existía, pero no era tan brutal como ahora. Se casó con su novio de siempre pero no dejó de estudiar. Entre biberones y pañales, preparó una oposición. Ella cree que sus problemas de sueño arrancan desde entonces. No sabe cómo sacó el doctorado, pero lo hizo. Siempre ha sido más tozuda que una mula. Desde entonces sabe que con proponérselo es capaz de cualquier cosa.

Observaba a todas las participantes y sabía que eran fuertes, valientes, decididas, inteligentes, mucho más de lo que pudieran imaginar.

Llegué a la meta antes de lo que esperaba. Disfruté de la carrera como todas. Pensé en mi hija, deseé con todas mis fuerzas que lo tuviera más fácil que yo a su edad. Que no fuera rechazada por su sexo, ni por que estuviera en edad fértil y el gerente pensara los hijos que iba a tener. Que tuviera ayuda de guarderías, de su pareja, de la sociedad, de las otras mujeres. Que no le pusieran la zancadilla, que nunca tirara la toalla. También me vino a la mente todo lo que había logrado, sacar adelante a cuatro hijos, apoyar a mi pareja en los momentos de crisis económica, dedicarme a hacer deporte, disfrutar de mis amigas hasta decir basta, no dejar de lado mi pasión por escribir. ¡Ojalá un día tuviera éxito y pudiera vivir de ella! En ocasiones nuestros deseos se convierten en realidad, lo que no hay que abandonar nunca es la lucha. Perder una batalla no significa ser vencidos en esta guerra. Nunca dejaré de intentarlo, a pesar de descubrir mi vocación tardía a los treinta y nueve años. Hoy en día las mujeres han conseguido cosas que en el siglo pasado no hubieran imaginado que podrían convertirse en realidad

Crucé la meta contentísima. Mirando alrededor, me sentí orgullosa de ser mujer. Tuve la certeza de que, absolutamente todas, somos ganadoras.

Atletas de élite

M^a Luisa Agost Suárez

Anoche me planteé que tenía que hacer tirada larga. Llego el momento, las seis de la tarde. Siempre se retrasa hasta las seis y media. No doy más tregua, si no salgo ahora se me echará el tiempo encima. Si reculo, y lo dejo de hacer, sé que no saldré ni hoy ni mañana ni pasado. Ni nunca más. Retroceder ni para coger impulso.

Tras unos segundos de incertidumbre, cierro puertas y procuro no mirar el desorden de una familia numerosa a las seis y media de la tarde. Hallo consuelo pensando que aunque me quede una hora haciendo tareas y recogiendo, no voy a adelantar demasiado. Surge un inesperado remordimiento de conciencia que no logro acallar ni vaciando el pensamiento. Quizá debería hacer de *poli* malo, no salir y quedarme en casa con cara de perro peligroso. Vigilar si mi hijo estudia o juega a la consola a escondidas, si se distrae mandando gomas a volar o hace la siesta a las ocho de la tarde.

Una décima de segundo, las dudas resurgen de nuevo y me ponen nerviosa. Salgo, es mi momento y se acabó. No pasa

nada, no debo sentirme culpable. Luego estoy más contenta y todos lo agradecerán.

Tumbada en el suelo haciendo los abdominales observo con estupor que debajo del sofá no se ha barrido durante meses... Está apilado todo en un rinconcito, para que no lo vea. Son realmente listos...

Resurgen las dudas y el combate entre lo que debo hacer y lo que me apetece.

Me visto, preparo el pulsímetro, cojo el mp3 con música cañera. Dudo de nuevo, estoy en pie desde las siete de la mañana, no me he sentado, estoy reventada. ¿Será cierto lo que dice mi familia que estoy enganchada? ¿Es necesario y preciso salir a correr?

¿Qué delito tiene dedicar hora y media a mi persona y no al bien común? Cierro la mente a las dudas. Marcho al fin, dando un sonoro portazo a mi casa y a mis pensamientos.

Comienzo a trotar. Hoy toca estilo "Forrest Gump" a mi marcha por donde me apetezca hasta que me canse. Poco a poco me voy sintiendo mejor, dicen que son las endorfinas, ¡benditas sean! Trotando por la calle cruzo un puesto de verdura callejero. Las acelgas están baratas y los tomates en rama tienen muy buena pinta, debería haber ido a comprar

verdura, la nevera da pena. Hago el ejercicio mental de vaciar el pensamiento, lo logro a duras penas. Sigo trotando y olvido lo que he visto. Si paro no me volveré a enganchar, porque estoy demasiado cansada. Me duelen las piernas y las pulsaciones van en aumento. ¿En aquella esquina no había una fuente? ¿Dónde narices está? No la veo. Quiero llegar a hacer una hora que es lo que toca hoy, ya falta menos. He hecho la mitad. Sí, lo puedo lograr.

Cruzo madres con niños que vuelven de las actividades extraescolares. Asoma como una estrella fugaz lo que me espera al llegar a casa. Hacer cenas y la paella de mañana, recoger lo tendido, poner una nueva lavadora, recoger el lavavajillas y mucho más, acostar al niño y procurar no dormirme mientras reposo junto a él, vigilar al estudiante con pocas ganas, recoger la casa y poner el despertador, como todos los días. Mientras no me toque la lotería, cosa imposible porque no compro, sucederá como el anuncio radiofónico, mi vida no cambiará jamás.

Pero quien algo quiere, algo le cuesta. No toca ahora, ahora correr y disfrutar. Eso es mucho. Me siento como una atleta de élite, a pesar de llegar la última o penúltima en las carreras.

Llego a casa a la hora fijada y doy una mirada rápida a todo lo que me espera. Disfruto en la ducha, me encanta sentir el

agua caliente en mi piel, me eternizo. No saldría de ella, estaría dos horas. Me abrigo bien porque, después de correr, tengo mucho frío. Hago estiramientos y pongo las piernas en ángulo de 90 grados para descargar durante unos cinco minutos. Observo que el armario está lleno de huellas, como si alguien lo hubiera hecho aposta. ¿Será para que abandone mi afición?

¿De quién será esa mano que se ve tan nítidamente? No logro adivinarlo. Mañana la eliminaré, hoy no toca. Una cosa detrás de otra.

Me pongo el pijama, miro la cama de reajo, pero todavía falta tela para acostarme. Si me tumbo un rato, no me levantaré. Recompuesta a duras penas, empiezo a preparar la cena. Bocadillo de jamón y queso. La protesta es general. Hay un poco de retraso, en lugar de las nueve cenamos a las nueve y media. Como si fuera un delito.

Todos mis hijos protestan, están hambrientos. Hace muchísimo tiempo que se les ha despertado la bestia. Es muy puñetera y no se sacia jamás. En ocasiones dudo que tengan una tenia en el estómago.

Contesto que si tienen tanta hambre preparen la cena. Silencio sepulcral. ¿Hay alguien en casa? No hay más

comentarios, se da la conversación por zanjada. Nunca ha existido.

A las doce y media termino mi jornada laboral. Todavía resurgen comentarios sobre mi retraso: si vas a correr es porque quieres. Nadie te obliga. No es necesario. Un capricho como otro cualquiera.

Correr no es de cobardes, corro porque me gusta. No contesto, me lo guardo para mí.

Acabo mi jornada a las doce y media de la noche. Apoyo mi cabeza en la almohada y tardo tres segundos en quedarme dormida.

Por la mañana suena el despertador, doy un manotazo y tengo la impresión de haber dormido unos cinco minutos.

Dama madreSelva

Rosa Ana Carreres Ribera

Allí estaba, en mi primer amanecer, alzándose majestuosa sobre el cálido muro de piedra, mi madreSelva. Sus ramas entrelazadas parecían abrazar las plantas cercanas que buscaban cobijo en esa tupida maraña de verdes hojas.

Desde que asomé al mundo, mi naturaleza me empujó a trepar por la escarpada pared del jardín sorteando los irregulares e incomprensibles salientes del muro que encontraba a mi paso. Quería alcanzarla, ser como ella y día tras día trepaba un poco más. Mi ilusión parecía crecer a la misma velocidad que mis ramas.

A su lado todo parecía más fácil. Me protegía del sofocante calor en verano y por las noches, su inconfundible fragancia invadía cada rincón del jardín, traspasando incluso los muros de nuestra prisión de piedra.

Durante el otoño, la luz del sol perdía fuerza y nuestro acogedor vergel se llenaba de innumerables hojas secas y,

aunque esta estación parecía triste, ella me enseñó que soltar lastre de vez en cuando, nos permitía renovarnos y rejuvenecer.

Las cálidas tonalidades otoñales anunciaban la proximidad de un gélido invierno. Recuerdo dirigir mis ramas hacia ella para resguardarme del frío y recuerdo también su entereza ante las inclemencias del tiempo. Aunque el invierno resultó ser un duro período, las madresevas demostramos que nuestra especie era capaz de hacer frente a vientos huracanados y de adaptarse a innumerables terrenos y circunstancias.

Una tarde el cielo se llenó de oscuros nubarrones y el viento comenzó a soplar, cada vez más rápido, cada vez más fuerte. La tormenta se acercaba y con cada azote del viento aumentaba mi temor. Una tenebrosa sombra comenzó a invadir el muro hasta cubrir por completo el jardín y, entre tanta oscuridad, un relámpago lo iluminó todo. De repente sentí como sus ramas se entrelazaban entre las mías y un sonido atronador hizo temblar los cimientos del muro. Solo cuando pasó el temporal, entendí que la intención de mi madreseva no era protegerme, sino reforzar mi estructura y dotarme de una mayor estabilidad para hacer frente a la tormenta.

Las gotas de agua se precipitaban como pequeños alfileres sobre el resto de madresevas del jardín con una intensidad cada vez mayor. Solo algunas de nuestras hojas quedaban al abrigo de la lluvia, bajo algún saliente del irregular muro. Tras unos minutos, que pasaron como siglos, el ritmo frenético de la lluvia devino progresivamente en una extraña calma y, al igual que tras una batalla, las supervivientes parecían despertar como de un mal sueño, susurrando una melodía victoriosa al compás de las gotas que caían de sus hojas.

Con el tiempo comprendí que las madresevas éramos capaces de hacer frente a fuertes ventiscas y de adaptarnos a innumerables terrenos y circunstancias. Pese a nuestra aparente fragilidad el viento solo conseguía doblarnos, pero seguíamos en pie tras cada tormenta.

Esa noche me sentí con más fuerza que nunca y a la mañana siguiente dirigí la mirada hacia la zona más alta del muro, esa zona que siempre había estado fuera de nuestro alcance, vetada a nuestra especie.

Desde que emprendí mi viaje, mis hojas han contemplado con horror ataques de todo tipo a las madresevas que trepaban por zonas distintas a las que tenían autorizadas. Cada vez que alguna rama se apartaba del camino que le

habían impuesto o asomaba por la parte superior del muro, un poder antinatural se encargaba de cortarle el paso, o la vida.

Nunca he llegado a entender por qué ese poder se empeñaba en limitar nuestra libertad de movimiento, en que trepáramos solo por unas zonas concretas y de una determinada manera, en que no fuéramos quienes éramos. ¿Cuál era su temor? Creo que ese día desperté de mi letargo. Mi objetivo seguía allí, en lo alto del muro, y mi naturaleza rebelde, mi insaciable curiosidad y esa fuerza que siempre nos ha caracterizado me empujaban hacia arriba. Me resistía a creer que mi única tarea en la vida era cubrir y embellecer el muro de piedra del jardín. Siempre he sabido que ninguna madreSelva era igual a otra, que cada una tenía su forma de enredarse y de trepar por el muro y por eso la disposición de sus ramas resultaba también diferente, pero todas deberían tener la oportunidad de elegir su camino y, por tanto, de modelar su forma.

Así que decidí emprender el viaje hacia el destino que ya había elegido porque sabía que lo conseguiría; tenía la capacidad, la fuerza y la motivación suficiente para llegar allí. Y retomé mi camino con mayor entusiasmo que nunca, siempre hacia delante, siempre hacia arriba. Mis ramas serpenteaban libremente entre los salientes del muro, unas

veces acompañadas de la suave luz del despertar y otras de los cálidos colores del atardecer.

Cada amanecer me regalaba nuevas oportunidades para aprender y para crecer, y puedo decir sin temor a equivocarme que el trayecto, además de apasionante, resultó ser enriquecedor.

Todos los momentos del día tenían algo especial; las gotas de rocío resbalaban brillantes y juguetonas por mis hojas al asomar el sol y cuando este ya estaba en lo alto, una cálida brisa acariciaba mis ramas. Al atardecer, el jardín se vestía de gala y, aunque algunas plantas decidían descansar, las trepadoras nos perfumábamos con nuestras mejores fragancias y el viento le susurraba bellas melodías a la luna. Me apasionaba la noche porque me permitía trepar a mi antojo, sin vigilancia, y cuando esta venía acompañada de una ligera niebla, se tornaba mágica y misteriosa.

Pero esa noche exenta de luna fue especial. Su oscuridad no me dejaba ver la distancia a la que me encontraba del suelo, pero algo en mí me decía que me había alejado mucho, que mi destino estaba cerca, tan próximo que casi lo podía tocar. Así que seguí trepando. No recuerdo en qué momento el cansancio se apoderó de mis ramas pero sí de la forma en que una intensa luz me regaló el amanecer más hermoso de mi

vida. Fue como despertar a un nuevo mundo, un mundo lleno de color. Ni el máspreciado de los sueños podía igualar la belleza sublime de aquel primaveral edén que se abrió paso al otro lado del muro de piedra. Desde allí arriba podía apreciar una gran extensión repleta de plantas maravillosas, cada una con su particular forma de enraizarse, de oler, de crecer, de ser. Algunas lucían flores de una riqueza cromática extraordinaria y otras se engalanaban con curiosas y verdes hojas. Pero lo más cautivador de aquel jardín era lo que todas ellas sin excepción tenían en común: su libertad.

Necesitaba compartir esa felicidad con mis compañeras y mostrarles los posibles caminos para llegar hasta ese lugar, porque se podía. Así que, sin dudar ni un segundo, tomé todo el aire que pude y desde lo alto del muro lancé mis deseos en forma de hojas. Aquellas que estaban despiertas me reconocieron sin problemas y escucharon mi arenga:

—¡Damas madreselvas, despertad de vuestro letargo y trepad, trepad muy alto y no miréis hacia abajo porque perderéis el equilibrio. Podéis conseguir lo que os propongáis porque tenéis capacidad para llegar a la cima más alta por inalcanzable que esta pueda parecer. No hay pared por la que no podáis trepar, ni obstáculo que vuestra habilidad no os permita sortear. Solo debéis estar dispuestas a luchar por

vuestra libertad, esa que por derecho os pertenece y que está aquí; al otro lado del muro!

Maktub

Teresa Gloria Cervera Aguilar

*Para mis padres, José y Teresa, por haber
hecho de mí quien soy hoy, con su amor,
dedicación y enseñanza de valores y
principios. Gracias.*

*A mis sobrinos por creer en mí y a todas
las personas que creen que hay mucho
más de lo que vemos.*

¡H ola! Soy Tere de Chelva, un pueblo pequeño de la serranía de Valencia. Tengo una pequeña tienda de esas que tienen un poco de todo. Os cuento lo de la tienda porque es ahí donde comienza la historia que os voy a contar.

Cuando levanto la persiana del balcón que tengo, lo primero que veo es una gran extensión de terreno: monte, campos y un poco del pueblo, la parte baja que da al río. No importa que llueva o haga sol, siempre es muy agradable contemplar este paisaje y casi poder tocar el cielo. Pienso que si existe, yo tengo un trozo de él, que tiene que ser algo

parecido a esto. Soy una persona a la que le gusta hablar, pero suelo disfrutar también del silencio, ese que cuando ves algo grande, como lo que yo veo cada mañana al subir la persiana, te hace pensar y preguntarte cuánto hay que no vemos y por qué sucede todo.

Todo comenzó unos seis o siete años atrás. Yo suelo reponer por las tardes la tienda. De ese modo, cuando abro por la mañana todo está apunto y no tengo cajas por medio molestando. Las tardes son tranquilas, la gente está más metida en casa, con la lumbre encendida, calentitos, quizá leyendo, cosiendo o hablando, pues el invierno suele recoger más a niños y grandes, ya que no apetece mucho andar por la calle. Yo también aprovecho para leer o hacer agujas después de que todo esté en orden.

Ese invierno fue largo y frío, pero la puerta de mi tienda, a excepción de que llueva con aire y entre agua, jamás se cierra. Una tarde entró un pequeño perro, cruce de podenco andaluz, buscando calor. Él me miró con temor, con el rabo entre las patas y la cabeza un poco gacha, a sabiendas de que estaba donde quizá no debía. Yo le miré extrañada y le pregunté: —¿Qué haces aquí? -Me miró y, en vez de huir ante mi pregunta, se acercó más. Mi tono de voz no debió asustarle.

Lo cierto es que adoro los animales. En casa hemos tenido perros, gatos, caballo, palomos, ardilla y erizo. Una vez tuvimos un corderito que me regaló la madre de mi cuñada. Todas las tardes, al salir de la escuela, me asomaba al corral de casa, le llamaba y de la palma de mi mano comía maíz en grano. También teníamos patos y, en ocasiones, cuando jugaba con mis amigas les cogía “avellanets”, una variedad de caracol, porque a ellos les gustaban mucho los caracoles. A mi madre le gustaban mucho los cerditos de cría, tan rosados, decía ella, y ordenados a la hora de mamar, todos en hila. Mi padre siempre decía que si se tenían animales había que cuidarlos, y que ellos respondían bien. Así que, aquella tarde, confíe en aquel pequeño perro.

Observé que no era agresivo. Iba limpio y se dejaba acariciar. Estaba helado. Entré al lavabo a por agua para darle y cuando salí estaba encima de la silla, sobre la manta que tengo para taparme las piernas mientras hago jersey o leo. Enroscado, con el morro entre las patas, para no perder ni siquiera el calor que desprendía su aliento. No le hice levantar, solo lo moví y lo tapé. Estuvo tapado toda la tarde, hasta que llegó el momento de cerrar la tienda y volver a casa. Me dolía destaparlo y tirarlo a la calle. Pero no podía llevarlo a casa, pues no sabía nada de él y podían estar buscándolo. Estaba

lustroso y parecía bien cuidado. Fui a hacer la caja y, al oír el ruido de la máquina, se levantó, me miró y se fue. Esto sucedió durante tres o cuatro semanas seguidas. Cada tarde a la misma hora venía a visitarme, le daba algo de comer, le acariciaba, luego lo tapaba con la manta y se dormía. Era marrón rojizo, pelo suave y ojos tristes. Cada tarde, al oír el sonido de la caja, saltaba de la silla, me miraba y se iba sin más.

Una tarde una vecina entró para saludarme. Le comenté que tenía compañía, el mismo perrito cada tarde. Ella lo conocía. Me dijo que se llamaba Toby. Que en las mañanas iba con los niños por ahí y le daban de comer. Que lo habían abandonado, y hasta me dijo quién. Al saber esto decidí buscarle un hogar. Le comenté a mi hermano Jose si lo quería, pues yo ya tenía dos perritas y no me podía permitir un tercero. Aunque él buscaba un perro más grande, un pastor alemán creo, quizá este le gustara.

Un sábado mi sobrina María, hija de Jose, vino a la tienda y al ver a Toby se enamoró de él. Tras insistir mucho, consiguió convencer a su padre y llevamos a Toby a la casa de campo de mi hermano, donde estaría a cobijo y no le faltaría alimento. Esa misma tarde lo llevamos a casa para que lo conocieran. Lo acariciamos todos y jugamos con él. Ya de noche, mi sobrina y

yo lo llevamos en el coche a la caseta. No obstante, al día siguiente, cuando mi hermano bajó a verlo, el perrito ya no estaba. A pesar de estar dentro de un terreno cercado, Toby escapó. Estaba acostumbrado a la libertad y no entendió que yo busqué algo que creí bueno para él. A pesar de compartir con él apenas dos horas al día, quise mucho a ese animalito, me encariñé con él y le eché de menos cuando se fue.

Pasaron los años y mi perrita Laki estaba a punto de tener su primera cría. Yo pensé: si es perro, se llamará Toby. Pasamos aquel día en la huerta, que es donde está Laki. Aunque estaba inquieta, nos volvimos a casa sin que hubiera dado a luz. Al día siguiente fuimos temprano, pero ya había dado a luz. Fue un solo cachorro que por desgracia había muerto durante el parto. El pequeñín era demasiado grande y ella demasiado inexperta. Le costó salir y se ahogó, o al menos esa fue nuestra deducción. Laki, a pesar de no tener a su perrito, tenía leche y se rascaba mucho las tetas. Incluso llegó a hacerse heridas.

Afortunadamente, una clienta me dijo que Santi, el del supermercado, tenía una perrita que había criado por esas fechas. En seguida le llamé y le expliqué mi situación. Es costumbre en el pueblo, cuando una perrita no consigue dar a luz cachorros vivos, llevarle un cachorro adoptivo para que le

extraiga la leche, evitándole así dolor e incomodidad. Pero Santi me dijo que todos los perritos tenían ya dueño.

Esto quedó en el aire y me dijo que hablaría con alguien, a ver si cedía su cachorro temporalmente para mi causa. Yo le llamé varias veces durante dos días y al final me dijo que sí, que me daría una perrita, pero que era muy pequeña. No importaba. Eso era lo que necesitaba Laki, que la perrita fuera tan pequeña que todavía mamase y así le sacaría la leche y se beneficiarían ambas.

Esa misma tarde fui a recogerla. Era preciosa. Pequeñina, muy pequeñina. Había que llevarla a que se conocieran. El primer pronto fue bueno y Laki dejó que la pequeña mamara. No le hizo daño, pero había que ir cada día, ponerla a mamar y vigilar que tomase leche. Sin embargo, a los diez o doce días todo cambió de repente. Laki se quedó sin leche y, de un día para otro, encontramos a la pequeña casi muerta. Me asusté mucho. Le intenté abrir la boca, pues la tenía encajada. Estaba helada. Conseguí con mis dedos abrírsele y le dejé caer unas gotas de leche. Me daba miedo que se ahogara. La arropé para darle calor y por varias veces más dejé caer en su boca leche. Al rato abrió los ojos. Estaba débil. Era tan poco lo que tomaba que tenía que hacerlo muchas veces. Entonces decidimos llevarla a casa. Tuvimos que criarla con biberón y darle mucho

calor, pues temíamos por su vida. Mi madre me hacía ponerle una botella con agua caliente para que no echase de menos el calor de su madre. Ella se acercaba a esta y se dormía.

A esta pequeña, que tenía mil nombres y ninguno, le dimos alimento, calor y mucho amor. Siempre iba de mano en mano. La abrazábamos y acariciábamos. Dormía en una caja, con su botella de agua caliente, pero en la habitación, ya que cada dos horas había que darle biberón, pues era tan pequeña y débil... La alimentábamos con leche en polvo para niños, tal y como el veterinario nos aconsejó, que por lo visto igual que alimentaba a bebés alimentaba a cachorros. Durante la noche me levantaba tres o cuatro veces para alimentar a la perrita. En el día, yo me iba a trabajar, y eran mis padres quienes cuidaban de ella. Y los fines de semana, mi sobrina pequeña era quien más le daba el biberón.

Empezó a fortalecerse y le íbamos a poner Furia de nombre. Pero no le pegaba, era muy pequeña. Luego pensamos en Líber, de libertad, pero nada. De todos los nombres que probamos, a mí el que más me gustaba era uno que había oído en la tele, Maktub, que significa en árabe "estaba escrito". Habíamos luchado por ella y estaba aquí. Por lo tanto yo creí que debía en verdad estar escrito. Era un nombre raro, a mi madre no le decía nada. Mi padre ni siquiera conseguía

pronunciar ese nombre. Y al resto de la familia tampoco les convencía. Decían que era muy complicado para luego llamarla: *Maktub, ¡ven bonita!* Así que, de broma y por la caja en la que ella dormía que tenía dibujadas unas flores, empezamos a llamarle Flor. Floreta. Florinda. Florentina. Al final se quedó con Flor. A todos nos convencía. Le quedaba bien.

Flor corría mucho, se salía de la caja, era muy nerviosa, muy juguetona. Todos la queríamos mucho. Se le pusieron las vacunas oportunas y, cuando ya comía sólido, empezó a hacer cacas. Como todavía no podía salir a la calle con motivo de las vacunas, le puse una caja y le dije: —Flor, cuando yo te meta aquí, tu orinas y haces cacas. -Mi madre se echó a reír. —Sí claro -dijo. Y sin terminar de hablar, vio cómo se ponía en posición y orinaba y hacía cacas tan pequeñas que ni lo parecían. Mi madre se quedó muy sorprendida y debo confesar que yo también. Nos entendía, y pedía lo que necesitaba. Cuando un poco más adelante le empecé a marcar el sitio donde debía hacer sus necesidades con papeles de periódico, le decía: —Debes hacer aquí. -Y así fue. Nunca ha ensuciado en otro sitio que no fuese encima del periódico. Y nunca ha roto nada de casa. Esta es su terreno, pues ya se quedó a vivir aquí. Nunca creímos que se quedaría en casa, ya

que mi padre siempre dijo que los animalitos necesitan espacio y libertad y que, cuando estuviese bien, iría con Laki al campo y al sol. Pero no fue así.

Flor ha tenido gran protagonismo en la familia, pero ahora todavía más si cabe. El año 2012 fue un año de cambios en casa. Por desgracia mi padre y mi madre faltaron con una diferencia de cuatro meses entre el uno y el otro. Se juntaron los dos con las máquinas del oxígeno. Mi padre tuvo un accidente y tenía una gran herida en su pierna izquierda. Mi madre tenía problemas pues en el 2005 padeció una trombosis cerebral. Flor les hizo mucha compañía y alegró su retiro en casa. Yo cuidaba de ellos. Flor siempre estaba encima de mi madre o de mi padre. Pasaba del uno al otro. Flor es muy independiente, pero sabe dar cariño y compañía.

Tras la muerte de mis padres todo ha cambiado. Les echo mucho de menos, pero la vida de Flor también ha dado un cambio. Aunque suelo llevarla conmigo a la tienda todos los días, sé que ella también les echa de menos. Mis padres faltaron en casa, rodeados de los suyos, con mucho cariño. Recibieron también este de todas sus amistades, pues con la puerta abierta en primavera y verano, en sus sillones de la entrada, charlaban con amigos y familiares. Todos los martes y domingos, cuando el tiempo lo permitía, nos íbamos a la

huerta a comer y tomaban el sol. En su último verano, en las fiestas del pueblo, fueron a ver la procesión de la Virgen del Remedio, patrona de Chelva. Fueron con sus sillas de ruedas, llevadas por sus hijos y nietos, a tomar helado. Incluso vieron, desde dentro del coche, el castillo de fuegos artificiales que anunciaba el fin de las fiestas. Vivieron con intensidad tanto su vida como su enfermedad. Dios se los llevó de una forma tan dulce y con tanta dignidad que, a pesar de mi dolor, cada día le doy gracias. Se marcharon en su cama, sin dramas, sin aspavientos, sin resistencia. Se dejaron ir. Acompañados de todo el amor que necesitaban: el de su familia. Y por supuesto, los dos con su perrita Flor al lado hasta su último aliento. Hoy Flor es mi compañía. Cuando cerramos la puerta de casa con la llegada de la noche, nos miramos y pensamos: faltan dos.

Antes de faltar mis padres supimos que Flor es hija de Toby, el perrito al que yo cada tarde daba cobijo en la tienda y al que intenté buscar un hogar. Al que le di calor y quise. Santi, el del supermercado, lo recogió y se lo llevó a Tuéjar, el pueblo de al lado, donde tenía una granja. Por eso nunca más lo vi. ¡Qué curiosa la vida! Yo cuidé a su padre aquel invierno, y, unos cuantos años después, la vida me regaló a una de sus hijas para cuidar de mis padres.

Hoy Flor cuida también de mí y me hace compañía. Tiene ya tres años y a Toby hace siete que le conocí. Flor ha dado alegría y compañía a mis padres, sobrinos, hermanos, cuñadas y tío. Hoy deja que los niños la acaricien y está madurando. Por las tardes parece que veo a Toby mientras Flor está tapada en la tienda, con la misma manta con que solía tapar a su padre aquellas frías tardes de invierno. Cuando suena la tecla de cierre de la caja de registro, se levanta, me mira y nos vamos. Me entiende y la entiendo. Y en la mañana, mirando el monte, ese que se ve desde mi balcón cuando subo la persiana en la tienda, me pregunto si todo esto hubiese ocurrido del mismo modo si en vez de cuidar de Toby le hubiese echado a la calle aquella tarde sin más. Pero luego miro a Flor y pienso: Maktub, estaba escrito.

Paco, de tota la vida

Carmen Contreras Castellano

Una nit com qualsevol altra, en un quart pis d'un edifici de qualsevol poble de València, a l'hora de sopar...

—Una altra dona morta...què faran per enfadar tant els marits? -va dir el pare, mentre es llevava la jaqueta bruta de grassa, la penjava al respatller de la cadira i seia a la taula per a sopar.

—Pobreta, cada vegada les maten més joves -va dir la mare mentre mirava, acatxada davant del vidre del forn, el pollastre amb creïlles que es cuinava dins.

—Magda, no està encara el sopar? -va preguntar impacient el pare.

—Tot apunta que la va matar per gelosia, en saber que tenia una relació amb un altre home -deia algú en la tele...

La mare va aparèixer amb la safata de pollastre.

—Vinga, a sopar, he posat herbetes i una miqueta de mantega, a veure si així està menys sequet el pollastre.

– Segur que està molt bo, mare -va dir Júlia.

– El món està ple de cabrons- va xiuxiuejar el germà major, concentrat en la tele.

– Renteu-li la boca amb lleixiu a este mocós- va dir l'àvia, molesta.

– No em ratlles, àvia -va contestar el jove amb cara de fàstic.

– Sopa i calla, Xavi -va sentenciar el pare.

Després de sopar, quan la casa estava en silenci, amb la complicitat de la foscor i la quietud de la nit, Júlia escrivia en el seu diari. Reclzada en el coixí, vestida amb el pijama d'ossets blaus i tapada amb la manteta de *patchwork* que li havia cosit l'àvia, la nostra protagonista recordava, nit rere nit, els moments viscuts en el dia. L'habitació pintada de rosa, herència de la seua etapa infantil, la motxilla de colors i la carpeta folrada amb les fotos dels actors més guapos del moment, eren els únics testimonis dels somnis de la jove, dels seus pesars o del seu somriure, que acostumava a aflorar quan escoltava les seues cançons preferides. Mentrestant, en la resta de la casa, els seus pares, l'àvia i el seu germà vivien en un món avorrit i mediocre, que no tenia res a veure amb ella. Júlia, de nit, repassava l'alegria dels moments de rialles, la

tristor pel malentès amb la millor amiga, la rebel·lia per la discussió amb son pare... Però sobretot, Júlia somniava amb viure un amor de pel·lícula, com qualsevol adolescent de la seua edat.

Júlia s'arreglava per anar a l'institut. Es pentinava amb cura i es pintava els ulls tots els matins. Júlia passejava per anar a classe, mirava de reüll els xics, girava el cap amb vergonya quan algú d'ells xiulava al seu pas i somreia tímidament mentre baixava la mirada. Esperava amb atenció el magnífic joc del festeig que li oferien els minuts al corredor, entre classe i classe. Durant eixos moments actuava com si li interessara el que parlaven les amigues, però realment el que volia era absorbir tot el que ocorria. Per això es fixava en els xics i les xiques que envaïen el corredor cada cinquanta minuts. El professorat desconeixia que en eixos minuts ocorrien les històries més interessants del dia. Les converses, els gests, els crits, es barrejaven en un espai en el que xics i xiques compartien el seu ball particular. Quan acabava la música que anunciava el canvi de classe, tots tornaven dins la presó de les matemàtiques, la tecnologia o la llengua.

Júlia esperava l'hora en que algú veuria en ella a la xica especial que ella sabia que era.

De quan en quan, un professor enrotllat apareixia a l'institut. Solia ser un substitut jove que estava de pas, cobrint la baixa del titular de la plaça. Este tipus de professors connectaven amb l'alumnat, feien dinàmiques divertides, parlaven de coses interessants a classe i mai posaven partes. Els partes sempre els posaven els mateixos i els rebien els mateixos. En totes les classes hi havia dos o tres xics que armaven rebombori i parlaven mal al professorat. Algunes xiques també ho feien, però rebien menys partes. Júlia sovint es preguntava per què els alumnes torejaven més a les professores que als professors.

Sovint alguna professora organitzava una xerrada sobre temes d'actualitat. Júlia escoltava pacient el que deien els convidats sobre el masclisme, sobre l'educació sexual, la igualtat, els perills d'internet o la violència i el *bullying* escolar... I patia de pensar que el món era un lloc massa complex, on s'havien de donar massa explicacions. Les seues aspiracions eren molt més bàsiques. Ella esperava amb impaciència el xic perfecte: guapo, alt, intel·ligent, graciós i capaç d'arriscar-ho tot per ella. La seua mitja taronja, l'home que la descobriria, que la coneixeria de veritat i que la faria feliç per sempre més.

A Júlia les amigues li deien que la gelosia era normal, que era una ximple si no s'arreglava per anar a l'institut, que era una basta si no seia amb finor, que les xiques havien d'estar guapes per si en qualsevol moment apareixia l'home de la seua vida... Júlia s'ho creia. Es resistia a pensar que el que li deien a l'institut sobre els estereotips era veritat. Com, si no era mostrant la seua bellesa, havia d'aconseguir la història més bonica que mai s'havia escrit?

Júlia no sabia qui era quan va trobar a Fran.

Es van conèixer una nit de dissabte en una discoteca. Fran se li va apropar, mentre la mirava fixament i caminava amb pas ferm, al ritme d'una música que envaïa tot l'espai. La gent ballava i tot rodava al voltant de Júlia que, marejada per l'alcohol, buscava la complicitat de les seues amigues que acabaven de desaparèixer camí dels lavabos.

Xerraren durant una hora, mentre ningú mirava, mentre la música seguia envoltant el moment en cotó i mel. Els llums confonien el pensament de Júlia que somreia, bevia, assentia i es deixava dur per la situació mentre pensava que allò no era massa normal i buscava, de quan en quan, mirades que pogueren delatar o entorpir el meravellós moment que estava passant.

L'endemà dinant...

– A quina hora arribares, Júlia? -va dir el pare mentre posava vi al seu got i mantenia la mirada fixa en la tele.

– Prompte, com sempre.

– Jo també vaig tornar prompte, pare -va dir Xavi fent broma.

– Aplegares bufat segur, que no és la primera vegada -va respondre amb enuig el pare.

– Al final va eixir Dolors? -va preguntar la mare.

– Lligares o què? -va xiuxiuejar Xavi mentre apropava la seua cara a la de la germana.

– Dolors estava malalta- va contestar Júlia en veu baixeta.

– A eixa xiqueta, Dolors, li falta un *regonet* -va dir el pare.

– Però pillares o no? -va soltar Xavi amb nerviosisme.

– A Júlia no li interessen els xics, ella està concentrada en estudiar, veritat filla? -va dir la mare amb to suau.

– A Pere el de la meua classe li moles -va dir Xavi, despreocupat, mentre es tallava pa.

– Al primer que li pose la mà damunt li la talle -va rondinar el pare.

—Primer l'haurem de conèixer, no? -va dir l'àvia mentre mirava amb una mescla de tendresa i innocència la seua filla Magda.

El diari va ser testimoni de l'encontre de Júlia i Fran. Júlia recordava els seus ulls, la seua boca, la forma en què la va mirar l'estona que compartiren i intentava plasmar-ho de manera exacta amb paraules en el seu diari. Quan es va adonar que mai podria escriure exactament el que sentia, va posar *Losing my religion* en el *iPod*, va apagar el llum i es va arrupir en el llit, intentant reviure cada moment de la nit passada i sentint com l'enamorament trucava a la porta dels seus somnis.

Fran i Júlia varen compartir més que una nit de discoteca. D'amagades, lluny de la mirada de les amigues de la jove, del germà i dels seus col·legues, lluny de les places i els parcs, del mercat i les cafeteries, en la complicitat de les hores fosques de la tardor, van conèixer-se més enllà de les paraules. Júlia, a poc a poc, va deixar d'anar pintada a classe, ja no l'importava tant estar guapa i perfecta. Però el seu canvi no només va ser físic. Va començar a llegir, animada per Fran, i va descobrir tot un món de temes que li interessaven, de hobbys i d'al·licients. Sense adonar-se'n estava canviant uns pensaments arrelats des de la infància i consolidats en l'adolescència, que no es

corresponien amb el que estava vivint. Júlia seguia fent tot el que s'esperava d'ella, però moltes coses estaven canviant en el seu interior. Sovint pensava que ser adolescent era massa difícil i que tot el que pensava que tenia clar s'estava derrocant a poc a poc. Els canvis, no obstant això, li produïen certa pau, una mena de serenitat que mai no havia experimentat i que es corresponia amb una veu interna que lluitava per cridar, cada vegada més fort, qui era ella.

Una nit, quan tots se n'havien anat a dormir, algú va trucar a la porta de l'habitació de Júlia.

—Eh, puça, puc passar?

—Sí, Xavi, entra. Què vols?

El jove va passar i va seure a la vora del llit de la germana.

—Pere m'ha dit que et pregunte si vols eixir amb ell.

—Què?

—Que està colat... que et veu en els patis i es mor per dir-te alguna cosa. Ja li he dit jo que tu passes, però ell està encabotat amb tu.

—No m'agrada Pere -va dir Júlia amb cara de fàstic.

—Però si és el tio més popular de tot el corredor de batxillerat!

–Ja ho sé. Totes les xiques van darrere d'ell de manera tan descarada que s'ho ha cregut.

–No, si jo preferisc que no vages amb ell.

–Per què?

La pregunta va eixir de la boca de Júlia amb un punt d'indignació.

–No sé, és un rotllo haver de cuidar-te. Ja saps el que dirien els papàs si s'assabentaren que vas amb un xic de la meua edat, amic meu, a més.

–Fliparien.

La conversa es va detindre uns moments, fins que Xavi va prendre la iniciativa.

–Avui t'he vist anar cap a l'era de darrere de l'insti. On anaves?

–M'has seguit? -va cridar Júlia, mentre s'alçava del llit d'un bot.

–No! Que va. Només que he vist que les teues amigues tiraven cap al parc. I tu no.

–Sí, anaven a fumar. Jo passe.

De nou, una pausa.

–A veure ara que li dic a Pere -va dir Xavi preocupat, mentre es deixava caure en el llit de la germana, xafant-li els peus.

–Inventat alguna cosa. Tu eres molt resolt. I aixeca't, que em xafes els peus.

–Li diré que passes de tios i arreglat.

–Això. Que es busque una altra. La meua amiga Tània està bogeta per ell.

–Però és molt lletja, segur que Pere passa. Tu eres més boniqueta, puceta.

Els dos van riure.

–Bo... jo ho he intentat -va dir Xavi donant per finalitzada la conversa.

El jove es va alçar del llit. Va caminar lentament cap a la porta. D'esquenes a Júlia, abans d'obrir la porta, dubtant de si havia de parlar o no, es va girar una mica i amb to paternal va dir:

–Cuida't dels papàs, Júlia, que el poble és molt xicotet.

L'endemà dinant...

– El diumenge anem a dinar a casa de la meua germana -va començar la mare.

– En lloc de fer tants dinars, més ocupar-se de ta mare, Magda, això haurien de fer -va dir el pare, mentre posava, enèrgicament, sal a la seua sopa.

– Van a presentar-nos al noviet de Marta -va contestar la mare amb to condescendent.

– Segur que ha pillat un altre pelacanyes -va dir Xavi.- Marta no sap estar en tios normals.

– I tu, Júlia, quan ens portaràs un xic templat i estudiós? -va preguntar l'àvia.

– No sé, àvia -va contestar Júlia mentre movia la cullera dins el plat.

– Bo, i com li diuen a eixe nóvio de Marta? -va preguntar el pare.

– Fran -va contestar la mare- serà de Francisco.

– Que moderns que sou ara els joves -va dir el pare com si li molestara la conversa- Paco, de tota la vida.

Tots seguiren menjant mentre a la tele, allà lluny, els contertulians d'un programa debatien sobre el matrimoni entre persones del mateix sexe.

Júlia va deixar de menjar. Es va recollir en els seus pensaments durant uns segons, i per fi, va dir:

– Fran també és nom de dona. Jo en conec una. És la meua nóvia.

Els personatges es van quedar congelats durant cinc segons. L'àvia es va mantindre aliena. Magda mirava a la seua filla amb estranyesa. El pare va deixar de menjar. Xavi va baixar el cap un segon i va aguantar l'emoció pel que acabava d'escoltar. La càmera es va detindre per fi en Júlia que, amb tristesa, mirava el seu plat. Després d'uns segons, amb el rostre seré i la mirada clara, Júlia va sentir el coratge necessari per mirar a la seua família.

Tots van contindre els sentiments que amagava cada personatge en eixe moment, quan es va escoltar una veu forta i clara que va cridar:

– Bona, tallem!

Uns aplaudiments van trencar el silenci i la contenció de l'escena. Els actors i actrius començaren a alçar-se de les cadires mentre comentaven els detalls del moment. Els càmeres es van relaxar, tothom es movia i començaren a escoltar-se els sorolls que segueixen al final del rodatge.

Isma, el director del curtmetratge, va caminar lentament cap a la màquina del café, mentre es fregava els ulls, símptoma del cansament d'un dia intens de gravació. Víctor, l'actor que feia de Xavi, es va apropar a Isma amb un somriure d'orella a orella.

— Perfecta, Isma -va dir Víctor.- Crec que ha sigut la millor escena. Eres un *crack*.

— Sí -va dir Isma sense prestar-li massa atenció- heu estat magnífics.

— Em van dir que avui era l'últim dia de rodatge.

— Sí, així és. Només he de tornar a l'institut per a rodar algunes seqüències de l'edifici, del pati...crec que ens faran falta per al muntatge. Però poca cosa més.

— La veritat és que la que ho ha fet molt bé és Ana, la que fa de Júlia. No podies haver triat ningú millor que ella.

— Sí, és molt bona.

I els ulls d'Isma van anar, sense que se n'adonara, on estava ella.

Víctor es va arrimar a Isma i en to confident li va dir:

— Jo crec que el que passa és que és *bollera* de veritat, per això li ha eixit tan natural fer de *marimacho*.

Tornant al to de veu normal, Víctor va continuar:

—Genial, tio, hem acabat, no?

El món d'Isma es va afonar en dos segons, mentre escoltava a Víctor. La indignació es barrejava amb la ràbia i la impotència. Malgrat el menyspreu que acabava de sorgir dins la seua persona, valorar si valia la pena contestar a Víctor va ser fàcil. Per fi, va reaccionar.

—Sí, crec que sí, hem acabat -va contestar mentre llançava a Víctor una mirada fulminant de ràbia, la qual cosa Víctor no va captar.

L'endemà, Isma i Ana varen quedar per la vesprada en la seua cafeteria preferida. El raconet dels pastissos francesos, on es van citar per primera vegada, era el lloc que s'havia convertit en el punt de trobada de la parella feia un any, quan havia començat la seua relació. Isma estava ja dins esperant amb un te entre les mans.

—Quines ganes tenia de veure't, xicotet -va dir la xica mentre abraçava i besava a Isma als llavis.

Isma li va correspondre l'abraçada.

—Et demane alguna cosa?

—Un café només -va afegir ella mentre es llevava la jaqueta.

Mirant com Isma anava al mostrador, Ana va sentir que alguna cosa no anava bé. Quan va tornar, va preguntar-li:

– Hem acabat el curt. No estàs content?

– Clar que sí, Ana.

– Aleshores què et passa? No em digues que res.

Isma va deixar el seu te, es va recolzar en el respatllet i va sospirar, com si tota la tensió del món recaiguera sobre els seus muscles.

– Em passa que no sé per a què tot açò, que trobe que estem fent coses inútils, que res no té sentit i que perdem el temps. Això passa.

– Isma, hem acabat un projecte que ens ha costat molt. Permisos, convèncer als actors, el guió, assajar, rodar... Ens hem esforçat molt per a fer-ho! No em digues que no val per a res. Tu i jo créiem en açò.

– Eixe es el problema, Ana. Tu i jo. Víctor, la que fa de mare, els càmeres, tota la resta, creus que hi creuen?

– Víctor és un malcriat, un musculets i un masclista, Isma, no em vingues amb eixes. Ell creu que açò va a fer d'ell un actor de renom, imagina't com és d'ignorant. No creu en el projecte, només actua.

– Si la gent no s'ho creu no hem aconseguit l'objectiu.

– Estàs equivocada, Isma. Ho hem aconseguit. Hem rodat el nostre curt. Tenim ja els dies de projecció en els instituts, en la casa de la cultura... aplegarem fins on puguem i seguirem treballant perquè creiem en açò. No anem a salvar el món, només anem a contribuir a fer que esta lacra desaparega. Tu i jo. Imagina't -va prosseguir ella- que Víctor és tots els joves als que anem a mostrar el curtmètratge. Tots els xics i xiques superficials i amb prejudicis. No podrem canviar-los a tots. Potser a un. Però per eixe un, haurà valgut la pena, no creus?

Ana va aprofitar la pausa per a donar un glopet al café. Volia donar-li temps perquè reflexionara sobre el que acabava de dir-li. Isma, va mirar-la. Va somriure. Estava envaït per una profunda gratitud i una admiració infinita per la dona que tenia davant.

– Saps que eres espectacular? -va contestar per fi.

– Sí -va dir Ana amb un ampli somriure- i per això m'estimes tant.

– Per això t'estime tant -va dir ell amb un tendre somriure.-
I ara, Aneta meua, què fem?

– Muntar i projectar a Paco -va dir ella amb determinació.

—Paco, de tota la vida.

Nada

Francisca García Jiménez

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Observó el paisaje tras los cristales. Todo estaba en calma, tanto que ni las hojas de los árboles se atrevían a moverse. Se incorporó despacio, el dolor de su espalda, la presión en la cabeza, le recordó la mala noche pasada, apenas había dormido. Cerró de nuevo los ojos mientras se amasaba los cabellos con ambas manos. ¿Qué voy hacer hoy? se preguntó. ¿A dónde voy a ir?

Se incorporó, poco a poco comenzó a doblar la manta y, con sumo cuidado, la introdujo en la bolsa de plástico que había a un lado. Cogió una botella de agua y bebió un trago. Miró en un bolsillo del pantalón y no encontró nada. Buscó en el chaquetón y al introducir la mano en el bolsillo se quedó perpleja, sus dedos tocaban algo extraño. Al sacar la mano vio un billete de 10 euros, cerró los ojos agradecida y volvió a meter el dinero en el bolsillo. Cogió la bolsa despacio. Tenía que irse antes de que las calles se llenaran de gente, camino de sus trabajos o de sus quehaceres. No quería que nadie la encontrara en aquel cajero. Suspiró hondo, empujó la puerta

de cristal y salió a la calle. Al poner los pies en la acera, se le agudizó el miedo que le oprimía las entrañas. Vio a un hombre al otro lado de la calle que la miraba con insistencia. Ella bajó la cabeza y comenzó a caminar deprisa.

En el primer bar que encontró abierto, entró y pidió un café con leche bien caliente. Mientras lo servían se dirigió al aseo de señoras. Allí se lavó lo mejor que pudo y se peinó el cabello. Al salir, había mejorado su aspecto y se sentía algo más limpia. El hombre le sirvió el café con leche acompañado de un bollo. Ella le miró extrañada y dijo,

– Yo no he pedido el bollo.

– No se preocupe, invita la casa.

– Muchas gracias, no sabe lo que se lo agradezco.

– No tiene importancia. Hoy por ti, mañana por mí. -Y se volvió para seguir limpiando.

Salió de la oficina con el tiempo justo para recoger a los niños del colegio. Se metió en el coche y, después de poner el motor en marcha, salió disparada hacia el colegio. Llegó cuando empezaban a asomar los primeros niños, se dispuso a esperar unos minutos, sabía que sus hijos eran de los últimos

en salir. Llegaron alborotando como siempre y, después de darle un ligero beso en la mejilla, se metieron al coche y se abrocharon los cinturones.

Tomás tenía catorce años y María doce. Eran lo más importante de su vida, trabajaba muchas horas al día para que no les faltara de nada. Menos mal que su trabajo estaba bien remunerado y podían disfrutar de una vida cómoda, aunque sin grandes lujos.

Al llegar a casa, mientras los chicos se metían en la cocina buscando algo que comer, ella se dirigió al dormitorio para darse una ducha y cambiarse de ropa, como hacía siempre. Algo llamó su atención. Sobre la cómoda vio un sobre donde destacaba su nombre. Lo cogió intrigada, lo abrió despacio y comenzó a leer. Su rostro palidecía por segundos y sus ojos se abrían desmesuradamente mientras avanzaba en la lectura. No podía creerlo, era de él, del hombre al que adoraba desde hacía quince años, del único hombre de su vida... y le decía que se marchaba, que había encontrado el amor de su vida y se iba con ella.

Las piernas le fallaron y se dejó caer en el borde de la cama con los ojos clavados en el papel y los dedos agarrotados. —Se ha ido...me ha dejado... pero ¿cuándo? ¿Quién es ella?

No podía salir de su asombro. Un dolor agudo y punzante le atravesó el pecho, la cabeza comenzó a darle vueltas y temió perder el conocimiento. De sus labios solo salía una frase: –No puede ser... no puede ser...

Le costó mucho aceptar la nueva situación, se quedó sola al frente de todo y tuvo que enfrentarse con la realidad. Su marido los había abandonado a su suerte, después de tantos años de aguantar sus caprichos, sus aires de grandeza, sus manías. Ahora se había marchado y era ella quien tenía que luchar por sacar adelante a sus hijos.

Los gastos le agobiaban, tenía una hipoteca de la casa que él se empeñó en comprar. Ella era feliz en su antiguo piso. Era un poco pequeño, pero suficiente para los cuatro. Él tenía la ilusión de comprar una casa grande con jardín, en una buena urbanización. Ganaban lo suficiente para pagar las facturas y vivir desahogadamente. Pero con la nueva situación y con solo su sueldo le sería difícil afrontar los gastos.

Decidió poner la casa en venta, pero había estallado la burbuja inmobiliaria y la crisis empezaba a pegar fuerte. Pasaban los meses, la casa no se vendía y encima tenía que verle a él, flotando al rededor de su nuevo amor, cada vez que

los citaban para los acuerdos del divorcio. Era una terrible tortura para ella.

María cayó en una profunda depresión, todo su mundo se había desvanecido de la noche a la mañana y se sentía caer en un pozo del que no veía el fondo.

Al final consiguieron vender la casa, por lo justo para pagar la hipoteca, y ella tuvo que buscar un piso de alquiler donde vivir. Él pagaba una pequeña cantidad para los hijos y las cosas comenzaron a encajar, poco a poco.

Un día anunciaron problemas en su empresa y el miedo comenzó a planear sobre su cabeza. Después de unos meses de incertidumbre recibió la fatal noticia, estaba despedida.

Al principio no quiso desesperarse, contaba con la prestación por desempleo y, en ese tiempo, estaba segura que encontraría trabajo. Era una mujer altamente cualificada, licenciada universitaria, sabía inglés y algo de francés, contaba con años de experiencia en puestos directivos. No tendría mucho problema en encontrar un empleo.

Pasaron los meses, pasaron los años y María no encontraba trabajo. El dinero comenzó a escasear y algunos meses no podía pagar el alquiler. Pero ella resistía sin rendirse, tenía a sus hijos y ellos le daban las fuerzas para seguir.

Un día recibió una citación del juzgado, el padre pedía la custodia de los hijos. Y un día les vio marchar con su maleta y se quedó sola por completo.

Desde entonces apenas recordaba lo que había sucedido. Un día se vio en la calle, sin saber dónde ir ni qué hacer. Caminaba por la acera despacio, con el bolso colgando de su hombro. Alguien llegó por su espalda y le arrancó el bolso de un tirón. Ella cayó al suelo por el fuerte empujón y, aunque trató de resistirse, no pudo evitar que el desconocido se llevara su bolso y, con él, todo lo que tenía, dinero, documentos, todo.

Unos policías la encontraron sentada en un parque calada hasta los huesos. Ese día llovió durante todo el día y toda la noche y ella solo tenía algún balcón o alguna parada de autobús para refugiarse. La llevaron a un albergue y de allí a un hospital, tenía pulmonía.

Los médicos temían por su vida. Ella no hacía nada por vivir, al contrario, solo quería morir. No quiso llamar a sus hijos, no quería que la vieran en ese estado, no quería que nadie supiera su paradero, solo quería morir.

Pasó semanas ingresada pero, al final, le dieron el alta. Aunque estaba muy débil seguía con vida.

Una vez en la calle, caminaba sin rumbo y descansaba en cualquier banco que se encontrara.

Al caer la noche estaba tan cansada que no podía dar un paso, se sentó en un banco situado en una pequeña plaza ajardinada. Se percató de que no había comido nada desde que salió del hospital, pero no tenía apetito, por lo tanto, se distrajo mirando los pies de los transeúntes. Descubrió que cada uno era distinto de los otros, los había que se inclinaban hacia dentro, otros hacia fuera, otros eran torcidos y sus dueños parecían sufrir. Había mujeres con zapatos tan estrechos que tenían que ser un suplicio para los pies. Había tanta variedad como personas pasaban por delante de sus ojos. Nunca se había fijado, ni siquiera lo había pensado, algo tan valioso como los pies y que parecían tenerlos olvidados.

Poco a poco la gente fue desapareciendo y con ellos sus pies. Levantó los ojos del suelo y miró a su alrededor, justo enfrente había un banco de donde vio salir a un hombre del cajero. Aguardó un poco más, hasta que la plaza quedó desierta. Entonces se levantó y se dirigió hacia el cajero, intentó abrir la puerta pero no pudo, suspiró contrariada y aguardó apoyada en la pared. Al poco tiempo llegó una pareja a sacar dinero. Cuando salieron aprovechó para colarse tras la puerta, donde esperaba sentirse más protegida. Una vez

dentro suspiró aliviada, miró a su alrededor sin saber qué hacer. Se fue hacia el rincón más alejado de la puerta y se dejó resbalar hasta el suelo. A los pocos segundos sintió que el frío traspasaba los pantalones que vestía, se encogió y abrazó sus piernas apoyando la frente en sus rodillas, tenía ganas de llorar. Con la soledad aplastando su dolorido corazón, con el frío atenazando sus carnes se dejó llevar por el consuelo de las lágrimas. Estaba sola, completamente sola, tirada en la calle, sin nada que llevarse a la boca y el miedo agazapado en sus entrañas. No sabía qué hacer con su vida, solo veía una salida, la muerte. No tenía fuerzas ni para quitarse la vida, le dolía hasta el alma. El único consuelo que tenía era pensar en sus hijos. Ellos estaban a salvo en casa de su padre, no la necesitaban, no la necesitaba nadie.

La puerta se abrió de pronto y entraron un hombre y una mujer con una bolsa en la mano.

– Buenas noches -saludaron.

Ella levantó la cabeza, les miró asustada y respondió despacio,

– Buenas noches.

– Si vas a pasar aquí la noche necesitarás algo de abrigo, veo que no tienes nada. -dijo la mujer sonriendo- No sé si has

cenado pero, por si acaso, te he traído un bocadillo de tortilla de patatas, esta recién hecha. Espero que te guste. -dijo ofreciéndole la comida.

María no sabía qué responder. Retirando las lágrimas de sus mejillas con sus manos, se levantó, mirando a la mujer con los ojos muy abiertos, como si no se creyera lo que estaba escuchando.

–No tengas miedo, ya nos vamos, solo quería darte esto. -dijo dejando la bolsa en el suelo- Nos gustaría ayudarte más, pero...

–Muchísimas gracias, no sabe lo mucho que les agradezco esto, muchas gracias...yo...yo no soy una mendiga...yo...no tengo nada... nada...

–Si mañana estas por aquí, te bajaré algo de comer. -dijo la mujer.

–Gracias por todo...muchas gracias...-dijo con un nudo en la garganta- Necesito un trabajo...un trabajo de lo que sea, puedo limpiar, lavar, cocinar...lo que sea...

–Nosotros no podemos darte trabajo. Pero miraremos a ver si podemos ayudarte.

–Gracias por todo. Muchas gracias...

—Si sigues por aquí, te ayudaremos en lo que podamos. Pareces buena chica y no te mereces estar así, nadie se merece estar así.

—Gracias...muchas gracias...

La pareja se fue, dejándola sola. En la bolsa encontró un chaquetón, una manta, una botella de agua y un termo de café con leche muy caliente, además del bocadillo que tenía en la mano. Después de cenar y tomarse el líquido caliente, se sintió mejor. En el mundo aún quedaban personas buenas y un atisbo de esperanza comenzó a abrirse camino en su cerebro.

Desde la cocina podía ver todo el comedor, controlaba las mesas para tener los platos preparados en cuanto fuera necesario. Sabía qué pedía cada mesa y lo tenía siempre a punto.

Hacía meses que trabajaba en ese restaurante, trabajo que encontró gracias a la ayuda de aquel matrimonio que, sin conocerla, la ayudó cuando no tenía nada.

Ahora vivía en un piso alquilado que compartía con sus hijos, ya que habían vuelto a vivir con ella. Poco a poco su vida se iba normalizando. Tenía un proyecto de venta por internet de calzado especial que ella misma diseñaba y poco a

poco comenzaba a despegar. Pero mientras tanto seguía trabajando de cocinera y, por lo visto, lo hacía bien aunque antes, ella no lo sabía.

Cuando les vio entrar al restaurante, le dio un vuelco el corazón, Eran ellos, su ex marido y su mujer. No podía creerlo. Él no sabía que ella era una de las cocineras del local, no podía saberlo, por lo tanto, tenía que ser pura casualidad.

El camarero le advirtió,

—Esmérate con esta mesa, quiero que todo esté perfecto.
¿Son amigos tuyos?

—Sí, ella es muy amiga mía- dijo con una leve sonrisa en los labios.

Al leer el pedido se sorprendió: Ternera en salsa... En salsa... Antes él odiaba las salsas, aún recordaba sus enfados por hacer alguna. Sonrió pensativa. En un mortero preparó los ingredientes para realizar la salsa: pan frito, algunas hierbas y el ingrediente secreto, un puñado de avellanas. Después de machacar todo con mimo en un mortero, lo dejó caer sobre la carne. Estaba disfrutando con solo pensar en lo que sucedería en cuanto lo probara. Él odiaba las avellanas, siempre dijo que les tenía alergia. Desde su puesto de vigilancia esperó

expectante su reacción. Pero no sucedió nada, poco a poco se terminaba la carne y parecía disfrutar con el manjar. Cuánto había cambiado. Defraudada se retiró a sus fogones y siguió con su trabajo.

Trascurridos dos días llamaron de un hospital para informar a los hijos de la gravedad de su padre. Estaba ingresado en intensivos.

No podía creerlo, en el fondo se sentía culpable por si su travesura era la causante de su estado.

Pero no, la culpable fue la sorpresa que se llevó al volver a casa y no encontrar a su mujer. Se había marchado con otro hombre, dejando una nota de despedida encima de la mesa.

Añoranza

Berta Gil Alonso

Pequeño homenaje a la mujer emigrante

Sentado allí, sobre la fría losa que daba entrada a la inacabada casita, miró sus deportivas blancas, relucientes... Las miró con orgullo y con preocupación al tiempo que se preguntaba el modo de mantenerlas inmaculadas, pues caminar por aquella calle, polvorienta en verano y barrizal en tiempos de lluvia, iba a constituir un verdadero desafío.

Zapatillas, zapatillas blancas... las primeras que recibían sus pies de primera mano. Hasta entonces, cuando no iba descalzo, sus pies se habían cubierto con la caridad usada de otros, caridad que llegaba de mundos lejanos y que monjitas de andares inquietos y rumor cariñoso repartían con rigor.

Zapatillas, zapatillas blancas de marca conocida. Cuando abrió el paquete estaba rodeado de su panda, aquel grupo de compañeros de barrio, de escuela y de miserias. Alguno, no se

fijó en quién, comentó que podían ser falsas, que su madre le decía que había mucha copia y que solo se las mandaría cuando encontrase unas de las de verdad. **Él** lo oyó, pero no hizo caso, ni siquiera le importaba si eran falsas o no, solo le importaba la blancura, el brillo, el tacto suave de lo nuevo.

Era su décimo cumpleaños y mamita no estaba. Mamita, su mamita, como le gustaba llamarla. Pero allí estaban las zapatillas, el regalo esperado que mantenía entre sus manos abrazándolas, como hacía mamita con **él**. Cuando estaba. Incluso, les daba besos, pues estaba seguro de que **ella** las habría tocado, acariciado con amor pensando en su niño, sonriendo y alegrándose, en la lejanía, de verlo tan feliz.

Anocheceía ocultando con ello la pobreza del barrio. Con la oscuridad desaparecía en parte la miseria, la suciedad, la decadencia de aquellas casuchas de lata, plásticos o de otras, cuya esperanza se vio truncada por una o cien causas y ahora mostraban su esqueleto al mundo. Así era la suya. En paredes sin lucir asomaban venas mohosas; ventanucas con cartones aún sin sustituir, negaban la entrada a los escasos rayos de sol que lograban atravesar la cortina de humo y gases que desprendía el basurero cercano. Basurero enorme, océano de residuos de la gran ciudad, lugar de juegos, caverna de Alí

Babá... Casucha donde solo lucía la losa de la entrada que la abuela se esforzaba en mantener limpia como símbolo de esperanza.

Allí estaba **él**, sentado, alegre con sus zapatillas blancas. Alegre y pesaroso, ¡extraña sensación! Alegre por el regalo, pesaroso por los ausentes. Entre la oscuridad, una pequeña bombilla, a modo de estrella, intentaba orientar a los habitantes en la oscuridad.

Padre faltaba ya muchos años, tantos que su rostro se hubiese perdido de no ser por el retrato que estaba en la vieja cómoda. En la fotografía una pareja de enamorados sonreían esperanzados. Le gustaba ver aquel retrato y muchas veces se preguntaba la razón, el porqué su madre había perdido aquella bonita sonrisa. Padre se fue y la pobreza se convirtió en miseria.

Cada vez que aquel hombre llamaba a la puerta, madre lloraba y la abuela, angustiada, no dejaba de repetir ¡Jesús! ¡Jesús! Y **él**, asustado, se escondía debajo de aquella cama enorme, de la que, ahora, había desaparecido el mullido colchón de buen descanso.

Mamita salía pronto camino de la ciudad y con ella, se fueron algunos de los objetos de la vieja cómoda. Volvía al oscurecer, cansada y triste. Del viejo bolso sacaba trozos de pan, fiambres y restos de la comida que ella misma guisaba en aquel *antro*, -como gustaba llamar a su lugar de trabajo- colocaba los presentes sobre la mesa al tiempo que la abuela, entre susurros, daba las gracias a Dios por aquel trabajo que les permitía alimentarse.

Al final de la semana el día acababa con la visita a aquella casa, la mejor del poblado pues hasta tenía una pequeña bombilla en su entrada, lugar de peregrinación de buena parte de los habitantes del mísero barrio.

Era una casa con la entrada muy grande, en la que se apilaban las más variadas mercancías: leche, galletas, azúcar, aceite, maíz... Una larga lista de productos alimenticios compartía lugar con escasos productos de limpieza y ropa de desconocida procedencia, mientras en un patio adyacente, se amontonaban útiles de obra de procedencia más que conocida. Y allí, en una destartalada *rulote*, los vecinos guardaban riguroso turno unos para pedir, otros, como su mamita, para pagar. Entraba, decía un nombre y aquel hombre, el que tantas veces llamaba a su puerta, mojaba el dedo con saliva y con

calma, iba pasando las manoseadas hojas de una libreta cuyas tapas de negro charol, habían perdido el brillo hasta tomar un aspecto de mohoso cuarteado. Libreta sin fin; como sin fin era la lista que mostraba el débito: yeso, ladrillos, una losa, una puerta, dos ventanas, continuando con medicinas, ambulancia... y terminaba con una cruz que resumía una vida. Mamita pagaba, escuchaba y, de vuelta a casa, lloraba.

Cuando las monjitas le hicieron la propuesta, se asustó. Ir tan lejos... el niño, la abuela... Pero no había otra salida en un mundo marcado por la miseria. Partió, voló y voló durante largas horas con las piernas encogidas y el miedo marcado en su rostro. Abrazaba el pequeño bolso lleno con sus recuerdos, con su humilde tesoro. Voló y bajo del avión, subió en otro y volvió a bajar, ahora en la meta desconocida. Realizó todo como una autómata, como la monjita le había aconsejado una y otra vez. Subió y bajo recordando los nombres de las ciudades, dando gracias al Todopoderoso por no ser barrera el idioma.

Cuando anunciaron la llegada a su destino, un tremendo miedo a lo desconocido la embargó. Se arregló como mejor pudo, pues después de tantas horas de vuelo quería superar su ajado aspecto. Con una vieja maleta en una mano y el

pequeño bolso en la otra, pasos inseguros caminaron hacia la salida bajo la mirada atenta y analítica de la autoridad. Aquellas miradas clavadas en ella, que seguían todos sus pasos, que parecían desnudarla, no la dejaron hasta que aquella desconocida de conocido hábito la abrazó. La abrazó sin casi dejarla respirar o quizá fuese el verse segura en aquellos brazos lo que ahogaba su corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cuando la monjita traspasó las puertas de la urbanización y enfiló la amplia avenida, sombreada por altos árboles, se emocionó. A pesar del cansancio de tan largo viaje, una fuerza oculta se apoderó de ella y volvía su rostro, ágilmente, hacia un lado y otro con el fin de no perderse nada de aquel idílico edén.

Circulaba la religiosa segura, como quien conoce bien el recinto. Circulaba entre calles arboladas en las que se alineaban elegantes edificios rodeados de altas verjas o tapias, en ocasiones cubiertas de enredaderas, que dejaban ver a los viandantes, porches y torreones magníficos, como ella jamás había visto al natural.

Con ligeros estertores el viejo vehículo fue perdiendo velocidad hasta quedar, resoplando, ante aquella casa cuyo dorado nº 7 brillaba al sol. *Los años que tiene mi niño*, pensó, mientras hacía esfuerzos para que las lágrimas no la delatasen.

Su niño. Por su niño hacía todo. Por **él** había emprendido aquel solitario viaje llena de esperanza. Por **él** atendería con paciencia infinita el rosario de tareas que debía de realizar en aquella digna casa. Las escuchó de aquellos labios femeninos de sonrisa fingida y fría actitud. Se acostumbró a escuchar cada día, cada mes, cada año... exigencias y reproches ante algo mal hecho más bien por desconocimiento del uso de tanto aparato que por falta de voluntad.

Por **él** soporto a aquellos niños con los que se volcó sin recibir compensación alguna. A aquellos niños que, en ocasiones, para divertirse la llamaban india al tiempo que, en su ignorancia, imitaban los gestos y las voces de los pieles rojas que conocían de las películas. Por **él** veló sus sueños en la enfermedad, los distrajo en noches de padres ausentes por viajes y fiestas. Los cuidó calmando su añoranza con leyendas y cantos de su tierra. Lo hacía con aquella vocecilla de melodioso acento, que más que hablar cantaba. Lo hacía

tiernamente, con amor, pues su alma sentía que era él quién la escuchaba.

Por él soportó cada mes, humildemente, la entrada en el despacho del señor que cada día limpiaba. Lo hacía siempre con temor, pues era el lugar prohibido de la casa. Con la cabeza gacha, recogía el sobre al tiempo que oía las explicaciones del exiguo salario *...lo que queda después de ir restando los gastos del viaje, la seguridad social...* y, a veces, el descuento del plato roto o de algún desperfecto que había realizado. Ella lo oía, al tiempo que pensaba en que solo el crucificado que destacaba en la mesa la diferenciaba de aquella otra a la que acudía cada mes allá, en su lejana ciudad.

Pero salía contenta. A pesar de todo, aquello era mucho más de lo que nunca había logrado. Repartía celosamente su tesoro: parte para cubrir necesidades en lejanas tierras, parte para ahorrar y algunas monedas para sus necesidades que, eran tan pocas, que aún le permitían ahorrar para algún regalo. Como las zapatillas blancas.

Pensó en ellas aquel amanecer. Pensó que ya habrían llegado a su destino, que su niño las tendría y también en lo que en aquella tríada de tiempo habría crecido. Lo delataba el

número pedido. Pensó, con añoranza, en su alegría; pensó que su sacrificio y sus años de callada soledad comenzaban a dar sus frutos; que allá, en su ciudad, la deuda disminuía mientras en la cercana cartilla bancaria comenzaban a tomar forma los números.

En la soledad de su pequeño cuarto, aquel que servía para la costura y para la plancha, la luna dejaba filtrar su resplandor. Se asomó a la pequeña ventana. La luna, en lo alto, se esforzaba por no desaparecer ante el inicio del día.

— *Allá estará anocheciendo*- pensó. La miró. Recordó las veces que lo había hecho con su niño en brazos, allí en la puerta de su humilde casa. Recordó las historias que le contaba de la reina de la noche, la que vela nuestros sueños, la que cada noche domina al mundo con su mirada. Pensó que, en su lejana tierra, comenzaría a asomarse y que, quizá, su niño, con sus zapatillas blancas, estaría mirándola y que, como un milagro, sentiría en su rostro el beso que ella le enviaba

El toldo y otras envidias

Clara M^a Stella Manaut Roca

Esta tarde, subiendo el toldo para que la terraza se llenara de sol y de mar, me he adentrado en un mundo de pequeñas envidias. No tendré más remedio que explicarme.

Quien no conozca mi trayectoria vital ha de saber que vine al mundo por casualidad, gracias a una pequeña herencia. Murió mi abuelo y mis padres, siempre en precarias condiciones económicas, decidieron tener una niña. Ya eran mayores, cerca de los cincuenta. Sin embargo obedecí, me engendré, crecí en el vientre de mi madre con el sexo correcto (al menos es lo que creo) y nací en Madrid, en la entonces calle Lista (ahora Ortega y Gasset), una fría madrugada de un enero silbante y helador.

Mis padres y mi hermano –quince años mayor que yo- me contaron varias veces, ante mi reiterada insistencia (puedo llegar a ser pesadísima), la difícil circunstancia de mi llegada a la vida. En efecto, hacía mucho frío aquella madrugada del 29

de enero en que decidí sacar la cabeza. Mi madre notó las primeras contracciones y, claro está, mi padre salió corriendo a la calle en busca de un taxi de gasógeno.

Madrid estaba desierta. No había nadie ni, por supuesto, un solo coche. Por fin, a lo lejos, una calesa que se acerca. Mi padre corre a su encuentro e intenta que pare.

—No puedo llevarle al ningún sitio -le dice el cochero- el caballo está muy cansado.

Mi padre se pone de rodillas sobre la nieve y ruega:

—¡Mi mujer está a punto de dar a luz, es mayor y el parto puede ser difícil! ¡Por favor, ayúdenos a llegar al hospital!

Por lo tanto, debo a la tenacidad de mi padre, a la paciencia de mi madre y a aquel caballo viejo y cansado, el haber penetrado en este mundo de forma correcta.

Tanto ellos -no me refiero, claro está, ni al cochero ni al caballo, sino a mis progenitores- como mi hermano me acogieron con agrado. Habían sobrevivido a una guerra y a la posterior hambruna. Fui la niña pequeña y querida -que no mimada- pues la posguerra no lo permitió. Se pasó hambre en mi casa, mejor dicho, en mi casa pasaron hambre porque yo no tengo ese recuerdo, sino el de una infancia feliz en la ignorancia de la realidad.

Vivíamos en la calle Ibiza número 3, una casa enorme con un pasillo de más de 20 metros, dos terrazas y mucha luz para que mi padre pudiera pintar. No lo hizo durante los tres años pasados entre las rejas de la política, pero sí antes y después. No sé lo que costaría el alquiler, pero supongo que mi madre haría otro milagro más para pagar la mensualidad y que no nos echaran a la calle. Perdió más de veinte kilos en el intento.

Águeda, aquella maravillosa mujer que mis padres, antes del desastre, habían contratado para cuidarme, se quedó con nosotros porque me adoraba -sin apenas comer y sin cobrar-. Era joven y jovial a pesar de haberse quedado viuda al poco de casarse. Tenía 19 años cuando llegó a casa, todavía con un resto de metralla en la mejilla. Águeda cantaba coplas con su voz fresca y acariciante; canciones que se columpiaban en el pentagrama de cuerdas del patio vecinal, alegrando los corazones.

En el mismo edificio había otros niños: siete pisos con seis viviendas en cada uno de ellos dan para mucho. Recuerdo que, en aquellos días de nieve y hielo madrileños, jugábamos en uno de los rellanos de la escalera que recogía las mencionadas seis puertas. Era tan amplio que podíamos organizar juegos de correr, como el “El rescatao”, “El pañuelo”, “Policías y ladrones”...

En una de las viviendas vivía “la alemanota”, como acabamos llamándola. Era muy alta, amplia de caderas y de hombros, con una raída peluca rubia que le daba un aspecto feroz. La mujer debía odiar a los niños o bien tenía dolor de cabeza o, simplemente, quería que la dejaran en paz. La algarabía que montábamos debía ser considerable. Cuando ya no podía más abría la puerta, gritaba algo así: “¡Niños a jugarrrr al rrrretirrrro....!” y cerraba de un portazo. Nosotros salíamos corriendo, aterrorizados. Aquel día la diversión se había terminado.

En el mismo rellano vivía una pareja de mayores con Mari, su nieta y amiga mía. Yo, en mi inocencia, iba atando cabos a través de las conversaciones de mi madre con Águeda. Entendí, más o menos, que los padres estaban separados porque la madre tenía otro novio y que el marido la había pillado... Gonzalo, que así se llamaba el susodicho, era un hombre alto y guapo que venía de vez en cuando a ver a su hija. A la madre la conocí al cabo de unos años cuando, una vez reconciliados, se llevaron con ellos a Mari.

Una de mis primeras sensaciones de envidia se desató al contemplar las preciosas sandalias rojas de mi vecinita, algo a lo que yo nunca podría tener acceso a pesar de haberle

enviado a mi hada madrina, desde la terraza y a grito pelado, la siguiente solicitud:

— ¡Hada, quiero que me traigas unas sandalias como las de Mari!

Y, no solo le pedí algo tan básico, sino también unas alas. Mis sueños de infancia están jalonados de vuelos a velocidades vertiginosas. Naturalmente, las alas jamás me fueron concedidas. Las sandalias las conseguí años más tarde.

Otro de mis deseos más arraigado fue el de convertirme en bailarina tras haber visto “Las zapatillas rojas”, aquella preciosa película donde abundaban puntas y tutús. En mi afán incesante por bailar, destrozaba los zapatos que con gran esfuerzo me compraba mi madre cuando ya los viejos tenían la suela llena de agujeros y se me habían quedado pequeños.

Mi afición era tanta que en cuanto volvía del colegio, y tras escuchar Diego Valor en la SER (prioridad absoluta), pasaba de inmediato a la emisora de música clásica para bailar y bailar y bailar... También montaba auténticos shows a mi familia, disfrazándome con lo primero que pillaba e improvisando obras de teatro con bailarina de protagonista.

Tanto fue mi afán que mi padre se acercó a Karen Taff -única academia de danza abierta en Madrid por aquel

entonces- ofreciéndoles cuadros suyos a cambio de clases. Cuando volvió a casa yo le esperaba con la ilusión en los ojos y los nervios a flor de piel. El pobre no sabía cómo decirme que le habían negado esa posibilidad.

Lloré muchísimo, pero ahora les estoy enormemente agradecida dada la efímera vida de las bailarinas de clásico. Seguramente en estos momentos tendría la espalda y los pies destrozados.

A pesar de todo yo seguía en mis trece, acuciando a preguntas a las compañeras que se quedaban a clase de ballet en el colegio (a las que, debo confesar, envidiaba profundamente).

—¿Qué te han enseñado hoy? Dime los pasos que has aprendido... -les preguntaba con ansia.

Las pobres me hacían alguna demostración y yo luego, en casa, intentaba imitarlas.

En el piso de abajo, en la letra B, vivía una niña rica.

Por el patio y, cuando no hacía frío, podía ver su cuarto a través de la abierta ventana, y allí una enorme casa de muñecas.

Imaginaba que, además de la casita, habría un montón de juguetes. Envidia, pura envidia; un deseo enorme de penetrar en aquel mundo maravilloso.

Y ocurrió que, un día, después de jugar en el rellano de la escalera, la niña -que por cierto, se llamaba Carmen- me preguntó:

—¿Quieres venir a jugar conmigo pasado mañana por la tarde?

(El “pasado mañana” correspondía a un jueves, día en que tan solo había clase por la mañana. La moda de los sábados libres se inició algún tiempo después).

Ni que decir tiene que la invitación me produjo un enorme shock emocional. Conté las horas, los minutos, los segundos, hasta que... ¡Por fin pude penetrar en el santuario!

De momento, aquella casa nada tenía que ver con la mía. Muchos muebles exquisitos, juegos de plata, una doncella con cofia y delantal blancos... Los cuadros no, los cuadros eran mucho más bonitos los de mi casa, pintados por mi padre, pero el resto... Puro lujo.

Carmen me llevó de la mano hasta su cuarto. Al abrir la puerta me quedé extasiada ante tanto derroche de muñecos, peluches, trenes... Todo un mundo de fantasía ahora a mi

alcance, sobre todo la ansiada casa de muñecas que, ya de cerca, me pareció mucho más bonita y más grande que lo adivinado a través de la ventana abierta en el patio de luces.

– ¿Quieres que juguemos con la casita? -me dijo.

Tanto era mi deseo que me quedé muda y tan solo pude asentir con la cabeza. Estaba al límite del colapso cuando tomé en mis manos aquellas camitas, con sus sábanas, sus colchas y sus almohadas; el salón con su sofá, sus sillones, su aparador; la cocina, -de las de carbón de la época- pero brillante y perfecta, al igual que los cacharros de cobre. El baño me pareció también fantástico, con su bañera de patas de león, su gran lavabo, su inodoro e, incluso, su bidé... Organizamos una historia con muñecos pequeños, una especie de saga familiar donde hubo de todo: cariño, peleas, reconciliaciones...

Al poco rato entró la doncella con una bandeja donde, ¡oh maravilla!, además de una taza de humeante chocolate espeso para cada una, había una fuente con suizos, *cruasanes*, galletas... Todo un mundo de delicias que yo no solía degustar.

Como siempre he sido una niña bien educada, no me lancé sobre los manjares acuciada por el hambre y la novedad. Esperé pacientemente a que la doncella extendiera un mantel

de hilo sobre la pequeña mesa rodeada de dos sillitas y colocara allí aquel derroche de dulzores.

El tiempo pasó a toda velocidad. Estábamos en lo mejor cuando irrumpió, a través del patio, la voz de mi madre pidiéndome que subiera a cenar.

Me despedí de mi amiga, feliz por la tarde que habíamos pasado juntas. Seguramente me portaría bien porque me invitó de nuevo a su casa. No sé si el haber conseguido algo tan ansiado se lo debo a mi hada madrina, pero me apetece adjudicárselo.

Otra de mis envidias, también en la misma casa de gente rica, es decir, la de los padres de Carmen, fue el toldo que da título a esta historia. En mi casa, como he dicho antes, teníamos dos terrazas, una abajo y otra arriba, pero a causa de la precaria situación familiar, estaban totalmente destartaladas. Ni una planta, ni una silla, ni una mesa... Sin embargo, la de mi amiga, con ser una y mucho más pequeña, rebosaba abundancia: un montón de tiestos con flores, una mesa blanca de hierro forjado, cuatro sillas a juego con sus cojines de colores, un mueble para colocar las bandejas y guardar la vajilla y los cubiertos para comer o cenar al aire libre durante el verano. Y, sobre todo, el mencionado toldo.

Ahora lo pienso y no sé por qué me producía tal sensación un simple toldo. Quizá fuera por el placer de dar vueltas a la barra que enganchaba el engranaje para que este subiera y bajara. Un día, ¡oh felicidad!, me dejaron maniobrarlo...

Desde la lejanía del tiempo pienso que, aquella gente, sabedora de las circunstancias difíciles que se vivían en mi casa, me acogían por caridad o algo parecido, aunque me llevara de maravilla con Carmen y fuera auténtica la amistad que llegó a establecerse entre ambas. Sin embargo yo sentía que su madre me trataba como diciendo: “Son pobres; hagamos una obra de caridad”.

Quizá esta sensación sea tan solo fruto de la envidia. ¡Cualquiera sabe!

A lo mejor mi amiga también envidiaba el que, durante el verano, yo me bañara en un enorme barreño de cinc que mi hermano, Águeda y mi madre llenaban hasta la mitad, acarreando el agua en cubos desde el lejano cuarto de baño. O también aquellas noches de cielo límpido en que, tumbados sobre un colchón viejo en una de las terrazas, mi padre daba nombre a las estrellas y constelaciones que teníamos sobre nosotros.

Ahora, tantos años después, en que no tengo que envidiar nada a nadie -salvo la juventud- me pregunto si, realmente, era sana aquella envidia infantil. Si no hubiera visto las sandalias de Mari y no me hubiera topado, a través de la ventana, con aquella casa de muñecas, no habría tenido esa sensación de querer algo a lo que no podía tener acceso.

En el fondo, quizá sea mejor vivir en la ignorancia para no desear.

¡Cualquiera sabe!

Justicia

Amparo Pérez Gimeno

Este último mes solo he visto y escuchado noticias sobre la justicia y, desde entonces, el recuerdo de aquel día tan fatídico e injusto no cesa de repetirse en mi cabeza como si de una melodía estridente se tratase. Y hoy más que nunca esa melodía suena con mayor intensidad, ya que tengo la citación en el juzgado a las nueve y cuarto de la mañana, donde yo, padre divorciado y muy enamorado de mi hija, me disponía a ir a verla, con el ansia viva debido a que por el trabajo actual no dispongo de otras horas para visitarla. La custodia de la niña la tiene su madre. Me decidí a ir a por mi nenita de cuatro años con la ilusión de un niño con zapatos nuevos. La recogí con la cara sonriente, su mirada limpia, su inocencia intacta, disfrazada de mariquita porque se había empeñado en ponerse el traje de carnaval del año pasado. Se negaba a salir a la calle si se lo quitaban. Yo, encantado, me fui con ella del brazo en dirección al parque más cercano a la casa de la madre, para que jugara un rato y compartir con ella ese

momento tan agridulce. Una hora después ya sería la hora de irme al trabajo.

La niña corrió, saltó, se tiró por el tobogán, se sociabilizó con otros niños que estaban en aquel parque, bailó, le dieron los rayos del sol, se mojó en la fuente. Me sonreía con claridad en cada gesto de plenitud al realizar sus peripecias con el columpio, tobogán, caballito de madera, la pelota de otro niño, la fuente... Se la veía llena de vida y repleta de energía. La cogí en brazos. Ya era hora de irnos, al menos para mí, tenía únicamente treinta minutos para llegar al trabajo, sin un ápice de segundo ni para tomarme un respiro antes de empezar como *coctelero* en el restaurante de verano donde trabajaba. Pasé junto con mi hija por una especie de plaza, muy estrecha, no había otro atajo más rápido para llegar lo antes posible a casa de la madre. Había un bar y el dueño había puesto sus mesas y sombrillas a los dos lados de ese estrecho pasillo. Pasamos por allí y mi hija me hizo este comentario: "Papi, me ha raspado algo en la espalda". Era cierto, el dueño del bar levantó con mala sombra y doble intención la sombrilla para conseguir su objetivo: darle en la espalda a mi hija. Como siempre los niños dicen la verdad, y así fue. Entonces le dije con tono firme pero educado al propietario del bar que fuera con más cuidado, que el pasillo era muy estrecho y la varilla

suelta de su sombrilla al abrirla había raspado la espalda de mi hija. Él con un tono altivo, contundente, soberbio y maleducado respondió: "Si no te gusta, te jodes, no pases por aquí cuando abra la sombrilla, negrata de mierda, vete a tu país que aquí eres un escombros social, sobras, no eres ciudadano, eres un lastre que huele mal". No me podía creer la falta de educación y respeto de ese hombre de más de cuarenta años, que seguro que tenía hijos, hablando de ese modo delante de una menor. Me puse muy nervioso, me estaba provocando, me hervía la sangre, estaba a punto de hiperventilar, se creó en mi interior una mezcla de emociones tóxicas explosivas. Respiré profundo tres veces y en parte me tranquilicé. Calmé a mi pequeña que se puso a llorar. El individuo, por no llamarle de otro modo, con grandes aspavientos y gesticulando descontrolado seguía gritando: "Pídeme perdón, imbécil, por haber pasado por aquí, sobras, vales menos que un paquete de tabaco. Yo pongo la sombrilla cuando me sale de los huevos en mi local, que para eso pago unas tasas al ayuntamiento".

Dios mío, pedía hacia dentro, tierra trágame. Tranquilo que andas con tu hija y no tiene que vivir una situación desagradable, no lo mereces. Un hombre que estaba saliendo de la biblioteca cercana le dijo al propietario del bar: "Cálmate

va con una niña." Otro vecino que pasaba por allí y lo conocía: "José, ¿qué te pasa? Hombre, cálmate. Déjalos en paz. Que va con una niña, loco." Pero no paró de soltar por su boca todo tipo de pestes, golpeándome a la vez con su dedo índice en la cabeza repetidas veces. Continué con mi hija asustada en brazos caminando hacia delante sin replicarle ni girarme en ningún momento, era el adulto en esta situación y tenía que controlarla. Con paso firme y rápido salimos de allí, aunque se seguían escuchando sus gritos en la distancia. Por fin llegué al patio y llamé al portón, bajó la madre y le entregué a nuestra hija llorando. "Germán estás pálido y alterado. ¿Por qué está llorando la niña? ¿Qué eran esos gritos que se oían hasta en casa? ¿Estás bien?" Le dije: "Ahora sí. Coge a la niña y ponle una película de Dora Exploradora, cálmala. Me tengo que ir a trabajar, llego justo. Mi trabajo y mi hija están por delante de este demente. Voy a comisaría a poner una denuncia". Mi hija sollozando le intentaba contar a su madre lo acontecido: "Un hombre malo pegaba a papá con el dedo, le gritaba..." Se puso a llorar de nuevo.

Fui a comisaría con los nervios a flor de piel, conté mi testimonio breve, claro y conciso a un agente de policía. Me vio tan nervioso el policía que me ofreció una tila, la cual rechacé porque no disponía de tiempo. Pasó un mes, pero día

sí y día no, la niña repetía en sueños al despertar que un hombre malo pegaba a su papá. Otro día la madre llevó a la niña al parque del accidente, la niña señaló al propietario del bar y le dijo que él era quien pegó a papá. Mi exmujer me lo contó. Me desangré por dentro al recordarlo, respiré despacio y pensé hacia dentro que lo había dejado en manos de la justicia, cosa que me tranquilizó. Pasaron tres meses y medio, tenía la citación en el juzgado de primera instancia a las nueve y cuarto de la mañana. Juicio rápido por la denuncia realizada el 27 de agosto a las once y media de la mañana. Me levanté muy temprano y de buen ánimo, pedí las horas en el trabajo. Presentaría el justificante del juicio, esas horas me las descontaban de mi sueldo. Era conecedor de la verdad. La justicia iba a devolverme ese mal rato que se prolongó con las pesadillas de mi hija un mes más, lo que más me dolía de todo esto. Se iban a poner en orden las cosas, había elegido el camino menos traumático y el correcto. Delegué en la justicia la responsabilidad de unos actos injustos. Presenté mi D.N.I. a las puertas del juzgado, entré en la sala dos de la primera planta donde se efectuaba el juicio. Empezó el juicio, estaban los letrados junto con la jueza y el tal José sentado al otro lado junto a un testigo presencial, el "borrachín" del pueblo que tenía un bono de veinticuatro horas en su local de lunes a domingo. No daba crédito al testimonio, copia y replica, que

ambos exponían a la jueza. Parecía que llevaran días ensayando para el gran espectáculo. ¡Qué bien se habían estudiado el papel para alegar mentiras, injurias y cambiar totalmente el relato de los hechos ocurridos! Ambos dieron el mismo testimonio y el "borrachín" cambió el curso de los hechos tal y como se lo había enseñado el propietario del bar, dejándome como conflictivo, mentiroso y una persona agresiva. Se me paró el tiempo y se me cayó el alma a los pies, solo me faltó darle yo mismo una patada, cuando el fiscal dictaminó la sentencia a favor del susodicho y como ejecutoria tenía que pagar todos los días durante un mes cinco euros al número de cuenta que me dio la jueza, y si no lo cumplía me impondría una multa de mil ochocientos euros o en su caso realizar doscientos treinta y cuatro días de servicios a la comunidad. Todo esto por los costes del juicio y supuesta denuncia falsa. Esa fue mi justicia, la balanza no se descolgó ni al lado derecho ni al izquierdo, cayó la balanza a mis pies, rompiéndose.

Pasaron los días y me sentí abatido, lo vi hablando con el jefe de policía a la salida del cole cuando volvía de recoger a mi hija. A mi lado estaba la abuela de mi hija por parte materna y me dijo que eran familia, que su hermana mayor era la esposa del superior de la comandancia de policía.

Reflexioné hacia dentro: La justicia es como un teatro donde el actor que mejor refleja, defiende y argumenta su papel es quien se lleva la princesa llamada verdad (disfrazada de burdas mentiras bien defendidas, sin moral ni ética). Dejas a una tercera persona que dictamine la razón de unos hechos en los que nunca estuvo presente ni es conocedora total de lo que pasó. Si tienes las herramientas necesarias, sea justo o injusto, verdad o mentira, la balanza se inclinará de tu lado, es algo amoral. Ni las heridas del día "X" ni sus consecuencias las cura nadie. Y sí, la sentencia es injusta. En qué sociedad vivo, qué indefenso y pequeño soy, se me puede pisar una vez, dos y hasta una tercera. Aquel día me comporté justamente dentro de la parodia de la justicia y mi conciencia está tranquila.

Y tú, ¿cuándo pediste silencio para escuchar tu voz?

Melisa Ruiz López

— ¡Pues si ahí no está, mira en el armario de nuestra habitación! -gritó fuera de sí Inés.

—Joder es que la has guardado tanto que al final para encontrarla hay que hacer un máster -respondió Mario con un tono entre cansado y cargado de razón.

—¿Qué? Bueno, va, ¿para qué? Paso porque si no... acabaremos discutiendo y no me apetece. No me apetece porque te mandaría a la mierda.

Esto último nadie lo oyó. No lo escuchó Mario pero ni aunque hubiera habido una oreja con vida pegada a su boca, ésta, la oreja con vida, tampoco se hubiera enterado. No es que Inés lo dijera bajito, es que solo lo pensó.

Esa mañana se había levantado temprano, a eso de las 7 de la mañana, porque tenía que poner una lavadora y tender antes de levantar a los niños, hacerles el desayuno, a ellos y a Mario. Después, como cada día, haría las camas, recogería el

comedor, pasaría un poco el plumero por encima de los muebles del comedor, que eran los que más se veían, e iría recogiendo los pijamas de sus hijos y su marido que, por piezas, iban dejando en distintos puntos de la casa. Como cada día también, la comida hirviendo, cociendo u horneando. Cocido tocaba hoy, como cada jueves, porque Mario, dentista de profesión y con una agenda muy repleta de actos, cursos, seminarios y consultas, venía a casa a comer y era su plato favorito.

Como cada mañana limpió la pasta de dientes que unos y otros dejaban pegada en la pila, estiró la toalla para que las puntas de abajo coincidieran, limpió la gota de orina que, como en cada meada, Mario dejaba en el borde del váter. Comprobó que todo estuviera en orden también en ese habitáculo y salió, después de darle al clic del ambientador.

Como cada día se despediría de los tres en la puerta con un afectuoso pero apresurado beso y, de repente, la casa quedaría en silencio, como si todo el huracán de minutos que van desde las ocho, hora en que ellos se levantaban, hasta las nueve menos cuarto, hora en que ellos se iban, hubiera sido un suspiro estresado de una mujer histérica que no sabe hacer otra cosa que quejarse y moverse rápido entre cuerpos que andan lentos y desubicados, manejados por control remoto.

Se duchó con la radio de fondo, mientras escuchaba las cosas horribles que pasaban en medio mundo, mientras el otro medio, como cada día, se miraba el ombligo. Se maquilló rápido: unos polvos por aquí, maquillaje por allá, algo de rímel y crema de cacao para los labios. Se puso unos vaqueros y una blusa, se miró al espejo y pensó que para la edad que tenía todavía estaba muy bien. Conocía mujeres que tenían su edad y parecían ancianas, pero esto era, no solo por la forma de vestir, se decía a sí misma, sino también por la mentalidad.

Cogió su bolso en el que llevaba lo imprescindible: las llaves del coche, toallitas, el tabaco, chicles, una compresa y una cartera con dinero. Como cada día entre semana fue a tomar café con otras “mamás del cole”. Las “mamás del cole” son esas mujeres que tienen hijos o hijas de la edad de tus criaturas y que van juntos o juntas a clase. Con algunas, si os hubierais conocido en otras circunstancias, no hubieras cruzado más de dos palabras en tu vida porque las posibilidades de que desarrolles una úlcera al hablar con ellas aumentan exponencialmente al oír sus argumentaciones, sea cual sea el tema. Con otras, no irías sola a tomar un café jamás porque morirías del aburrimiento. Con las restantes desarrollas una verdadera amistad, aunque cuando las presentas en sociedad te refieres a ellas como *“mi amiga, una*

mamá del cole de fulanita o menganito” (léase tu hijo o hija en cuestión).

Inés se sentó en la mesa con todas ellas, mezcladas, como cada día. Dio vueltas de forma rápida al azúcar del café mientras hablaban de la mala gestión del AMPA, de que la maestra de primero de infantil vestía demasiado provocativa y no era necesario ir con tanto escote a clase *“total para trabajar con niños”*, de que el gobierno estaba dando palos de ciego con las medidas económicas que estaba aplicando e iba a llevar al país a la bancarrota, de que el hijo de Alicia (una vecina de Eva, la prima de Marta) había insultado a otro niño de clase y de que *“si fuera mi hijo, ese se iba a enterar de lo que vale un peine”*. Estuvieron hablando de qué pasa si tu hija el día de mañana te dice que es lesbiana, de que si lo mejor es *“que sea normal. Aunque me daría igual, pero prefiero que no sea bollo. Para que no sufra”*. De que no convocan oposiciones de lo mío ni de lo tuyo, de que a Menganita se le ha terminado ya la baja de maternidad y se ha reducido la jornada. De que Fulanita ha tenido que pedir una media jornada porque si no no tiene tiempo de estar en casa y disfrutar de sus hijos, de que esta etapa de los niños se pasa y tenemos que disfrutarla. De que yo prefiero trabajar porque esto está pudiendo conmigo, de que *“hija, no te quejes que te ayuda tu madre”*. De que llevo unos

días con insomnio, de que *“El Prozac, nena, es mano de santo, tómatelo que ya verás que a gusto duermes, no aparecen los problemas ni en sueños porque directamente ni sueñas”*. De que *“¿De quién es esta chaqueta negra?”* y *“¿Dónde te la has comprado?”* De que es un regalo de mi Diego, de cuando hicimos diez años juntos *“Yo le dije la que me gustaba y él me la compró”*. De que así seguro que acierta. De que a mí para Reyes siempre me cae un electrodoméstico, tipo plancha. De que *“yo se lo estamparía en la cabeza si me viene con eso”*. De que cuidado al cruzar la calle que el otro día de milagro no pilló un coche a una mujer mayor porque la tía que conducía iba hablando por el móvil. De que los hombres tienen un poco de razón cuando dicen eso de que una mujer al volante tiene más peligro. De que debe ser por la cantidad de cosas que llevamos en la cabeza. De que es por la genética. De que mañana a la misma hora, como cada día.

Fue al banco para controlar que se habían hecho las transferencias oportunas de la nómina de Mario, como cada día once de cada mes de cada año desde que se casaron. Al llegar a casa se sentó en el sofá y se puso la tele. Escuchó debates sobre sucesos del día en materia social y política, lo que le permitía tener temas de conversación por la noche con Mario, cuando ya acostados los niños, se quedaban en el sofá

contándose los hechos más destacados de sus días. Como cada día.

Así, rutina tras rutina, llegó la hora de irse a la cama y recordó que no había hecho la tarea del Taller de Autoestima y Empoderamiento Femenino que Clara les había pedido para el día siguiente:

“Tenéis que describir vuestro rincón favorito. Ese lugar al que acudáis para encontraros a vosotras mismas una vez al día. Ese espacio en el que encontraréis tranquilidad, paz y os permitís ser. Todas las personas necesitamos un espacio, un lugar en el que conversar con nosotras mismas de cómo ha ido el día y de cómo quiero que sea mañana, aunque sea para pensar que no quiero programar nada del día de mañana. Un lugar para leer, escribir, reflexionar y disfrutar de la soledad. No olvidéis que, como dice Marcela Lagarde, a las mujeres nos han acostumbrado a que estar solas es negativo y confundimos la soledad con la desolación que nos limita e impide avanzar, transformarnos y deconstruirnos; la desolación nos angustia.

Ese lugar, vuestro rincón, quiero que lo traigáis descrito y, si os parece, lo compartiremos con el resto de compañeras porque seguro que ese lugar habla de nosotras y nos permite expresarnos más libres”.

Inés, después de pensar un rato, cayó en la cuenta de que rara vez estaba sola y que, cuando lo estaba, se ocupaba de las cosas que tenían que estar listas para alguien un poco más tarde.

—Mario, ¿cuál es tu rincón favorito? -preguntó Inés a su marido mientras este extendía la camisa que, quince segundos antes, no encontraba a pesar de estar en el lugar de siempre.

—¿Mi qué? -no es que no le hubiera oído, es que no sabía a qué se refería.

—Sí. En qué lugar te sientes libre para ser como tú eres, para estar un rato contigo mismo, para disfrutar de ti.

—Pues... en el despacho -paró un par de segundos-. Y en mi consulta cuando la gente se va y me quedo solo y me fumo el último cigarro del día -volvió a hacer una breve pausa-. También los lunes, miércoles y viernes cuando salgo a correr temprano. Y también los domingos que me voy por la noche a pescar -se metió en la cama y prosiguió-. Y los martes por la tarde que, como libro en la consulta y tú eres un cielo, los puedo dedicar a escribir los artículos de opinión que mando al Levante y que me publican el domingo... Básicamente esos lugares o esos momentos.

—Ya -Inés suspiró profundamente. Era como si en su cabeza golpearan fuerte y con tonillo infantil las palabras de su hermana *“Te he apuntado a un curso de autoestima y empoderamiento femenino. No me des las gracias ya. Ya me invitas a una paella cuando lo acabes. Te hace taaaanta falta, Inés”*.

—¿Por?, ¿y los tuyos? -Mario la sacó de su flagelación mental.

—No, es que yo no tengo, creo Mario -dijo sin tan siquiera mirarlo.

—Bueno, en realidad es una chorrada. Tú tienes todo el tiempo libre cariño y quitando las cosas de la casa que se hacen rápido, tienes muchas horas para buscar tu rincón mañana -Mario le dio un beso en la frente, le revolvió el pelo y se rió en alto.

—*No te voy a contestar porque si te contesto te mando a la mierda* - Pero estas palabras no las escuchó nadie, porque solo las pensó. Como cada día.

Inés se metió una pastilla de Prozac en la boca, se metió agua para acompañarla, se metió en la cama y no soñó nada. Como cada día desde hacía años, aproximadamente siete que era la edad de su hijo mayor.

Todas habían hablado de sus rincones ya. Algunas habían hecho un viaje a otros lugares geográficos y a otros momentos de sus vidas; algunas habían hecho comparativas, incluso, entre su rincón favorito de antes y el de ahora, con un pequeño análisis personal de por qué pensaban que había variado, qué no les gustaba y con qué se quedaban de estos cambios. Otras habían tenido que recurrir al pasado porque ahora no tenían ese lugar. Pero lo cierto es que todas, con la excepción de Inés, y sin importar la edad, tenían momentos de soledad, en los que aprovechaban para recordar, fantasear, "nostalgear".

Inés, antes de entrar, ya le había dicho a Clara que no había podido hacer la tarea porque ella no tenía ningún rincón favorito en el que reflexionar y estar con ella misma. Clara le tranquilizó y le dijo que no era extraño, que eso le pasaba a muchas mujeres, quizá a la mayoría y que lo solucionarían entre todas ese mismo día.

Inés escuchó encantada a sus compañeras y las admiró profundamente, por ser tan valientes y saber decir "no" a los otros alguna vez. Se sintió orgullosa de ellas porque una vez al día cerraban una puerta tras de sí por la que salían o entraban para disfrutar(se) y desenmascarar a la palabra egoísmo.

—Bueno yo, no he podido hacer nada. No tengo rincón favorito. A veces me voy con amigas, con las mamis del cole

de los niños, y me tomo un café... -rió nerviosa mientras el resto de compañeras la miraban sonriendo, esperando el desenlace de la explicación- ...pero claro, eso no es estar conmigo misma y reflexionar sobre mis cosas.

– Mira Inés, encontrar un rincón favorito es sencillo, ahora, si te apetece y quieres, te ayudaremos las demás. Sin embargo, antes de hacerlo me gustaría que pensáramos qué hacemos en nuestro rincón. -Clara empezó a sacar unos papeles de la carpeta, en los que durante la sesión había ido tomando notas- Todas, sin excepción, habéis hecho alusión a vuestros momentos de soledad como esos momentos para idealizar situaciones, recrearos en la melancolía o en preparar mentalmente aquellas tareas que haréis más tarde. El ejercicio que yo os pedí suponía un encuentro con vosotras mismas, si es que dedicabais parte de vuestro tiempo a tenerlo, y si no es así, plantearos ¿por qué?

A diario nos exigen que seamos “super-woman”: que trabajemos fuera y dentro del hogar, cuidemos a los hombres, a las madres y padres, a los suegros y suegras, que criemos, que seamos delgadas, altas, que tengamos pechos de tal talla y cintura de tal medida. Que no tengamos canas, que vayamos depiladas, que seamos educadas, “señoritas” que no se alteran. A la vez somos criticadas por otras mujeres si estamos

“buenas”, somos más vulnerables a sufrir una agresión sexual, estamos más valoradas en nuestros trabajos si somos agresivas, si competimos, si nos olvidamos de la solidaridad y recurrimos al individualismo, algo completamente antagónico a la educación recibida desde que somos niñas, pues, desde que lo somos, nos enseñan a compartir, a dar lo mejor a los demás, a ser abnegadas, a cuidar, a criar... y volvemos al principio del ciclo que, como veis, es muy contradictorio.

Nos piden coherencia en nuestros actos. Nos piden que disfrutemos renunciando a nuestras cuotas de vida por nuestra maternidad, incluso que pongamos nuestros pechos y tiempo al servicio de nuestras criaturas sin tener en cuenta si nos apetece, si queremos o si podemos, eso da igual, lo importante es el ideal que alguien ha construido, otra vez, para nosotras, ahora para el ciclo de la “maternidad”. Las que gozan con la lactancia entonces se topan con personas que critican su facilidad para sacarse un pecho en mitad de una plaza, porque les violenta, con una falta de respeto absoluto a la libertad individual y el poco entendimiento de que tu pudor no es el mío. Se topan con personas que no entenderán jamás que la maternidad les hace felices en muchos momentos, que las llena, que están construyendo ciudadanía.

Si no queremos ser madres el drama todavía es mayor porque a diario nos recordarán que “se nos pasa el arroz” y se meterán con total impunidad en algo tan privado y tan público, como veis, como nuestra maternidad. Nos dirán y temeremos quedarnos solas. Ahí está otra vez la maldita soledad.

Así nos pasamos la vida en conflicto entre lo que se espera que seamos y lo que deseamos ser. Entre lo que decimos y lo que ansiamos decir, y cuando nos encontramos en soledad fantaseamos y nos imaginamos a nosotras mismas contestándole a nuestra suegra, a nuestro padre o a la que nos ha mirado descaradamente el escote y lo ha comentado con su novio mientras ambos se burlaban cómplices.

No podemos seguir fantaseando, tenemos que posicionarnos y decir, hablar alto y que nuestras voces se escuchen. Es una posición ante la vida y ante nuestros conflictos, que acaban siendo comunes a la mayoría de las mujeres porque vienen condicionados por la construcción del género.

Hemos normalizado nuestras rutinas y acciones cotidianas, tanto que no las cuestionamos, que nos medicamos si es necesario para dormir y no pensar en un malestar que no tiene

nombre. No tiene nombre y lo que no se nombra, simplemente, mujeres, no existe.

¿Qué pasa con las mujeres? ¿Por qué no vivimos la experiencia tan enriquecedora y reveladora que es la reflexión? ¿Por qué no escribimos? Como nos indicaba Virginia Woolf, porque no tenemos una habitación propia. Nuestro rincón. Ella decía que tampoco tenemos tiempo ni dinero y ellos sí lo tienen. Pero me permitís que matice que nosotras, las que estamos aquí, somos privilegiadas por el contexto geográfico y económico en el que nos hallamos, así que solo busquemos nuestra habitación propia y nuestro tiempo.

Mujeres tenemos que afrontar esos conflictos, re-pensarnos, parir-nos, desnudarnos en soledad disfrutándonos orgásmicamente. Cuando esto pasa el mundo se ve de otra forma, se llena de matices y de “peros”. Eso es duro porque alguien ya había creado un ideal para nosotras y, aunque no nos satisficiera, era un molde muy tolerado por quienes nos rodean, incluso aplaudido y respaldado. Protegido. Tenemos que perder la experiencia vivida, sin olvidarla para poder ser críticas. Las pérdidas, a veces, son la clave, diría Lagarde.

Vivir las pérdidas como el nacimiento de un nuevo “yo” con identidad femenina y mirar atrás porque otras grandes mujeres, como vosotras, un día se sentaron, en soledad, se re-

pensaron y nacieron de sus plumas, bolígrafos, de notas tachadas, de sus máquinas de escribir o de sus ordenadores, obras tan reveladoras como *El Segundo Sexo*, *La mística de la feminidad* o *Mujeres que corren con lobos*. Ellas, las grandes, utilizaron la soledad para la reflexión, sobre ellas mismas y sobre el mundo.

Dicho esto, me gustaría que si a Inés le parece bien, le diéramos ideas sobre un rincón, sobre su habitación propia.

Todas asintieron y la miraron. Inés empezó a ruborizarse. Le solía pasar cuando era el centro de atención por el motivo que fuera. Ella notaba el calor subir y solía agachar la cabeza cuando esto pasaba, pero ese día en el taller no lo hizo. Solo se tocó las mejillas y dijo:

– Ya me estoy poniendo roja, lo paso fatal -todas rieron.

– Yo sudo cuando me pongo nerviosa -dijo Eva con su risa contagiosa y abanicándose con su “Cuaderno de Vida”, el que Clara, la agente de igualdad, les había entregado el primer día. Todas reían.

– A mí me pasa que me entran ganas de mear -Celia no podía parar de reírse y para decir esta frase tuvo que repetirla tres veces porque no se le entendía bien.

– ¡Y a mí! -dijo Clara.

La risa inundó la sala. Era una risa sin sentido, la llamada floja. Cuanto más absurda parecía la situación, más risa les provocaba y poco a poco fue calmándose el panorama, quedando tosidos de fondo y golpes en la espalda por miedo a los atragantamientos salivares que, menos mal, nunca llegaban a nada más que a unas lagrimillas en los ojos y un mal rato para quien lo sufría y quienes lo presenciaban.

– Bueno -continuó Inés- pues eso, que no tengo rincón, ni habitación propia ni nada de este lugar tan imprescindible en mi vida.

– Vale -dijo Clara- ¿en casa dispones de algún espacio en el que te encuentres especialmente a gusto?

Inés pensó un momento y por su mente pasó la cocina, pero siempre entraba alguien a picotear algo de la nevera o a quitar una oliva de la ensalada que estaba elaborando. Negó con la cabeza.

– Vale -asintió Clara- Si en casa ningún lugar nos pertenece, quizá sí fuera: la playa, el bosque, una roca donde solemos ir o solíamos ir de adolescentes...

Inés le cortó:

– La playa. Adoro la playa. Me encanta pasear descalza por la arena. Hace años que no lo hago sola porque siempre voy

con Mario y los niños y, claro, con críos ya se sabe que es imposible pasear con tranquilidad.

— ¡Perfecto! La playa, el mar -dijo Clara apuntándolo en la pizarra- ¿Y cuándo te gusta ir? Por el día, por la noche... por la tarde...

— Por la mañana, temprano, cuando acaba de salir el sol y la arena está fresca.

— Vale. Por la mañana -apuntó también en la pizarra- Chicas animaos, ¿algo que le queráis aportar a su rincón?

— Sí. Y ¿te imaginas escribiendo sentada en la arena o en las rocas? -preguntó Berta.

— ¡Ay! Qué difícil... es que yo creo que soy más de dibujar. Siempre se me ha dado genial la pintura. De hecho me licencié en Bellas Artes pero nunca he ejercido porque tuve pronto a Iván, mi hijo mayor. Alguna vez garabateo en hojas pero luego las tiro y no se las enseño ni a mis hijos.

— ¿Cómo que las tiras?, ¿ni a los niños? -Berta no podía creer que alguien como Inés, que parecía tan segura de ella misma, o esa impresión le causó los primeros días, se estuviera descubriendo ante las demás como un ser tan inseguro.

– Tienes que pintar Inés, tienes que irte a la playa y pintar y volver aquí el próximo día y enseñarnos tu trabajo, tu reflexión y tu encuentro contigo misma -le animó Clara.

Esa tarde, al salir del taller, Inés fue al trastero de sus padres. Allí guardaba todo el material que nunca más había tocado desde que el niño nació y el tiempo para sí se redujera a nada.

Esa noche, como ninguna otra noche desde hacía mucho tiempo, olvidó tomar el Procaz, hizo el amor con Mario como hacía mucho tiempo y pensó en alto delante de él:

– Mañana no puedes ir a correr. He cogido mis cosas y me voy temprano a pintar a la playa.

– ¡Claro! ¡Qué bien que te apetezca volver a pintar! Fíjate es algo que no te había dado por hacer desde hace tiempo, ¿un par de años?

– Siete, Mario, van siete que no pinto.

– ¿Siete? Cómo pasa el tiempo, me parecía menos. Qué maravilla. Por lo de correr ni te preocupes me iré pasado mañana.

–No Mario, es que no me he explicado bien. No va a ser el único, solo es el primer día.

–Pero Inés, mi vida, ¿y cuándo se supone que me voy yo?

–Pues buscaremos para ti otro momento, ve pensando. Todavía te llevo siete años de ventaja en cuestión de renunciaciones vitales. Hasta que me alcances falta mucho. De todos modos tú tienes muchos momentos en los que estás solo para dedicarte tiempo. Yo no.

–¿Que tú no? Pero si te pasas el día en casa y... mira, da igual -Mario se giró en la cama e intentó dormir. Pronto lo haría porque a él las discusiones no le afectaban como a ella y conciliaba rápidamente el sueño. Solía castigar así a Inés, con el silencio cuando ella necesitaba acabar de resolver un conflicto.

A Inés, ese día, como ningún día desde hacía mucho tiempo, tampoco le iba a costar quedarse dormida. Tenía una extraña sensación aunque no acertaba a ponerle nombre. Empoderada.

–¿Qué? -preguntó Mario girando solo la cabeza.

Y es que, como nunca, Inés había pensado en alto.

¿Dónde estás Margarita?

Ángeles Sanmiguel Gil

Se llamaba como una flor para juegos de enamorados. Margarita poseía el fuego oculto en las entrañas y ahora, cuando por las mañanas el sol parece no atreverse a salir del todo, ella amanece resplandeciente, lozana. A diario, semana tras semana, mes tras mes, necesita abrirse al mundo hambrienta por sobrevivir. Es como el abejorro que nervioso revolotea ante la fuente de néctar inspeccionando el mejor ángulo para sorber el deleite.

Mientras el autobús la lleva al trabajo, descubre nuevas fronteras con ensoñaciones de apenas media hora de duración; ilusiones que utiliza para transformar los momentos rutinarios en puro éxtasis que la evaden de la realidad. Las esperanzas la embelesan de tal manera que se entrega plenamente a quehaceres domésticos en casas ajenas, convencida de que serán peldaños para acercarla más a lo que sueña. Aún sin saber qué es lo que sueña.

Inicia cada jornada fuera de la casa donde vive, dejando esta en orden y así, al volver, ya caída la noche y rendida por el trabajo físico, no tener que seguir limpiando suelos, cristales, planchando, lavando ropa. Siempre se levanta a las cinco de la mañana. Todo lo asume como parte del destino; obligaciones que nunca cuestiona. Jamás le ha importado la insipidez o falta de futuro de tales quehaceres. Nada se plantea. Es su deber, sin más; obstinada en creer que nació para ello aunque no sienta dicha alguna cumpliéndolos.

Cierto día llegó en el que se aventuró a la evasión pero, al unísono con el presente, quiso el tiempo pasado aglutinarse repentinamente en su cerebro de tal manera que se sintió desesperadamente extraña por lo que sepultó tajantemente sonrisas, deshaciéndose de cuanto coraje había podido almacenar. En su rostro asomó un rictus duro de pesadumbre, una mueca que ni recordaba dónde había estado emboscada. Sintió miedo.

Margarita nació en una ciudad lejana a la que hoy habita. Tenía por dogma el ser sincera y vivir sin dobleces; pura por simplicidad de conceptos y natural por supervivencia. Sencilla y timorata, los silencios en la existencia de ella se contabilizaban en porcentaje altísimo; horas y horas replegadas precavidamente a la ausencia del entorno.

—Entre señora, no se quede ahí parada. -Le ordenó el agente de policía que estaba en recepción garabateando papeles tras un destartelado y feo mostrador metálico.

Margarita acababa de entrar a la comisaria de barrio; llevaba la ropa rasgada y el cabello encrespado en una media melena castaña que, ahora, más que embellecerla la transformaba en imagen descompuesta idónea para una presencia estéticamente rota. Parecía una desquiciada.

—Dígame su nombre. -Le inquirió el funcionario.

La mujer con la cabeza agachada, compulsivamente mordía los puños de la rebeca de punto que llevaba puesta hasta casi dejarlos roídos por completo. Vestía un camisero de poliéster color rojo salpicado por irregulares y desvaídos lunares de lejía. Una y otra vez miraba en derredor, atemorizada; como si creyese que de cada rincón pudiera surgir una horrible aparición; el terror a tan escalofriante posibilidad hizo que sus piernas se humedeciesen de orina. Durante el breve interrogatorio notó la cercanía de un hombre fornido, alto, de gesto adusto y sin uniformar; caminaba en dirección a la salida del retén. No le conocía pero algo en sus tripas se le retorció desbaratándola, dejándola a merced de los nervios. Casi totalmente recogida hacia las vísceras en contorsión imposible; deseaba esfumarse. Entonces, los minutos y horas dejaron de

tener sentido en la vida de Margarita. Soñó convertirse en pompa de jabón. Poder reventar en pleno vuelo justo cuando los reflejos irisados lucen su máximo esplendor. Allí, sentada en aquellas dependencias, Margarita era nada; y evidentemente así lo sintió.

Sabedora de que algo ineludible tenía clavado en sus centros -algo de tiempo atrás- vivía angustiada de alertar su conciencia destapando rencores ocultos. Mucho le costó huir de la realidad y mantenerse en tal punto era meta a lograr muy a duras penas. Hasta las fantasías más comunes supo hacerlas suyas para alimentarse. Recordando películas que veía de soslayo en el salón, timorata de sus padres adoptivos; nadaba ilusoriamente con brazadas enloquecidas, ansiando alcanzar la paradisíaca orilla de un virginal islote donde los bucaneros de sus alegrías íntimas no pudiesen atracar y desbaratarla. Huía de ser nuevamente acechada por tenebrosas estrategias destructoras, esas que siempre la cercaron cubriéndola con el manto de la oscuridad más absoluta.

Acurrucada en aquel impersonal espacio, recordaba a cada segundo con mayor claridad el motivo por el que el ayer, hoy, la había situado donde estaba. Su pasado se le volcó en el alma y esta se le encogió.

– Levántese señora, le tomaremos los datos.

Fue al ponerse en pie cuando notó la humedad dentro de los zapatos; mirándose las piernas empezó a restregárselas histéricamente queriendo arrancar lo que de malo creía tener en ellas; ilusorias esquirlas punzantes incrustadas más allá de la epidermis, hiriéndose en tal afán hasta sangrar. Uno de los policías al verla trató de sujetarla pero aquella irracional mujer empezó a propinarle patadas mientras mantenía los puños de las manos herméticamente cerrados, pegados contra el pecho. Margarita, indomable, sollozaba dramáticamente.

En vista del cariz que tomó el suceso acudieron varios compañeros consiguiendo entre todos apaciguarla a duras penas. Margarita, acorralada, dejó escapar desde muy adentro -justo detrás de los pulmones- un silbante chillido tan agudo como el de un animal herido de muerte; el quejido salvaje de una bestia, más que de persona civilizada. El cuerpo entero se le crispó. Pasado un instante cayó al suelo inconsciente.

– Pedro, llama al comisario y dile lo que pasa aquí. -Ordenó a otro funcionario uno de los agentes que trataban de levantarla. Pedro era el último fichaje de aquella comisaría. Inexperto aún; muy joven, y estando completamente desbordado por el escandaloso hecho, trataba de cumplir por todos los medios con su deber sobreponiéndose difícilmente al

desconcierto y la cobardía que, mal disimulada bajo el uniforme, se le salía por los ojos.

—¿Se puede señor comisario? -Preguntó tras golpear con los nudillos, no sin precaución, la puerta del despacho.

—Adelante. Pase de una vez y déjese de monsergas. -Le espetó seca y desairadamente desde el fondo de la oficina una voz cruda, de tono airado.

Allí, inmutable, se encontraba materializada la estereotipada y oscura imagen del oficial déspota que ufano luce anacrónicas formas al uso. Subrayaba su rango con acritud. Presumía -por todos era sabido- de un bigote rasurado al milímetro en rectilínea hilera de pelos totalmente amaestrados, rúbrica pertinente a la poco agraciada nariz sobre la que se apoyaban gafas de rancia montura y más arcaico diseño. Se peinaba con raya trazada limpiamente enmarcando el rostro anodino de un cuarentón desabrido. Aupado al puesto por intereses de otra índole diferente a sus méritos en el cuerpo, creía a pies juntillas pertenecer a un estrato diferente al resto de sus correligionarios de trabajo. Un hombre a todas vistas vulgar cuya mirada sin apenas profundidad estaba pinchada por diminutas pupilas.

–Pase ya; no sea inútil. -Gritó el autoritario superior de forma tajante al joven Pedro.

El chico plantado firmemente como flecha lanzada por el más certero de los arqueros; estaba posicionado voluntariamente más hacia la salida que hacia la entrada de la habitación. Desde tal punto, informó del caso sin apenas volumen en su relato. La barbilla dirigida estoicamente de forma castrense hacia lo alto. Pedro, en cualquier momento, esperaba un desaire que le hiciera perder firmeza y eso sería lo peor, ya que pasaría a ser la mofa del resto de compañeros cuando se enterasen. Así pues, tratando de no parpadear se mantuvo hierático en la posición.

–Voy. Espero que no sea otra ineficacia de todos ustedes.

A Margarita la consiguieron sentar ante una mesa ofreciéndole un vaso de agua para sosegarla.

–Vamos a ver señora ¿qué le pasa? ¿Sabe que le abriremos expediente por violencia contra la autoridad? -Le espetó el comisario al llegar junto a ella. El silencio era total en la sala. Todos inmutados ante la impasible frialdad del superior y el feroz tono de voz.

Margarita, cabizbaja, giró el rostro fijando los ojos en el cinturón del comisario e inesperadamente se levantó de la silla

corriendo hacia el ventanal cercano saltando al vacío sin titubear. Cayó sobre la carrocería de un coche patrulla cuya sirena, con el impacto, empezó a sonar. Al poco llegó una ambulancia trasladando a urgencias del hospital a la suicida, con las constantes vitales aún activas.

Las pesquisas realizadas a *posteriori*, desvelaron que Margarita, de treinta años de edad, había sido adoptada en la adolescencia tras ser recluida en un orfanato con apenas un año cumplido. Allí compartió el indescriptible frío del desamor junto a una veintena de compañeras también abandonadas. Después, un maduro matrimonio la elegiría -tenía quince años- para llevársela como sirvienta más que como hija; descubrió dolorosamente que el futuro, a partir de ese mismo instante, sería una cadena que la ataría siempre a deseos y manipulaciones ajenos. Esfumada la juventud tan rápidamente como el humo de un cigarro, no supo de ilusiones propias. Un cierto día creó su otro mundo; el de los anhelos insatisfechos y necesidades pisoteadas, naciendo a la surrealista y particular dimensión en la que cobijar quimeras que jamás compartiría; fantasías que no podía confesar a persona alguna. Sin risas espontáneas, acalló opiniones y comentarios personales por inocuos que fueran sumergiéndose desastrosamente en la observación penetrante

de lo minúsculo como recurso para poder seguir viviendo. Paseándose a lomos de una brizna de polvo o nadando en la transparencia de una gota de agua; Margarita respiraba. Creó su otro mundo, ese donde poder jugar con la dulzura -bien tan lejano a sus días verdaderos- llenando hasta rebosar las noches con sensaciones de vuelo. Complacida surcaba el cielo alejándose de todo y alcanzando fácil e instantáneamente cualquier lugar que desease, saltando de azotea en azotea con la levedad de una bailarina de ballet. Una vez lanzada al cosmos desde la frondosa copa de un gigantesco árbol, se notaba segura y tranquila. Allí, en tan elevado e inalcanzable observatorio -en lo más alto-, admiraba el mundo y a los inquietos puntos que lo habitan; gritándoles desde tal atalaya el incomparable placer que sentía al saberse poderosamente libre y evanescente. En su estratosfera irreal Margarita revivía y con tan simple terapia onírica se encontraba dispuesta para, otro día más, seguir hacia adelante.

Con el cuerpo embrutecido cumplió los veinticinco años; piel y ojos no tenían brillo, la niebla macilenta del cansancio la cubrió por dentro y por fuera. Cada cierto tiempo mostraba los párpados amoratados; nadie le preguntaba quién o quiénes habían sido los golpeadores. Sin opción alguna la obligaron a relacionarse con personas de forma servil. Imposibilitada para

poseer medios económicos mediante los que subsistir independientemente se vio unguada por la solitaria incomprensión de los que pierden lo esencial ignorantes del cómo y del porqué. En una tarde cualquiera descubriría violentamente el deseo carnal de otros; nuevamente doblegada bajo la fuerza física, asfixiada por dedos potentes, soportó humillaciones hasta entonces desconocidas; sus lágrimas se hicieron de hierro pesándole sobre el rostro y formando surcos profundos en su resbalar. Retornó a lo cotidiano mientras luchaba por acallar el dolor y el asco que aún recorrían su cuerpo, ambos metidos en la propia sangre como germen infeccioso. Engendró conformada el feto de la violación a su pureza no pudiendo sencillamente sentirse feliz por ello. Era la mujer niña. Cada vez más pequeña. Continuamente eclipsada. En aquel retroceso se hundió como indefensa res que patalea angustiada mientras desaparece, poco a poco, bajo el lodo pantanoso. Nadie la socorrería.

De ella, a los pocos meses, brotó la esperanza; rubia, translúcida y sin grietas, como una canica de cristal. Ambas jamás supieron jugar juntas. Con apenas tres años, aquel trocito de sí misma que siempre la miraba esperando recibir algo dulce, acabó en el fondo de una alberca de riego, asida a

un cubo de latón lleno de piedras; anclada al sumidero hasta que el estanque se drenó.

—Está totalmente destrozada. -Comentó una de las enfermeras mientras conducía la camilla junto a otras dos compañeras por el pasillo de quirófanos.

—No sobrevivirá.

Y así Margarita se fue; diluyéndose en la muerte y dejando la vida atrás. Su último pétalo flotaba jugueteando, de un lado para otro, sobre las cabezas de quienes le aplicaban la máscara de oxígeno; entonces no quiso reunirse más con su tiempo y respondió a la luz; plenamente tranquila, iniciando un nuevo juego de amor en el que nadie la deshojaría vanamente.

Gavilán colorao

Maribel Torres Limiñana

Cuando le comunicaron la muerte del tipo del bisoñé, a la inspectora Macarena Peláez le asaltó, de inmediato, la imagen del hombre. Y se le heló la risa.

Con tristeza, acarició su talón de viaje, arrancó la hoja de julio del calendario y se dispuso a aplazar *sine die* sus merecidas vacaciones.

Rebuscó entre sus papeles hasta dar con las notas del día en que, meses atrás, aquel sujeto apareció en la comisaría para pedir su ayuda. Y recordó haber tenido que echar mano de su profesionalidad para esconder la carcajada. Bigotillo ridículo y amarillento, peluquín rojo pasión y ademanes caducos fueron, junto a un meloso *Carlos Alberto* susurrado entre unos labios finos y extremadamente brillantes, su carta de presentación. Pero lo mejor estaba por llegar. Contó con todo lujo de detalles los escalofríos que sentía, el rastro de pétalos marchitos y la certeza de que le observaban, que le seguían, aunque no fuera capaz de decir quién ni con qué fin y, perdida la compostura, atropellaba las palabras en un intento de hacerlo vívido.

A punto estuvo de ofrecerle un médium.

Sus constantes referencias al Palace Hotel no la dejaron indiferente. A la legua se veía, por las hechuras del traje y la ausencia de manicura, que no era rico. Y él, en un momento de debilidad, dejó caer su éxito entre las mujeres de una cierta edad, *palomitas* las llamó el muy gilipollas, los regalitos que le hacían...

Labia no le faltaba y tuvo la certeza de que estaba delante de un auténtico crápula que, mientras lloraba y moqueaba a partes iguales, le decía ir *de sobresalto en sobresalto, a merced de alguna loca decidida a meterme miedo, ¡haga algo por Dios!*

Y, *¿desde cuándo dice que le pasan esas cosas?*, Macarena Peláez, al borde del bostezo, quiso reconducir lo que tenía visos de convertirse en una historia interminable...

Dudó entre tomarle en serio o mandarle a paseo y optó por la última opción, con un considerado *váyase usted tranquilo*.

Pero no pudo olvidarlo. Ese *reconcome* que sentía cuando algo no acababa de encajar, no la dejó tranquila.

Madurita interesante. Ese fue el reclamo que Pepa utilizó en el anuncio del diario. Entre risas sus amigas la animaron a buscar novio y, ¡bingo!, recibió de vuelta la invitación de un hombre fino, de esos que ya no quedaban. *Me reconocerás enseguida*, le escribió con letra picuda, *te llevaré flores*. Y a ella le subió el azúcar de la emoción.

Un hotel de lujo fue el lugar elegido para *la cita*, y hasta allí acudió con las manos sudadas y un vestido prestado. Seguro que tiene dinero, un aperitivo en el Palace cuesta un pico, le envidiaron las amigas y ella sintió las tripas todas juntas en la boca del estómago y un resquemor ácido en la garganta.

En vano fueron todas las excusas, ninguna les parecía buena, y casi a empujones, aquella tarde, la sacaron de la pensión con mil y una recomendaciones, estaba tan desentrenada.... Incluso tuvo ensayo de baile. Con lo que se lleva lo latino, decían entre risas mientras desempolvaban el viejo disco, un LP recuerdo del pasado emigrante de la familia, y bailaban al son de un viejo Joropo.

...Canoero del río Arauca, llévame p´al otro lao, que me viene persiguiendo un gavilán colorao...

Al llegar, tentada estuvo de entrar por la trasera como lo hacía cada mañana en el hotelito en el que se ocupaba de la limpieza. Pero esta vez no, esta vez la esperaban en el salón y, a pesar del tembleque, consiguió llegar con la mejor de sus sonrisas.

Miró y remiró sin ver a ningún hombre con un ramo entre los brazos ni sobre la butaca. Allí ninguno la miraba como si de verdad la viera, hasta que, como salido de la portada de una fotonovela, apareció él.

Le precedió el olor a colonia cara y al girarse solo pudo ver sus perfectos dientes, blancos, alineados, todos igualitos...

No era muy alto, se fijó en que sus pantalones eran demasiado largos y se apresuró a calcular las puntadas necesarias, en cuanto cojamos confianza se los coso, pensó sin poderlo evitar. Le gustó el bigote, le daba un aspecto de hombre de mundo, y se preguntó si, como decían sus amigas, le haría cosquillas al besarla. Roja de vergüenza se apresuró a apartar de inmediato semejante pensamiento, además tampoco estaba segura de que aquel galán fuera el que esperaba y no quería más desilusiones.

Y es que, en cuestión de amores, no había tenido mucha suerte. Quizá por eso seguía viviendo en la pensión, allí al

menos tenía compañía y aunque en algún tiempo pensó en regresar al pueblo, al morir su padre vendió los cuatro cachivaches y se compró un armario de luna.

Siguió sentada y, ante la insistencia del camarero, pidió un café con leche. Sus amigas le habían asegurado que, en esas citas, el hombre siempre invitaba pero, por si acaso, ella llevaba en su monedero, aparte del bono-bus, un billetito para imprevistos. Se alegró de tener un trabajo que le hacía sentirse independiente. Y es que fue una suerte encontrarlo. No tenía experiencia y en todas partes le preguntaban por los idiomas así que se alegró cuando, por recomendación de una chica de la pensión, la contrataron como camarera de pisos. Por entonces sus aspiraciones se concentraban en pagarle a Matilde y escribir al pueblo para contarle. Don Paco le leería la carta a su padre que, rabioso, golpearía el suelo con el bastón mientras la llamaba idiota o algo por el estilo.

No era su culpa si nunca la creyó capaz de dejar el pueblo, ella bien claro que se lo dijo —*Ni Cosme ni vacas, padre, yo lo que quiero es irme de aquí.* Y es que lo de las vacas tenía un pase pero Cosme..., lo de Cosme no tenía nombre.

El rico del pueblo, un vejestorio tacaño y malhablado que, con la excusa de la vaquería y las tierras, quería gratis una criada aún de buen ver.

Y así se vio, en la carretera comarcal, sentada sobre la maleta en la que, apretados, le cupieron todos sus años, el ajuar, la bata de los domingos, las mudas, los zapatos buenos... Suspiró y esperó paciente la llegada del autobús e intentó olvidar las palabras agrias de su padre, un indiano venido a menos al que, tras su pasado emigrante, le arreció el amor a la tierra y no entendía el poco apego de ella.

Don Tomé, el cura del pueblo, le había dado la dirección de Matilde, la dueña de la pensión, y pasó todo el viaje acariciando el papelito. La patrona era una mujer regordeta y amable que pasaba el día uniformada de guata y flores y que se alegraba de las cosas buenas que le pasaban a sus huéspedes, vendedores de catálogos trasnochados, mujeres solas y desarraigadas, gentes anónimas que envejecían a la par que el mobiliario o el papel pintado de la sala. El día que le salió el trabajo, Matilde palmoteó un buen rato por la casa y no solo por la tranquilidad del cobro puntual, allí casi nunca había nada que celebrar... hasta que llegó el día de la cita. Ese día, Matilde descorchó un par de botellas de sidra y compró pastelillos aptos para diabéticos en honor a Pepa.

Una cita de verdad, le dijeron, no esa sarta de camareros que solo te llevan al bar a tomar una caña y a sobarte en los bancos del parque y, mírate chica, ya no tienes edad.

Y ambas cosas eran ciertas, así que les dejó hacer.

Ellas fueron las encargadas de enviar la dichosa foto que parecía en relieve gracias al maquillaje, y de contar una biografía que la hizo sonrojar cuando la leyó, todos lo hacen, le dijeron para tranquilizarla y al fin y al cabo como pudo averiguar, era cierto. Pero no le importó lo más mínimo.

Él, desde luego, llevaba peluquín. Un peluquín rojo que trajo a su memoria el tarareo constante de su padre... *Tao, Tao, Gavilán colorao*. Lo notó cuando, al dar un traspié mientras se le acercaba, lo único que se sujetó fue el pelo. Al hacerlo, apareció el ramo de flores que ocultaba a la espalda y suspiró aliviada. Era él. No podía más pensando el chasco que aquel hombre que no le quitaba ojo podría llevarse si aparecía el otro.

Verle así, tan frágil, le pareció de lo más romántico. Y eso que no quería dejarse llevar... Sus amigas se lo hicieron prometer antes de salir aquella tarde... *y ándate con ojo Pepa, que tú tienes un peligro...*

¡Qué cansinas, pensó, como si ella, a estas alturas, no supiera cuidarse!

Superado el sobresalto se le acercó ceremonioso, con un empalagante *señorita* y el ramo entre sus brazos al más puro estilo fallera mayor. Pepa, poco acostumbrada a estas florituras, prometió no olvidar detalle para contárselo a las chicas a su regreso.

Gavilán pico amarillo... No pudo evitar la sonrisa al ver el color oxigenado de los pelillos bajo la nariz puntiaguda. Tímida le alargó la mano a modo de saludo y susurró, *Pepa Martínez, para servirle*. Él correspondió con un rápido *Carlos Alberto*, y le enseñó la hilera de fundas blancas antes de estamparle dos besos. No le hizo falta más.

Tras un rato de conversación y varias copas, a Pepa se le aflojó la risa y a cada poco le parecía más alto, más guapo y más *salao*. Se lo estaba pasando de lo lindo cuando sintió la mano de Carlos Alberto sacar brillo a su rodilla mientras le susurraba cálido, *¿subimos?* No preguntó a dónde ni por qué. No podía, la sonrisa bobalicona no le dejaba, y todo le parecía maravilloso. Solo al salir del ascensor el estomago se le encogió un poquito, como cuando de niña se columpiaba en el parque. Desde aquella terraza le pareció sobrevolar una ciudad de juguete, iluminada por luciérnagas que corrían a

gran velocidad. Todo le daba vueltas y se arrepintió de haberse bebido aquellas copas que sabían tan rico pero que, a tenor del vértigo que sentía, debían ser algo más que anisete.

Pero no quería pensar. Tampoco acordarse de la endocrina del hospital. Y es que, con la emoción y las prisas, se había olvidado hasta de la insulina y solo quería bailar al ritmo del soniquete que giraba en su cabeza a 33 rpm... *Tío, tío... gavilán tao, tao.*

Le despertó algo parecido al rumor de lluvia y notó su boca ansiosa por beberla. Buscó a su alrededor. El ruido, un transistor, una emisora durmiente como ella, la mareaba. Tenía sed, mucha sed pero no se atrevía a abrir el mini-bar, ¿qué iba a pensar Carlos Alberto?

Pero él no estaba. ¿Habría ido a por tabaco?, los hombres ya se sabe... Su estómago dio un vuelco al escuchar que la puerta se abría. Fue un instante. La habitación entera era un tiovivo y la nausea se instaló en su boca. De repente todo frenó, como cuando las amigas le intentaban enseñar a conducir y el miedo le agarrotaba el pie sobre el pedal. La habitación se hizo pequeña. Dejó de sentir.

Aquello era lo último que hubiera imaginado que podía ocurrirle. ¿Y él, cómo se lo habría tomado? Uf, si le viera entrar

no se atrevería a preguntarle qué había pasado en la suite donde, entre risas y achuchones, la llevó... ¡Maldita sea!, a ver que iba a hacer, además del ridículo, cuando les contara a las amigas que se había dormido en mitad de la cita...

No se acordaba de nada pero debió ser maravillosa. Se sentía flotar. Era cierto que el amor daba alas, pudo comprobarlo cuando la camarera entró en la habitación y, la muy desconsiderada, en lugar de atenderla empezó a chillar.

Harta de esperar se había levantado, cogido el ramo y, por puro instinto, recogió la habitación. No pudo entender la reacción de aquella chica, la camarerita joven que entró empujando el carro de la ropa. ¡Qué poco profesional!

Estaba acostumbrada a ser ignorada, invisible como cualquier mujer cuarentona y anónima, pero esto, esto era demasiado. Para salir, tuvo que dar esquinazo al grupo que se había congregado en el centro de la habitación, los muy groseros ni se apartaron, ¡como si allí hubiera algo más que una cama bien hecha!

No tardó en percibir las ventajas de pasar inadvertida. Nadie le preguntaba nada. Podía hacer y deshacer a su antojo, entrar y salir de aquellas habitaciones tan grandes y bonitas y... cayó en la tentación, ¿cómo no iba a limpiar las alfombras,

hacer aquellas camas King size, los baños...? Una mujer trabajadora como ella, era incapaz de estar de brazos cruzados, y más ahora que se sentía liviana como una pluma.

Aunque, aquello, también tenía sus inconvenientes. Su carcajada no causó buen efecto entre la pareja que cruzaba el pasillo y que no dejaba de mirar a todas partes con cara rara. Pero es que, al caer en la cuenta de que *lo único* que podía hacer para matar el tiempo, hasta que él regresara, era *lo único* que sabía hacer bien, no pudo evitarlo. *El oficio es el oficio*, se dijo mientras, ramo en ristre, se colaba en las habitaciones para poner orden y, con pesar, hubo de reconocer que aquello no estaba bien visto. Los ricos eran gente muy rara que chillaba mucho y no dejaba propinas.

Casi había olvidado lo que hacía allí cuando se lo topó en el pasillo. Intentó abrazarlo pero solo consiguió que huyera despavorido. No entendía nada y mucho menos lo que hacía allí con aquella carcamal llena de collares. No tardó en descubrirlo. Carlos Alberto se le reveló como un conquistador. Cada día le vio llegar con una mujer distinta, engatusada por sus labios brillantes y pegajosos que olían a miel de *milflores*.

Observó el sigilo con el que, a la mañana siguiente, dejaba la habitación vestido con un mono de trabajo. Para cuando la conquista de turno salía apresurada, él ya estaba a mucha

distancia. Y le dolió ver que, mientras ellas llegaban a la habitación, bastante achispadas, él mantenía la compostura y que, tras un par de achuchones, ellas se quedaban plácidamente dormidas y él les vaciaba el bolso.

Le siguió, le vio preparar una mezcla con adormidera, acicalarse, reírse, vender las alhajas, meterse dinero en el bolsillo...

Aquel imbécil era eso, un chorizo, pero sobretodo era un *mal hombre* que merecía un escarmiento.

Tuvo que emplearse a fondo y él empezó a mirar receloso los pétalos marchitos que le dejaba en recuerdo de su cita. Al pobre ramo apenas le quedaban flores y a ella cada vez menos paciencia. Se divirtió de lo lindo aguándole la fiesta y en aquella habitación, cada vez con mayor frecuencia, las cosas empezaron a no salir como antaño. *Gavilán, tío, tío...gavilán tao, tao.*

Llevamos un año que no se hace usted una idea, Inspectora. Primero, apareció en aquella habitación desocupada una mujer sin que nadie supiera de dónde ni por qué. Comprenda usted, venir a morirse aquí, al Palace, de un coma diabético... Después de aquello vinieron meses de sobresaltos, de huéspedes quejándose de ruidos, de camareras asustadas y ahora, el hombre. Pensamos en la competencia, ¿usted qué opina?, el director del hotel, un tipo

delgaducho y con cara de tener úlcera de duodeno, no paraba de hablar.

En la habitación, una mujer de unos cincuenta mal llevados, con ropa cara y un poquito histérica, lloraba sin atender a los chorretes de rímel que le cruzaban las mejillas de arriba abajo. Su preocupación era otra.

Paciente, la inspectora la dejó hablar, desahogarse, llorar a gusto... Tenía tantas preguntas.

Primero fue el grito, les dijo. Un grito horrible que me heló la sangre. Después vino el golpe, corrí hacia él pero ya no tenía pulso y allí estaba, en el suelo, a medio vestir, rodeado de pétalos secos. Se lo juro, inspectora, casi me caigo redonda... ¿Tardaremos mucho?, es que... me esperan en casa.

Profesional. Con dulzura, se sentó a su lado, le cogió la mano... *¿y si, antes de marcharse, me cuenta unas cosillas...?*

No tuvo que insistir.

...Yo ya me hubiera comido al gavilán colorao. Gavilán tío, tío... Gavilán tao, tao...

El caso se saldó con el despido de un empleado, encargado de franquear al muerto paso y alojamiento a cambio de un pequeño incentivo.

De vuelta a la comisaria, Macarena sacó del cajón de su mesa el bono de viajes. Se merecía un descanso, pensó mientras saboreaba el informe de la autopsia.

Lo llamó justicia poética, aunque el informe concluyó que fue un infarto lo que se había llevado por delante al tal Carlos Alberto. La Inspectora sonrió al leerlo, y si no hubiera sido por que Pepa Martínez llevaba muerta más de un año, la hubiera detenido sin dudarle.

...Tao, tao...

O no.

Ruedas de soledad

M^a de los Ángeles Vergara Cano

Maribel bajó al salón elegantemente vestida. Sus manos desnudas, sin joyas ni abalorios, las deslizó suavemente por la melena. Buscaba con la mirada una mesa alejada del bullicio. Su timidez le provocaba continuos temores y prefería pasar desapercibida.

Había llegado al hotel esa misma tarde. Nada más subir a la habitación empezó a colocar sus cosas, se asomó la ventana y quedó largo rato mirando el atardecer, curiosamente le invadió una sensación de armonía y tranquilidad. Por primera vez en diez años oyó latir su corazón, latía lento y armonioso, se dejó llevar como si de un baile se tratase, no quería perder el compás, ¡había perdido el paso de tantas cosas!

El hotel le encantaba, hacía tiempo que no iba. Era tan sencillo y especial, ¡estaba en un acantilado! Hospedarse en él era aliarse con la ingravidez, sentir como si de repente el mundo no tuviese suelo y estar colgada en el vacío era el estado perfecto.

—¿Mesa para uno? -le preguntó el camarero. De repente recordó que estaba en el restaurante.

—Sí, sí, gracias -respondió confusa, disimulando su despiste, había perdido la noción del tiempo. Le siguió hasta la mesa, dejó con suavidad un cuaderno que llevaba en las manos, quedó abierto sobre el mantel. Sus páginas quedaron desnudas, solo una pequeña cinta dorada separaba las hojas.

El restaurante daba directamente al acantilado. El panorama era maravillosamente espectacular. ¡Qué delicia! La luna comenzaba a reflejarse en el mar. No podía apartar la vista de la ventana. Por un momento soñó que estaba flotando, que se zambullía en esas pequeñas ondas negras y brillantes. Una cálida ternura se estaba apoderando de ella. “¡Con lo romántica que era yo!, -recordó con nostalgia- aunque nunca he dejado de serlo” -pensó. Volvió a saborear el vino y, acomodándose en la silla, se dejó arrastrar por esa sensación.

“La soledad es quien te acompaña cuando estás sola -sonrió sorprendida de su propia frase-. Hace años que te llamo «*Ruedas de soledad*» y hoy eres la invitada imaginaria de esta cena, aun a sabiendas de que eres un espejo y reflejas lo que no quiero ver, he decido sentarte conmigo para despedirte” -le dijo en voz baja.

Y comenzó a adentrarse en una ficticia y luminosa feria, cuyas atracciones le empujaban sin cesar hacia una imaginaria multitud. Y sus elementos iban quedando misteriosamente colocados, pues cada uno de ellos tenía su importancia como tal. Así fue como descubrió que el llanto, la risa, el amor, las miserias, la gente, todos tenían su importancia y que el brillo de las múltiples luces de colores que componen la existencia del individuo, cada uno lo ve desde su perspectiva y, aun así, todos y cada uno de ellos mostraban su conformidad sin abandonar jamás, luchando y aceptando la vida como tal, sin más.

Prometió dejar de sentirse como un muñeco de trapo en un tobogán destartalado. Fue analizando cada una de las escenas y llegó a sentirse totalmente identificada.

Había llegado el momento de deshacerse de sus miedos, porque estos le hacían rechazar cualquier atisbo de esperanza, le hacían sentirse débil y a veces cobarde. Firme y decidida, apostaba por iniciar un nuevo camino aferrándose al punto de partida donde las circunstancias le habían colocado sin vuelta atrás.

La voz del camarero le hizo volver de sus pensamientos, pues el salón iba quedando poco a poco en silencio, ya había retirado todo lo de la mesa, solo quedaban dos copas, un

jazmín y el cuaderno abierto, tal y como lo dejó al llegar. “Mañana continuaré -dijo para sí misma al tiempo que lo cerraba-. Ya encontraré un final” -sonrió.

Había vuelto al hotel para finalizar el libro, el que en definitiva era el último capítulo de una etapa de su vida. A sabiendas de que ya no volvería a ser igual.

Con valentía había decidido aceptar que desde una silla de ruedas también se podía luchar, vivir, amar. Aunque a veces se conviertan en ruedas de soledad. Estas también se mueven con sentimientos e ilusión.

Por lo que la aventura de cenar con su soledad fue tan emocionante como encontrar una carta de amor en el bolsillo de un abrigo viejo.

“¿Habrà alguien tan loca como yo?” -sonrió imaginando la cara de Raúl, antiguo compañero y uno de tantos amigos que tenía. Este le recordaba continuamente que en la vida solo había un par de cosas grises, que eran la muerte y morir, lo demás es todo de color, digno de saborear, sin importar cómo ni cuándo, solo has de elegir el paisaje que el destino te coloca delante, incluso sin detenerte en la edad.

Luego unos ojos color miel, la sonrisa y los cabellos plateados que caían sobre su frente la dejaron paralizada. “¡Dios mío, no puede ser!” -pensó tímidamente.

Un cálido aliento en la nuca y unas manos deslizándose lentas por sus hombros le resultaron eternamente familiares. Sintió el pulso acelerado, no pudo mentirle al corazón.

Y adivinaron los besos sin hablar, juntos imaginaron la fantasía. El azar les ofrecía una extraña realidad. La noche y el jardín mecían los sentidos, transportándolos hasta el mar, al borde del acantilado, más allá de los sueños. Sin despertar, no quedó rincón sin besos ni escondite por abrazar. Y antes de apurar la noche, la luna bajó al paraíso para fundirse entre las rocas con la espuma de la mar.

Maribel abrió los ojos, acarició suavemente las sábanas; la alcoba estaba en penumbra, solo un pequeño hilo de luz asomaba entre las cortinas.

Esa mañana, no le costó como otras veces acomodarse en la silla. Abrió con delicadeza la ventana. La mar turquesa y transparente se reflejaba en el cristal. El horizonte muy cercano, casi lo podía tocar. La brisa entró de puntillas. ¡La noche se había ido ya!

Dos jazmines recién cortados le dieron los buenos días, comenzó a deslizar sus frágiles dedos entre las diminutas florecillas una y otra vez. Junto a ellos, su cuaderno cerrado. Tomó la cinta dorada y lo abrió. Atónita vio unas líneas escritas y apoyada en la ventana comenzó a leer. “Sácame del libro. No me dejes en el papel. Te espero donde siempre Maribel.”

La puerta permanecía entreabierta, salió hacia el pasillo. ¡Ya no había nadie! Solo un pequeño cartel impregnado aún de su olor pendía del pomo, se balanceaba con suavidad.

Sintiendo todavía su respiración, emocionada abrazó el cuaderno contra su pecho. ¡Ya estaba escrito el final! Apretó sus manos sobre las ruedas y salió de la habitación. En la calle le estaba esperando la oportunidad de volver a sonreír.

Venciendo así el miedo al rechazo, vivir sin engañar a la realidad, sin tener que disfrazar el corazón “¡Porque hay tantas clases de felicidad que merece la pena luchar!” -dijo en voz baja.

Estoy segura que fue el deseo y el coraje para no dejarse arrastrar definitivamente por el desánimo, lo que hizo que Maribel se enfrentara con valentía al espejo, a la soledad, al rechazo y a los miedos. Reencontrarse con ella misma y

aceptar su nueva vida con ilusión, pone de manifiesto que realmente hay muchos caminos, muchas posibilidades, pero una sola oportunidad. La de ser uno mismo, y eso solo se consigue cuando uno se enfrenta cara a cara con su yo. Por eso Maribel, comprendió que la felicidad era solo una palabra. Decidió que esta le acompañaría siempre, pero siendo ella dueña de colocarla en el lugar que ella decidiera.

“Pues quizá, la felicidad no está, donde nos aferramos en buscarla.”

FIN

Las mujeres cuentan

XV PREMI LITERARI DE NARRATIVA DE DONES

Desde WLM. **Rosa Miró Pons**

Que valga, que sea cariñosa... **Amparo Romero Ranz**

Res no m'agrada tant. **Eli Llorens Perales**

Todas somos ganadoras. **M^a Luisa Agost Suárez**

Aletas de élite. **M^a Luisa Agost Suárez**

Dama madre selva. **Rosa Ana Carreres Ribera**

Maktub. **Teresa Gloria Cervera Aguilar**

Paco, de tota la vida. **Carmen Contreras Castellano**

Nada. **Francisca García Jiménez**

Añoranza. **Berta Gil Alonso**

El toldo y otras envidias. **Clara M^a Stella Manaut Roca**

Justicia. **Amparo Pérez Gimeno**

Y tú, ¿cuándo pediste silencio para escuchar tu voz? **Melisa Ruiz López**

¿Dónde estás Margarita? **Ángeles Sanmiguel Gil**

Gavilán colorao. **Maribel Torres Limiñana**

Ruedas de soledad. **M^a de los Ángeles Vergara Cano**



GENERALITAT
VALENCIANA

CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL